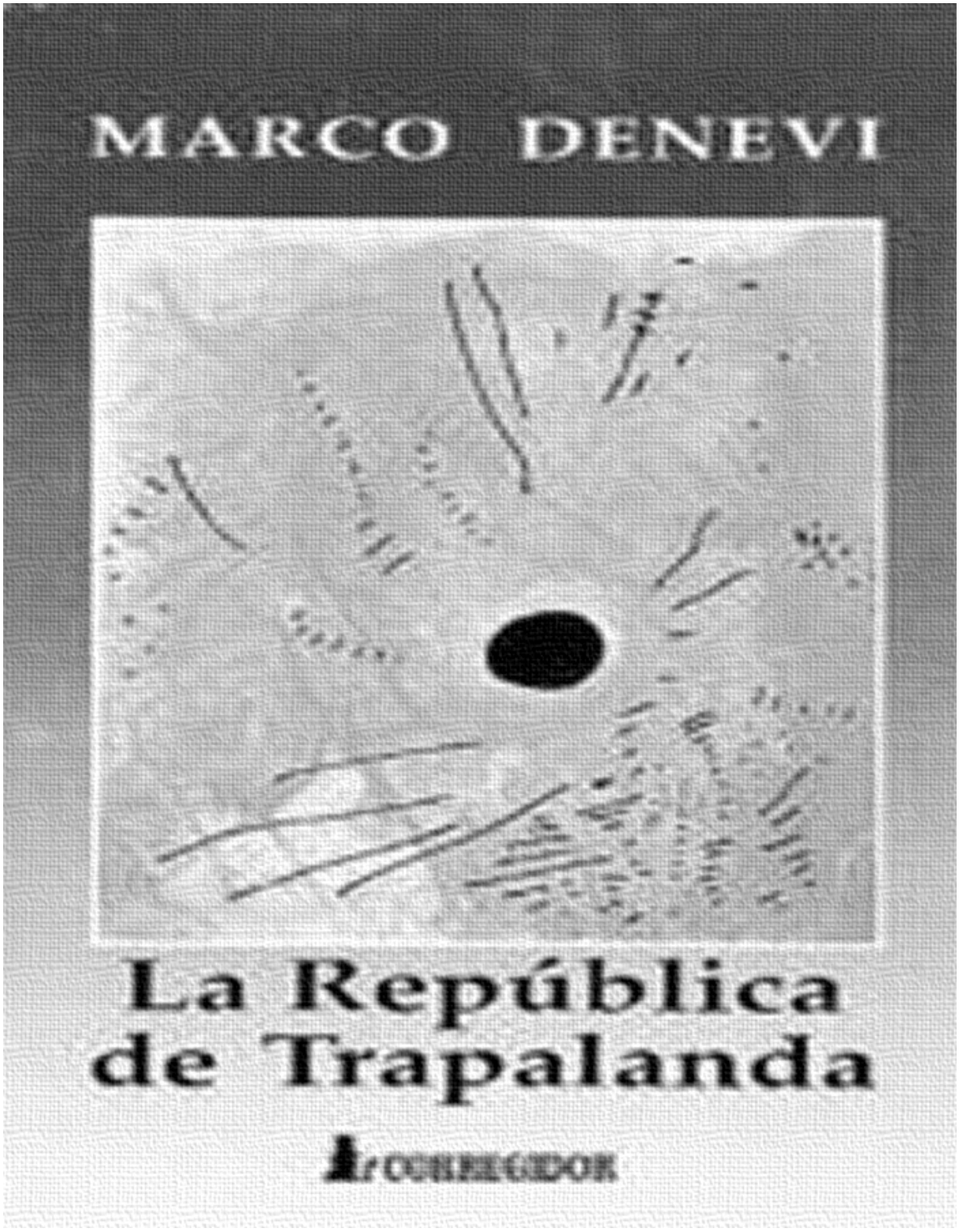
LA REPUBLICA DE TRAPALANDA

Marco Denevi



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Trapalanda, síncopa de Trapalalanda, significa "tierra de trápalas". Es un falso topónimo que inventó no sé quién con toda la intención de insultar o de mofarse.

En efecto, el vocablo "trápala", hoy en desuso, más conocido o más recordado por su aumentativo, "trapalón", que todavía sobrevive en algunas novelas españolas del siglo XIX, reúne varias acepciones que se refieren, todas, a una verborragia sin fundamento ni sustancia cuando no decididamente embustera.

Trapalanda vendría a ser, pues, un país donde se habla mucho y se miente mucho. Por supuesto, ese país no existe. Más bien, no existe ningún país que merezca llamarse Trapalanda aunque en todos haya charlatanes y mentirosos.

Habría dos excepciones: según una fama acaso injusta, la nación nómade de los gitanos. Y, según un consenso generalizado entre la gente sencilla, la comunidad internacional de los políticos. ¿Hay una tercera excepción? ¿De qué país hablo en este libro?

De la República Argentina.

¿Así que la República Argentina es una nación de trápalas? Que los argentinos no se indignen. Que, a lo menos, posterguen su cólera. Si se resignan a leer mi libro, verán que el sobrenombre de Trapalanda, aplicado a nuestro país, lejos de agraviarlo debiera ser un motivo de orgullo. La mayoría de nosotros desciende de españoles o de italianos, dos pueblos reacios al laconismo. La herencia genética, pues, nos dotó de labia, lo cual no es un pecado. Después la historia nos educó para que pusiéramos el culto de la palabra al servicio de fábulas y de mitos, que

aunque sean adulteraciones de una verdad menos poética no son, en rigor, mentiras. Nuestra moral no tiene por qué sentirse injuriada.

Las fábulas y los mitos responden a apetencias profundas y legítimas de los seres humanos. Cuando la realidad les resulta ininteligible o temible, los hombres la sustituyen por otra realidad mental y verbal reelaborada que ellos puedan comprender o que les quite el temor. Después de Freud, a nadie se le ocurriría acusarlos, por eso, de mendaces.

Por lo demás, hay fábulas crueles y fábulas risueñas, mitos sombríos y mitos luminosos. Las fábulas y los mitos argentinos no pertenecen al reino de Calibán sino al de Ariel.

En una obra de teatro de Aldous Huxley un personaje, médico psiquiatra, le dice a otro personaje, condenado en la ficción dramática a morir en la horca, que para reconciliarse con la realidad debemos aceptarla tal cual es, consejo nada fácil de seguir por quien tiene un pie en el patíbulo.

Los argentinos habitantes de las grandes ciudades, que son el noventa por ciento de la población, y en especial

los habitantes de Buenos Aires y de sus ciudades satélites, que son el cincuenta, condenados no a morir en la horca sino a vivir en una realidad que nos abruma, hemos hecho las paces con otra realidad fantaseada y quimerizada.

República Argentina que reside en nuestros sueños y en nuestras palabras, Trapalanda vendría a ser la Utopía que nos propusimos como modelo. Y está bien que un pueblo se forje un modelo utópico: es la señal de su altura de miras y el síntoma de que sus ambiciones no son mezquinas. Sólo las grandes almas conciben ideales

inalcanzables.

Pero una cosa es querer aproximarse al modelo aun a sabiendas de que nunca se coincidirá con él y otra cosa es darlo por hecho. Los argentinos hemos pretendido vivir como si ya poblásemos la Utopía de nuestras ensoñaciones y de nuestros discursos. Ese sí fue nuestro pecado contra el amor.

Pues si el amante, según creía Camus, aspira a que el amado se iguale con su más bella imagen, nosotros no hemos sido buenos amantes. Hemos creído que esa igualación ya estaba cumplida y que no necesitaba de la obra de nuestro amor, sin advertir que mientras tanto el país real permanecía siempre a la misma distancia del país ideal.

Ahora descubrimos ese terrible distanciamiento, y nos horrorizamos, nos desesperarnos. ¡Cuánto tiempo perdido en tanto el resto del mundo se transformaba! Antes nos habíamos propasado en las ilusiones. Ahora nos propasarnos en las desilusiones. Este libro querría que recortásemos las primeras de modo que el desengaño no nos parezca tan doloroso.

Me he propuesto, no la difamación de los mitos de Trapalanda, sino su examen a la luz de la realidad

según yo la veo. Pero soy argentino y vivo en Buenos Aires. Trapalanda ¿me habrá permitido mirar la realidad tal cual es?

He apelado a un recurso de novelista: imaginar que el autor del libro no era yo sino otro, cederle la palabra a un personaje ficticio, a un extranjero que tuviese ojos más fríos que los míos, menos enturbiados por el amor o, en estos momentos de prueba, por el dolor. Pero mi truco de novelista no es ninguna garantía para los lectores: *madame Bovary c'est moi, yo soy* ese extranjero.

Según los antiguos, todo libro debía ser breve. El mío lo es. Siquiera por ese lado creo haberme librado de Trapalanda.

EL LIBRO DEL EXTRANJERO

1 El huésped enamorado

Antes de hacer mi "experiencia argentina" ¿qué sabía yo de este enorme y remoto país?

Cuando era niño había oído hablar de la República Argentina como de una nueva Cólquida del Vellocino de Oro. Hacia ella emigraban en masa los pobres de media Europa, en particular los de la Europa latina a la que pertenezco, y por cierto que la mayoría no se había arrepentido.

Recuerdo una conversación que hubo en mi casa, alrededor de 1920, cuando yo tenía doce años, entre mis padres y un amigo de la familia. Este amigo era uno de aquellos emigrantes prósperos. Volvía por unos días a su pueblo natal y, habiendo sido un mísero jornalero, ahora tenía toda la apariencia de un ricachón. Sus relatos me parecieron extraídos de los libros de aventuras que entonces me apasionaban, y secretamente me dolí de que mi padre no nos hubiese llevado a vivir en aquel país de fábula.

Acababa de leer *Los primeros hombres en la Luna,* de Wells, y me había hecho la idea de que en el resto del mundo nadie entendería lo que yo dijese. Por eso no olvido un tramo de aquella conversación. Mi madre, que como todas las mujeres se interesaba por la moral más que por el dinero, le preguntó al visitante si no sentía la nostalgia de su patria. Me sorprendió, pues, la respuesta, que quedó grabada en mi memoria: "En absoluto. Me casé, tengo hijos, ya hablo perfectamente el castellano y soy tan argentino como cualquier argentino. Es un país donde los extranjeros se sienten como en su propio país".

Hasta promediar la presente centuria (xx) la dorada reputación de la República Argentina se mantuvo firme. Después, poco a poco, todo cambió. La nueva Cólquida daba el espectáculo, incomprensible a lo menos desde lejos, de un millonario que viviese mendigando préstamos y liquidando uno tras otro todos sus negocios. Cientos de miles de argentinos empezaron a hacer el viaje contrario, venían a Europa en procura de mejor suerte.

Ese giro de un destino histórico que parecía inamovible, operado en el término de apenas dos generaciones, no podía ser atribuido a un agotamiento de los recursos naturales ni a una misteriosa y casi súbita degradación de los recursos humanos, tampoco a una guerra o a un cataclismo.

Poco antes de morir, Raymond Aron no había titubeado en calificarlo de enigma. "Una de las mayores esperanzas de Occidente", había dicho, "sin razón aparente ha venido a desembocar en una de sus mayores frustraciones".

Para Robert Crasswaller se trataba de "uno de los más grandes misterios políticos del siglo XX". El filósofo francés y el profesor norteamericano coincidían en adjudicar al fenómeno un carácter esotérico, quizás inaccesible a la lógica, irreductible al conocimiento.

La teoría, acaso cómoda para los argentinos porque los exoneraba de un examen de conciencia, los condenaba sin embargo a no saber cómo salir de la crisis.

En efecto, un misterio es una dificultad que procede de la naturaleza de las cosas, y el conocimiento no puede penetrarlo más que para profanarlo y agravarlo. Pero un problema es una dificultad provocada por nuestra ignorancia, y se lo soluciona mediante la inteligencia y el saber. Sigo en esto a Jean Guitton.

Lo primero que se les debe decir a los argentinos es que la crisis que sufren no es ningún enigma ni ningún misterio, sino un problema o un montaje de problemas para los cuales hay solución. Sólo que la solución debe ser hallada por la inteligencia asistida de conocimientos.

No existen esfinges en la historia, como no sean las que desaparecieron antes de que algún Edipo descifrara sus adivinanzas. La supuesta esfinge argentina estaba viva y se podía tener la pretensión de desafiar sus acertijos y dilucidarlos.

Como lo prueban los libros que he escrito con mayor o menor acierto, soy incapaz de resistir esa clase de tentaciones. Por lo demás, soy libre de ir a donde me plazca. Y la Europa de la era tecnotrónica comenzaba a hartarme. Decidí, pues, viajar a la República Argentina, donde un oprobioso régimen militar había llegado a su fin y dado paso a la restauración de la legalidad. Varios hechos simultáneos estimularon mi propósito.

A principios de 1984 recibí una carta fechada en Buenos Aires. Me la enviaba alguien de quien sólo diré que es alemán y que reside en la República Argentina desde 1970. En uno de los párrafos leí: "Este país es uno de los pocos lugares civilizados de la Tierra donde los aventureros como yo pueden sentirse a sus anchas".

Conocía al alemán lo suficiente para no darle a esa frase ambigua un sentido peyorativo. Unos renglones más abajo la carta confirmó mis presunciones: "No se lo niego, soy rico. Me enriquecí explotando en Misiones, una provincia fronteriza, cierta industria que a los argentinos nunca les había interesado".

Por lo visto, en la Cólquida endeudada y arruinada alguien repetía la hazaña de los antiguos inmigrantes europeos del siglo XIX. Mi curiosidad aumentó.

Poco tiempo después me entrevistó un periodista francés que había sido corresponsal en Buenos Aires de un diario de París. Aproveché para tantear sus impresiones de la República Argentina.

"Vea", me dijo, "es un país donde hoy se puede esperar cualquier cosa y mañana desesperar de esa misma cosa. Nunca se está seguro de nada. Primero resulta fascinante. Es como vivir en los preparativos de algo qué no se sabe qué será. Pero uno termina por cansarse de esa perpetua incertidumbre".

Esas palabras avivaron mi intriga. Debo aclarar que soy un hombre que detesta la vida rutinaria, una de las razones por las cuales he cambiado a menudo de oficio.

En una fiesta mundana cierto diplomático inglés, al enterarse de que pronto yo partiría hacia la República Argentina, me tartamudeó en ese idioma entrecortado y algo azorado que se cultiva en Londres: "No se fíe de lo que vea. Ese país es como esos castillos ingleses que conservan el mobiliario pero cuyos dueños comen una vez al día".

A la semana siguiente me visitó Abel Posse, escritor y diplomático argentino. Venía a desearme buen viaje. Durante la conversación me repitió, con una sonrisa entre irónica y melancólica, el juicio nada gentil de un político italiano: "La República Argentina es una sofisticada Lamborghini de doce cilindros en manos del tonto del pueblo que ganó la rifa de fin de año".

Corrí a hacer las valijas. Tomé el avión con una impaciencia por llegar a destino que en mí era insólita, porque siempre he maldecido la velocidad con que hoy se viaja, la mayor parte entre nubes o tinieblas.

Pronto me incorporé a la sociedad argentina sin llamar la atención. Si yo no lo digo, aquí nadie descubre que soy extranjero. Los argentinos, que en presencia de extraños practican todas las artes del disimulo, delante de mí no ocultaban ni sus pensamientos ni sus sentimientos.

Los materiales de este libro provienen, en su mayoría, de sus confidencias. Espero que si me leen no me guarden rencor. Querría ayudarlos a librarse de la falsa esfinge que hoy los aterra. ¿Yo, un extranjero?

En Tempo di Roma, novela admirable por más de un motivo, su autor, Alexis Curvers, dice que para conocer a los romanos hay que vivir entre ellos no menos de seis años. Yo vengo viviéndolos entre los argentinos. ¿Bastarán para conocerlos? Espero que sí.

Les he dedicado algo más que la mirada del viajero, mucho más que la ojeada del turista. Durante seis años he compartido su pan y su vino, sus fastos y sus duelos. No estaré a cubierto del error pero creo estarlo de la superficialidad.

He terminado por cobrarles simpatía, por comprenderlos. Y terminar de comprender a alguien es empezar a respetarlo y aun a amarlo.

Admito que los argentinos me hagan objeto de todos los reproches, salvo el de ser insensible a sus desgracias. Este libro no es la flecha que los guerreros partos, al huir derrotados, disparaban hacia atrás. Tampoco es un adiós, plagado de fórmulas de cortesía. He decidido quedarme a vivir en esta tierra donde mi mucha edad ha encontrado una fuente de renovación para sus energías.

2 Odiseo entre Nausicaas

Las primeras reacciones que me despertaron los argentinos fueron ambivalentes y a menudo contradictorias. Por un lado los encontraba encantadores, por otro lado me irritaban. Eran como esos amigos que nos ganan el corazón y que al mismo tiempo nos sacan de quicio con sus ideas absurdas y con sus acciones imbéciles.

No dejaba de agradecerles la hospitalidad: en ningún momento me hicieron sentir un intruso. Pero todos los días, por un motivo o por otro, me alteraban los nervios o agotaban mi paciencia. Mi estado de ánimo oscilaba permanentemente entre las ganas de abrazarlos y las ganas de pegarles cuatro gritos.

Podía contar con ellos si apelaba a todo lo que de un carácter sirve para las horas de placer o de dolor, para la diversión o para el consuelo, para todo cuanto depende de la índole y no de la educación o de la inteligencia. Pero apenas debía confiar no sólo en su buena índole sino también en su buena educación y en su inteligencia, yo reculaba a veces aturdido, a veces fastidiado.

Hasta que comprendí: me sentía ni más ni menos que como un adulto obligado a vivir en compañía de adolescentes. O, si la comparación parece demasiado presuntuosa, como un viejo rodeado de jóvenes.

No se trataba de edades individuales. En todos los países hay niños, jóvenes, adultos y ancianos. Y yo, según mis documentos, soy muy viejo en cualquier país a donde vaya. Pero era la sociedad argentina la que me daba esa impresión de haber caído en un mundo dominado por la adolescencia.

Adolescencia de la mentalidad, adolescencia de la conducta, me atraía o me exasperaba según el momento y el lugar en que se manifestase.

Mi relación con los argentinos, lo descubrí casi de golpe, copiaba el tipo de vínculo que por lo general se establece entre quienes ya han sorteado la adolescencia y quienes todavía la cursan.

El desfase biológico no asigna a los unos todas las ventajas y a los otros todas las desventajas, pero distribuye los dones respectivos sin hacerlos coincidir, de modo que la convivencia entre los adultos y los adolescentes está embebida de atracción y de repulsión recíprocas, de encantamientos y de hostigamientos, de dependencias y de rechazos.

Los psicólogos han estudiado ese fenómeno en los individuos. Pero ahora se daba entre toda una sociedad y yo. Apenas lo comprendí, mi visión de los argentinos se modificó radicalmente. Y también vi claro qué era lo que ellos encontrarían de agradable o de odioso en mi persona. La arrogancia me estaba negada: debía cedérsela, toda, a ellos. Pero no tenía que ser blando, pues corría el riesgo de agravar sus propias blanduras interiores. Sólo que el hierro de mi rigor debía estar envuelto en la felpa de la afectuosidad. Ya se ve que les descubro, a los propios argentinos, los secretos del papel que resolví asumir. Querría ser, para ellos, el buen viejo que los ama y que los comprende, y que si es necesario les propinará el bofetón que Tyltyl añoraba de su abuelo.

Por descontado, el elemento adolescente no agota la composición de la sociedad argentina (de modo que el papel que representaré se equivocará a menudo de escenario), pero voy a ponerlo de relieve según una técnica que los fotógrafos conocen bien: apagar todas las luces que iluminaban un objeto y dejar encendida sólo una, para que ciertos perfiles del objeto, antes disimulados en el conjunto, se vuelvan más nítidos.

Es también el procedimiento típico de la caricatura, al que nadie le negará su poder de revelación fisiognómica. Por lo pronto a mí me permitió revisar los juicios sobre la República Argentina de mi amigo alemán, del periodista francés, del diplomático inglés y el político italiano.

El alemán me había escrito: "Este es uno de los pocos lugares civilizados de la Tierra donde los aventureros como yo pueden sentirse a sus anchas".

Estaba claro: se refería a una sociedad civilizada pero a salvo de la rigidez esclerótica que en los viejos países pone, como precio de la seguridad, la prohibición de vivir la vida como una aventura imperdonable. El confort suele ir del bracete de implacables rutinas.

Para el francés, la sociedad argentina se armaba y se desarmaba todos los días. ¿Pensaba que así describía las señales del desorden? Lo supiese o no, pintaba los rasgos de la adolescencia.

Son rasgos en evolución. ¿Cómo pedirles que se mantengan firmes? Las formas de un organismo en

desarrollo atraviesan fases sucesivas que les dan una apariencia inestable y hasta inarmónica porque las transformaciones no se ajustan a un mismo diapasón. El conjunto es una imagen desgarbada que si a algo se parece es a un bosquejo provisional sometido a constantes correcciones. A preparativos, decía el periodista francés.

"No se deje engañar por lo que vea", fueron las palabras del diplomático inglés. "La República Argentina es como uno de esos castillos ingleses que conservan el mobiliario pero cuyos dueños comen una vez al día". El hecho ya no me llamaba la atención: los jóvenes rara vez saben administrar su patrimonio.

El italiano que volcó en el oído de Abel Posse la ponzoña ("su país es una Lámborghini de doce cilindros en manos del tonto del pueblo que ganó la rifa de fin de año") había errado el veneno. No era un tonto quien manejaba el costoso vehículo sino un muchacho inexperto que lo conducía sin dominar los secretos de la técnica ni las leyes de tránsito, y por eso el automóvil marchaba a los tumbos, muy rezagado respecto de los astutos campeones de la velocidad ya fogueados en la profesión.

Los europeos hacen mal en emitir juicios tan a la ligera respecto de un país, acaso único en el mundo, que combina civilización y extrema juventud. Cuando digo civilización me refiero a la que Europa entiende como tal.

Y los argentinos ¿se ofenden si uno les dice que son un pueblo joven? ¿Comparten el mal humor del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, de quien acabo de leer un artículo periodístico titulado "El mito de la juventud americana"?

Uslar Pietri se pregunta hasta cuándo los pueblos de América serán considerados jóvenes. Entiende que cualquier referencia a la juventud de las naciones americanas es absurda, complaciente y, Dios mío, celestinesca. Que se las tilda de jóvenes para soslayar el examen de las verdaderas, de las profundas causas de sus padecimientos. Que así se las condena a una *capitis diminutio* necesitada de tutela. Y que, después de quinientos años de vivir su propia historia, que esos pueblos conserven la juventud sería un caso patológico.

Concluye con esta explosión de gerontofilia: "Somos pueblos viejos, con raíces tan antiguas como las de la humanidad misma y establecidos en circunstancias humanas y geográficas desde hace medio milenio".

De todos esos argumentos suscintos y coléricos el que me anonada es el que me acusa de rufián. ¿Procederé, no más, como un macró cuando les digo a los argentinos que hay un fuerte componente adolescente en su sociedad? ¿Estoy soplando en el oído de las naciones poderosas; aquí hay un pueblo en la edad del pavo, vengan y aprovéchense de su inexperiencia?

¿Debería, pues, mentir? Porque a mí me parece que he descubierto datos, y en este libro los estudio uno por uno, que justifican la teoría del adolescente colectivo argentino. Me resulta violento ocultarlos. No puedo pensar una cosa y decir otra. Para colmo, esa otra cosa es terrible, a los argentinos les habría llegado, junto con la vejez, la decadencia. Yo niego ambas calamidades: la vejez y la decadencia. pero algún argentino aliado de Uslar Pietri me refutaría: Europa es todavía más vieja y sin embargo está en pleno reflorecimiento económico. ¿Por qué los argentinos, un poco menos viejos, no van a poder casar la vejez con la prosperidad? De modo que ni siquiera por ese flanco la juventud es una garantía.

Bien, a mí el reflorecimiento económico de Europa no me seduce. Por debajo del brillo del dinero laten, como una fiebre palúdica, el deterioro impresionante de la ecología, el autismo enfermizo del arte, la abyección moral, la frívola desacralización de todo lo que debiera ser sagrado para el hombre. Muchas gracias, devuelvo mi billete.

Así corno una música vulgar, escuchada desde lejos, puede parecer hermosa (lo dice un personaje de Rostand), los esplendores crematísticos de Europa embobarán a distancia, pero vividos en su propio seno cobran la forma de un incendio frío y silencioso que no arrasa sólo con la naturaleza sino también con los espíritus. Por supuesto que, mientras tanto, todos brindan por la prosperidad económica.

Sólo los jóvenes se revuelven contra ese incendio progresivo, insidioso como el cáncer. De manera que proclamar la juventud de todo un pueblo no es exponerlo al peligro sino confiar en que se salvará.

Y que sea joven no significa que carezca de raíces "tan antiguas como las de la humanidad misma". Después de Adán y Eva, las raíces son siempre las mismas. Pero sobre ellas crecen diferentes arborizaciones, y una sociedad es joven por su arborización y no por su raíz.

Si, reloj en mano, la mitad de un milenio basta y sobra para que a un pueblo se le reseque todo vestigio de juventud si*n que importe la historia que haya vivido,* entonces, francamente, habrá que llegar a la conclusión de que nunca ha habido sociedades históricas jóvenes, que todas fueron valetudinarias a partir del quinto siglo después del Génesis.

Por lo demás, la edad no se mide por la cronología de los almanaques y de los relojes. A los 19 años

Julio César era considerado *puer,* a los 38, *adolescentulus.* Lo mismo puede ocurrir con las sociedades.

3 Crecer y no crecer

La etimología, de la que suelen prescindir los psicólogos, nos dice que adolescente es el que está en la edad del crecimiento, así como adulto es el que ya creció.

Sin embargo la vox populi sostiene que la República Argentina ha interrumpido su crecimiento y clama para que lo reanude.

Parece superfluo aclarar que es la econonomía la que no crece. Lo cual no impide que, mientras tanto, la adolescencia colectiva argentina siga creciendo en pos de la adultez.

Son dos procesos que alguna correspondencia guardan entre sí. A la manera de esos "muchachos de la calle" cuya mentalidad suele madurar a un ritmo más acelerado que la de los "hijos de papá", gran parte del pueblo argentino, gracias a las penurias económicas que sufre, apresuró las etapas de su maduración. ¿No afirma el refrán que a fuerza de golpes se hacen los hombres?

En cambio las clases dirigentes, mantenidas a salvo de aquellas penurias por su propio dinero o por el dinero que les paga el pueblo en forma de impuestos, son los "hijos de papá" que todavía conservan residuos pueriles, una pasmosa inmadurez mental inocultable aun bajo la cosmética de un discurso que presume de sabihondo.

Por cierto que hay un límite de la pobreza económica que entorpece el desarrollo de la adultez salvo para las maniobras de la marginación social. Entonces se está maduro en la noche de los delitos e inmaduro a plena luz de las leyes, se es hombre para la violencia, para la crueldad y para el vicio y se sigue siendo niño para las ideas.

Advierto, en algunos sectores de la sociedad argentina ese tenebroso pasaje de la adolescencia a la adultez, favorecido por una dirigencia política que no tiene la menor noción del peligro que se incuba dentro de las napas sociales más bajas.

Los políticos argentinos se echan ceniza encima por los casos de discriminación racial en otros países, pero toleran, qué digo, fomentan la discriminación económica en su propio país. La cual, cuando se la sufre a edad temprana, siempre ha sido el germen de grandes desequilibrios que después cuesta mucho nivelar.

4 La historia, madrina del adolescente colectivo

La primera obligación que me impuse fue la de averiguar por qué la sociedad argentina había podido conservar un fuerte componente adolescente a través de quinientos años de historia.

Alguien me ahorró el trabajo de consultar libros. Se trata de un argentino cuyo nombre y cuya profesión no revelaré. "Cite mis palabras, si quiere", me dijo, "pero no descubra quién soy ni a qué me dedico. Llámeme el Idiotés".

"Es un apodo que en sus orígenes no fue sinónimo del moderno ***idiota.*** Los griegos de la época clásica llamaron idiotés al hombre que tiene en su cabeza una melodía mental distinta de la que suena en la cabeza de los demás".

"Dejándose llevar por su propia música mental, el idiotés labra su camino al margen del camino trazado por los pies de la multitud borrega. Pues bien: entre los argentinos yo soy ese idiotés".

Si su pensamiento era tan singular como su facha, aquel hombre no mentía. Pronto comprobé que, en efecto, merecía el antiguo mote griego que él mismo se daba con orgullo y que en adelante también yo le daré como un homenaje a su independencia de juicio.

Erudito en varias disciplinas, me proporcionó los datos que ahora me permiten esbozar una tesis sobre el origen y la posterior prolongación de la adolescencia colectiva argentina.

Lo que los argentinos consideran su historia comienza en el siglo XVI con la llegada de los descubridores, conquistadores y colonos españoles. Encontraron un país prácticamente intacto desde el día en que lo creó un Dios afecto al gigantismo.

Eran hombres de ciudad y no estaban dispuestos a soltarse de la mano de la civilización urbana que traían consigo. Salvo un puñado que siguió el consejo del personaje de Huxley, se negaron a reconciliarse con esa realidad abrumadora y prefirieron pactar no con el fastidioso presente sino con un futuro hipotético.

Mientras tanto se refugiaron en ciudades precarias, levantadas como defensas contra la naturaleza, y ahí adentro trataron de prolongar el tipo de sociedad en el que habían nacido y se habían criado.

Sociedad de blancos, de europeos, de españoles y pronto también de criollos, con ínfimas dosis de mestizaje, por más que pretendiese mantener los rasgos expatriados de España no pudo sustraerse a los tropismos del medio ambiente.

Se agregaba otro factor de transformación: el mero distanciamiento geográfico respecto del Poder político, la Monarquía, reducida poco a poco a una abstracción, a una ficción jurídica. En casos así, en que el Poderse desencarna, aparecen nuevas encarnaciones a menudo al margen de la legislación escrita.

La sociedad colonial recuperaba una libertad de movimientos, una autonomía de desarrollo y hasta una indisciplina social que introducían en su estructura elementos revulsivos análogos a la aparición de la sexualidad genésica en el púber.

La memoria colectiva se aligeraba de recuerdos, los conocimientos volvían a la escuela, las costumbres recobraban la espontaneidad a costa de la educación. Había como una reviviscencia del candor y de los miedos. Los nuevos poderes encarnados imprimían sus nuevos sellos. El arte cambiaba de temas.

En el siglo XVIII la sociedad colonial se ha apartado de una identificación con la sociedad española pero todavía es imposible no asociarla con España. Ese tránsito entre una identidad anterior que se va perdiendo y una nueva identidad en cierne, aún no fraguada (en el sentido que la albañilería le da al verbo fraguar) es típico de la adolescencia y permite el símil entre el adolescente individual y el adolescente colectivo que trasveo en la sociedad argentina.

Una coyuntura histórica -la caída de la monarquía española bajo el vendaval napoleónico- incita a los argentinos a la revolución emancipadora, pero los sorprende en el pleno verdor de su juventud social. Su revolución es un gesto de rebeldía dentro de la misma familia y por eso adquiere tanta virulencia. Es el levantamiento de los hijos contra los padres, de los jóvenes contra los adultos y los viejos. De ahí aquel deseo rabioso de borrar las señales del parentesco con los progenitores (como si eso fuese posible) y de sustituirlas por las señales de una flamante y voluntaria consanguinidad con los maestros: Inglaterra, Francia, después los Estados Unidos.

Pero la historia que ha vivido el pueblo argentino desde entonces hasta ahora en su gigantesco y remoto país es una historia autista que no entramó ni compartió con extraños. Hecha de conflictos domésticos, de rencillas de entre casa, de peleas de vecinos y, durante las treguas, de comadreos de salón y de chismes aldeanos, la historia argentina es un diario íntimo donde un joven anota episodios de su vida que la Historia no registra en sus libros más que bajo la forma de un escueto resumen.

Comparo la historia argentina con la de mi país. La de mi País la supera no sólo por siglos, también

por el género de experiencias. Digo que la supera, no que valga más, porque muchas de nuestras experiencias han sido innobles y buena parte de nuestro pasado es un repertorio de crímenes.

Pero nos hemos golpeado contra el mundo, y ahora tenemos la piel coriácea. Hemos asistido al espectáculo de rotación de todas las glorias y de todas las miserias. Hemos conocido las formas más terribles del Mal, las más sublimes del Bien. Debimos confrontar nuestra identidad con la identidad de otros muchos pueblos, y salvarla, endureciéndola, de la disolución. Y todos los matices de la ajenidad, de la alteridad nos fueron revelados para que así descubriésemos nuestra propiedad.

Ahora somos duros y maduros. Hemos aprendido en carne propia el níhil novum y ya nada nos sorprende con un nuevo sabor que alguna vez no hayamos paladeado o que no nos haya provocado náuseas. Nuestro estómago se ha vuelto resistente, tanto como nuestra sensibilidad. Nadie nos engaña más de veinticuatro horas, porque nadie nos enamora más de veinticuatro horas. Somos realistas. Somos astutos y pragmáticos. Podemos ser implacables.

A los argentinos les ha faltado el roce con el mundo. Todavía su epidermis es fina, delicada, sin callos. No han aprendido a comprender sino lo que se les asemeja y sienten aprensión por todo lo que se les diferencia. Creen que si algo bueno les ocurre, a nadie le había ocurrido antes y el mundo debiera festejarlo. O que si algo malo les sucede, es una primicia humillante que deben ocultar como Adán y Eva ocultaron sus vergüenzas originales.

Como todos los jóvenes, no se sienten responsables de cómo está hecho el mundo: eh, al mundo lo hicieron los adultos. Pero pretenden que el mundo los trate con benevolencia, les

perdone las faltas y los ayude en sus dificultades. El embrollo de la deuda externa es, en ese sentido, revelador: se endeudaron hasta los ojos, cayendo en la tentación que les tendían los banqueros; después derrocharon el dinero de los préstamos; ahora se indignan porque se les exige que lo devuelvan, encima con sus intereses***. ¿Qué idea tienen de la Banca? ¿Creían que les había hecho un regalo, que les había concedido una beca?***

Un poeta popular, Enrique Santos Discépolo, lo entendió. Dijo que la República Argentina es un país -que debe "salir de gira". La historia de los argentinos ha sido una excursión por sus propios dominios. Y lo que suponen aperturas hacia el exterior no pasan de imitaciones serviles, de simulacros corticales, un disfraz que se pone y se quita mientras por debajo la carne conserva su delicadeza y el espíritu su inocencia.

Pero la historia fue benigna con los argentinos, mucho más de lo que ellos suponen para darse aires. Les ahorró padecimientos, crueldades, pruebas de fuego. Al lado de las nuestras, sus desgracias parecen juegos de niños, son ojos en compota y moretones, no las terribles heridas que los europeos nos hemos inferido a lo largo de los siglos. Aun si se la parangona con la de otros pueblos americanos, la historia argentina es un cuento de hadas. Quien lo dude, que lea El urogallo, de Francisco Herrera Luque. Reconozco que hubo un período cruel, pero fue breve: el de la lucha entre los dos terrorismos durante la década de los setentas. Pero ese horror no puede competir ni de lejos con nuestras diabólicas masacres.

N.B.: De golpe recordé que Platón les negaba a los célibes el acceso al gobierno de la república porque, según él, la soltería es un estado incompatible con la madurez. Hay en los argentinos una especie de celibato histórico que los conserva jóvenes y, por lo tanto, incapaces de pilotear el Estado.

5 La historia, madrastra del adolescente colectivo

La misma historia que ofició de ángel de la guarda del adolescente colectivo argentino ahora es su madrastra: lo obliga a vivir en un mundo económica y culturalmente unificado al que debe incorporarse de grado o por fuerza, pero ese mundo está dominado por los países-empresarios, por los países de negocios.

Los pueblos jóvenes no son buenos negociantes. En rigor, los negocios lucrativos no les interesan más que para recoger el fruto que produzcan, pero la forma de ganarlo es para ellos un incordio. Un adolescente ducho en las técnicas del lucro nos haría dudar de su espiritualidad o de su educación: es la sospecha que siempre me asalta respecto de los Estados Unidos.

Para empezar, los pueblos jóvenes niegan la virtud moral del trabajo y la supuesta perversidad del ocio, "madre de todos los vicios". Esta creencia es una señal de pérdida de la juventud, como lo pone de relieve un versículo del Génesis.

En otras épocas menos sometidas a una moral utilitaria, los pueblos jóvenes transferían el fardo del trabajo a los esclavos y ellos se dedicaban a los ocios, incluidos los fecundos.

Pienso en los griegos de la era clásica. Y si no disponían de esclavos, los hombres, dueños del Poder, hacían trabajar a las mujeres.

Con la sola excepción de los fenicios, esos norteamericanos de la Antigüedad, los pueblos jóvenes valorizaban los ocios por encima de los negocios. Y, de todos los ocios, los juegos, sin excluir el más terrible: la guerra. Los guerreros han formado en todas partes una casta superior menos por el privilegio de monopolizar el uso de las armas que por monopolizar la práctica del más heroico de los juegos.

Todavía en una época tardía de la juventud romana, Séneca escribe que es vil todo trabajo que haga derramar el sudor del cuerpo- Mucho antes la Biblia desmentía a los predicadores de las virtudes ***morales del trabajo; reconoce que el trabajo es una maldición, un castigo divino y acaso merecido pero castigo. Regodearse en el castigo, verlo como una bendición es una superchería a la que nos han acostumbrado primero las religiones masoquistas, después los gobernantes negreros y por último una codicia materialista generalizada***.

Borrachos de un insaciable afán de poseer cosas, los europeos trabajan como ilotas y, en cambio de dolerse del peso de esas cadenas, las agitan en el aire como trofeos. Me repugna no ya la resignación sino la estúpida altanería con que les dicen a las naciones jóvenes: ah, señor mío, nosotros nos deslomamos. Felicitaciones. Y si algo temen de la automatización, es que ellos no sepan qué hacer del ocio, como esos jubilados que terminan sentándose en el banco de una plaza y se mueren de aburrimiento.

Los niños y los adolescentes, en ayunas del pecado original y de cualquier pecado secundario, se rehúsan a someterse a un castigo que siempre les parecerá, y con razón, injusto. He leído algunas desdeñosas referencias a la "holgazanería" de ciertos pueblos, invariablemente jóvenes. Detrás de ese agrio sermón digno del doctor Samuel Smiles se agazapa una maldad: la vida es corta, el mundo es bello, pero agachad el espinazo y moriréis felices. Suelen decirlo quienes viven del trabajo ajeno.

El último rastro juvenil que conservan las sociedades adultas es su afición por los juegos deportivos, siquiera para presenciarlos desde las graderías de los modernos Circos máximos. Y cuando ya son seniles buscan el elixir del rejuvenecimiento en la exacerbación de la pasión por los deportistas. El apogeo de la Grecia efébica coincide con la práctica de las Olimpíadas. La decrepitud de Roma, con la glorificación de los gladiadores.

Intervenga en ellos o los aplauda desde una tribuna, el hombre, gracias a los deportes, reingresa en un tiempo anterior a la maldición del trabajo. Retorno fugaz al paraíso perdido, sólo puede ser execrado por quienes querrían que este mundo fuese un purgatorio o, mejor, un infierno. Para los otros, no para ellos. Cierto, hay quienes se las arreglan de modo que aun los deportes se subordinen a los negocios. No importa. En el estadio, jugadores y espectadores gozan de la dispensa del trabajo y olvidan los negocios urdidos alrededor del estadio.

No seré yo, pues, quien le reproche a la sociedad argentina su íntima reticencia al trabajo. No digo que sea holgazana, sino que no encuentra ninguna alegría en la laboriosidad. Si la encontrase, lo lamentaría, pues sería un síntoma de envejecimiento. Siempre me he preguntado qué habría sido de los argentinos si hubiesen contado, en una época que los librase de cargos de conciencia, con esclavos en masa o a lo menos con aquellos libertos a los que se les daba el nombre de procuradores para que se ocupasen de los negocios de sus antiguos amos. Se hubiesen dedicado a los ocios, incluidos los creativos, y habrían hecho florecer en América del Sur una cultura tan

admirable como la de la Grecia clásica.

El Idiotés me ha dicho: "Los argentinos ¿no seremos espíritus artísticos condenados a ganarnos el pan como comerciantes?".

De todos modos la adolescencia colectiva los defiende contra los achaques del trabajo maldito de Dios. Quiero decir que se las ingenian para que el trabajo sea un juego, o parezca

un juego, o conserve un elemento lúdico. Entonces su voluntad es imbatible, su imaginación se abrillanta, la inteligencia se les agudiza hasta la sutileza. Me recuerdan a esos jovencitos que, perezosos para el estudio o para cualquier oficio lucrativo, son capaces de dejar los bofes con tal de poner a punto la canoa o los esquíes, y sólo se sacrifican, con una gratuidad conmovedora, por conseguir el dinero que invertirán en seguida en la compra de una raqueta o de una pelota de fútbol.

Pero si el trabajo no disimula que es el castigo bíblico, si no permite la introducción de ningún placer lúdico, si rechaza los azares del juego, a los argentinos los invaden la desprolijidad, la mala gana, la irritación, y entonces recurren a todas esas excusas mañeras, a esas improvisaciones para salir del paso, a ese apuro por terminar cuanto antes y como sea, en fin, a las travesuras y chiquilinadas que a mí tanto me habían irritado en los primeros tiempos.

Así se explica, creo, la abusiva proliferación de los llamados profesionales liberales -desde los abogados hasta los psicólogos, pasando por los médicos y los contadores públicos, en proporción desmesurada para el número de habitantes pero concentrados todos en las grandes ciudades-, la multiplicidad de oficios de mera intermediación de la riqueza, el gusto por actividades parasitarias o que, eludiendo el esfuerzo físico, dependen enteramente del ingenio mental y del artilugio verbal. La política de comité y la burocracia, dos gigantescas metástasis que usurpan la mayor parte del organismo vivo de la sociedad argentina, se nutren de ese mismo instinto contrario a los trabajos viles para Séneca.

Pero el mundo está dominado por los países donde la idolatría del dinero ha conseguido que los hombres no vean en el trabajo una maldición sino el precio, que pagan con religiosa puntualidad, para rodearse de los artefactos del confort. A eso llaman "calidad de vida", aunque incluya los desastres ecológicos, las neurosis ya endémicas, la muerte de la religiosidad y la congelación de los sentimientos. No resisto las ganas de meter, en la lista, la droga y al señor Lacan, al señor Lévy-Strauss y al señor Marcuse.

En un mundo así, a los pueblos jóvenes sólo les queda un camino para no hacer el papel de comparsas: apresurar por medios artificiales la extinción de su juventud y la aparición, de entre las cenizas del cadáver, de una adultez camino de la decrepitud. Ominoso suicidio de los pueblos jóvenes por el que nadie derrama lágrimas. Cuando oigo en la República Argentina a tantos argentinos que claman, según la jerga de moda, por "la cultura del trabajo", me digo, no sin melancolía, que la adolescencia argentina llega a su fin. A un fin al que la empuja, sin piedad, el mundo de los grandes países-empresarios, de los secos países de negocios.

Nadie me entristece más que esos ideólogos de un liberalismo económico materialista que ponen como ejemplos a Hong-Kong o a Singapur, y para los cuales las únicas ambiciones de los argentinos debieran ser tener casa propia, heladera, televisor y, si es posible, automóvil, porque cualquier otro bien les resulta superfluo.

La pobreza será una desgracia, pero el género de enriquecimiento con que se la sustituye no lo es menos. Viejo Ulises de una Europa idólatra del dinero, me espanta ver cómo ese fetichismo se propaga a los pueblos jóvenes. ¿No habrá, para ellos, otro porvenir? Como soy incrédulo del determinismo histórico, no pierdo, respecto de la República Argentina, esperanzas que acaso me atreva a expresar más adelante.

No me extraña que, como reacción, se escuchen voces en Europa (y ecos en la República Argentina) que descalifican valores hasta ahora considerados fundamentales tildándolos de "datos de la cultura", como si el hombre fuese hombre por su naturaleza y no por su cultura. El Génesis lo dice de un modo metafórico: para alzarse por encima de la pura animalidad, Adán debe ponerles nombres a todos los demás seres de la Creación. Pero los nombres son su propia invención, la primera obra de la cultura. Si hoy recelamos de la cultura y buscamos en la animalidad el secreto de nuestra palingenesia es porque muchos valores culturales han sido poco a poco falseados.

Uno de los más perniciosos de esos falseamientos quizá sea aquel contra el cual se pronunció el Cristo y que los cristianos alegremente olvidan: colmar de tesoros el mundo material y vaciar de tesoros el mundo espiritual. Y ha debido ser un economista, Luigi Pasinetti, quien les recordase a los gobernantes que el bienestar de las naciones no se basa en la posesión de bienes sino en los conocimientos para producir esos bienes.

6 Tribulaciones juveniles

A fuerza de negar su juventud, la sociedad argentina ha terminado por renegar de los atributos de su juventud llamándolos con nombres erróneos. No sé si lo hace para darse ínfulas de adulta o porque no atina a analizarse a sí misma.

Todos los días oigo o leo que los argentinos se acusan de ser hipócritas. ¡Hay mucha hipocresía entre nosotros! gimen. No saben de lo que están hablando. Su supuesta hipocresía es falta de cinismo.

Se debe llegar a viejo para resignarse a no cambiar. Entonces exhibimos nuestros defectos y aun nuestros vicios: una fatiga espiritual nos disuade de tomarnos la molestia de ocultarlos. A veces hasta nos jactamos de tenerlos como si fuesen particularidades, excentricidades, privilegios de la edad. Decimos, tan sueltos de cuerpo: ah, sí, me gusta empinar el codo, pero detesto pagar mis deudas.

En el joven todo es provisional. Parece lógico, pues, que trate de maquillar o de esconder, a la espera de que se corrijan o desaparezcan con el tiempo, todos aquellos rasgos de su personalidad en crecimiento que podrían atraerle las reprimendas, las burlas o el desprecio de los mayores.

¿Diremos que los argentinos son hipócritas porque disimulan el agujero en la media que creen que mañana podrán zurcir? ¿Para qué pasar ahora por la vergüenza de mostrarlo? se dicen a sí mismos, y no porque sean unos tartufos sino porque confían en que pronto lo remendarán o tendrán medias nuevas.

Un adolescente cínico sobrecoge, pues así deja traslucir que no tiene fe en su propio perfecciona- miento. Los argentinos no abdican de esa fe. Por eso eluden orear todo cuanto los pondría en ridículo, en la picota, expuestos a la risa o al desdén ajenos.

Y llaman autocrítica a los accesos de llanto y de rabia, a los amargos reproches contra los adultos que, sea verdad o se lo imaginen, les agujerearon la media.

Repiten, como un acto de contrición colectiva, como un ejercicio de penitencia nacional, el despistado consejo que tiempo atrás les dio el filósofo español José Ortega y Gasset: "argentinos, a las cosas", así, como quien dice: basta de cháchara s y manos a la obra.

Si la programación genética -la mayoría desciende de españoles o de italianos-los hizo locuaces, la adolescencia no los invita al laconismo. Un anciano parlanchín y un jovencito silencioso tienen algo de anómalos. La vejez propende al silencio, como si ya hubiese dicho todo lo que podía decir, y la adolescencia a la garrulería, porque toma por primera vez la palabra en el lenguaje de los adultos, quiere decirlo todo y afirma por la verbalización lo que aún no puede afirmar por la acción.

Los viejos se juntan sólo para intercambiar recuerdos en voz baja o para batirse en mudas partidas de algún entretenimiento sedentario. Donde se reúnen los jóvenes hay una algazara, a menudo sin ton ni son, en la que desahogan sus energías y con la que consolidan su presencia.

Entonces aparece Ortega y Gasset, golpea las manos como un bedel y dice: "argentinos, a las cosas". ¿A qué cosas? A las que atarean a los adultos. Muy bien, pero para el adolescente son objetos situados en el futuro, de los cuales se puede hablar pero con los cuales por ahora nada se puede hacer.

Ahí se manifiesta el costado adolescente de la sociedad argentina, en ese discurso que parlotea sobre planes, proyectos y drásticas determinaciones a adoptar en un tiempo próximo que nunca llega porque mientras tanto todo el placer está en las palabras.

Octavio Paz, por su parte, tiene dicho que la historia argentina es una pura aspiración (y ninguna realización, insinúa).

Pero ¿acaso la adolescencia no es eso, pura aspiración, promesa, vísperas, preparativos que cambian de dirección antes de emprender la dirección? ¿No es versatilidad de propósitos alternados o simultáneos, giros de veleta de apasionamientos que hoy apuntan al norte y mañana al sur, sucesión de eternidades que duran un día cada una pero que se renuevan vertiginosas como los amoríos de don Juan Tenorio?

En fin, los argentinos han criado fama de fanfarrones. Cuando yo me preparaba para viajar a la República Argentina mis amigos sonreían: "¿Podrá aguantar la insoportable vanidad de esa gente?" Yo mismo, durante los primeros tiempos, los juzgué aparatosos, fatuos, petulantes. ¡Aquella increíble impertinencia: "no tenemos el país que nos merecemos"! como si el país que tienen lo hubiesen construido otros, no ellos, cuyas virtudes como arquitectos sociales quedarían fuera de la cuestión. Ahora los comprendo.

La buena madre naturaleza socorre a sus criaturas más débiles y delicadas dotándolas de apariencias terroríficas, de envolturas pétreas o metálicas, del arte del mimetismo. Las grandes fieras lucen un aspecto bonachón, los hermosos ofidios asesinos reposan en un adormilamiento beato. Pero el erizo, que no mata una mosca, despliega el carnaval de sus púas y los pacifistas de la selva se anonadan en el follaje.

Las sociedades tiernas recurren a las mismas técnicas defensivas. Las tribus abochinchadas de tatuajes, de máscaras horripilantes y de dentaduras y pieles de animales feroces responden a un instinto estético pero también tratan de inmovilizar a sus enemigos por el pánico.

La cortesía del pueblo japonés recuerda la imperturbable serenidad del tigre, dueño de garras con las que puede mandar al otro mundo a quien lo ataque. Pero la fanfarronería argentina está hecha de danzas gestuales y de conjuros verbales que tratan de encubrir los tembladerales interiores, los miedos, la inseguridad, la delicadeza. A la delicadeza le consagró el conde Keyserling todo un capítulo de sus hiperbólicas *Meditaciones sudamericanas.* Si uno consigue sobreponerse al estilo, descubre uno de los mayores aciertos (que no son muchos) del filósofo de Darmstadt: la sociedad argentina es susceptible, es vulnerable porque todavía no dispone, como en cambio las tiene la nación judía siempre igual a sí misma aunque esté dispersa por todo el mundo, de esas callosidades que estampan los muchos años, los muchos padecimientos, la necesidad de sobrevivir a toda costa. Y, al igual que cualquier organismo delicado, la sociedad argentina finge una fanfarronería que en el fondo no es más que una armadura pintada sobre la desnudez.

Cuando les conviene, los argentinos recurren al mimetismo. Entonces son de una incomparable habilidad para adoptar las apariencias que a su juicio les aseguren la solidaridad o por lo menos la neutralidad del mundo. Quienes ignoran los secretos de ese mecanismo defensivo los acusan de plagiarios, de segundones de la originalidad ajena, de serviles imitadores, de discípulos que nunca llegan a maestros.

Su actual entusiasmo por la democracia será sincero, no lo dudo, y se alimenta de convicciones a las que han llegado no sin vagar antes por largos despistes. Pero también responde al deseo de mimetizarse dentro del Occidente acaudalado y poderoso donde la voz de orden manda ser democrático. De ahí que todos los días, con un ojo puesto en el mundo, se

llenen la boca con la palabra democracia, como esos conversos que nombran a Dios a cada rato y con cualquier motivo para que nadie dude de su fe.

Si a pesar de todo consiguen alguna originalidad propia, el tango o Borges, mantienen en suspenso la admiración a la espera de que el mundo la apruebe. Y si la aprueba, se la refriegan por las narices al primero que se les ponga delante como si fuese un exorcismo capaz de paralizarle cualquier intención hostil y de suscitarle temor y respeto.

Y, sin embargo, a menudo la fanfarronería se les descose, y deja ver la entraña de la inseguridad. No hubo un argentino que, enterado (por mí) de que soy extranjero, no me preguntase, digamos, qué me parecía Buenos Aires, si había leído a Borges (aunque él no lo hubiese leído jamás) o si me gustaba el tango.

Provengo de una de las ciudades más bellas de Europa y del mundo. Que lo es constituye, para sus habitantes, un dato tan obvio como los siete colores del arco iris o la sucesión de las estaciones del año. Si algún turista, sin que nadie se lo pida, la elogia, mis coterráneos se lo agradecerán pero piensan que ese turista dice lo que está sobreentendido. Bah, metecos, suspirarían los franceses.

En cambio los argentinos necesitan del reconocimiento ajeno para confirmar sus propios juicios. Acosan a sus visitantes con un curiosidad que no se interesa por el país de donde éstos proceden sino por las impresiones que les causa la República Argentina.

Cada vez que su Presidente viaja al extranjero, una nube de periodistas lo acompaña. Pues bien, estos periodistas no prestan la menor atención al país que están visitando: lo único que registran son opiniones respecto de su propio Presidente y de su propio país. No aprovechan el viaje para recoger conocimientos del mundo sino para compilar juicios favorables a los argentinos.

Cuando lo comprendí, contestaba que Buenos Aires es la ciudad más hermosa que haya visto, que había leído extasiado todas las obras de Borges (lo cual no es cierto, pero ellos no estaban en condiciones de desmentirme) y que el tango me gusta a rabiar.

No sé si me creían o no. Supongo que lo único que les interesaba era que yo les probase mi simpatía por ellos y por su país. En los Estados Unidos le preguntan al extranjero con qué intenciones viene. En la República Argentina, con qué sentimientos. Apenas se convencen de que nuestros sentimientos son amistosos, nos abren los brazos. Y no hay que atufarse si, un minuto después que les dijimos que nos gusta Buenos Aires, que nos gusta Borges y que nos gusta el tango, se esponjan de orgullo y nos miran con un poco de conmiseración porque no somos argentinos.

Su sed de afecto es tanta que, como todos los jóvenes, se rinden a los halagos sin discriminar, o sin atreverse por las dudas a discriminar, entre las caricias sinceras y las zalamerías interesadas. Pero si chocan contra el rigor ajeno, reaccionan con un rencor que no se debe confundir con la vanidad herida. Se trata, más bien, de ese sufrimiento que arde en la juventud cuando los adultos le

ponen delante de los ojos la balanza que sólo pesa la sabiduría de la edad.

Entonces los jóvenes simulan descreer de la precisión de la balanza y le oponen otra báscula donde sólo gravitan sobre los platillos los dones de la juventud y las obras que producen aunque sean torpes, toscas o elementales. A menudo me he topado en la República Argentina con esa especie de despecho: un artista mediocre, porque es argentino, vale más que cualquier artista genial extranjero; le regalo todos los refinamientos de la gastronomía europea a cambio de un buen trozo de carne argentina asada; no nos venga con la' Divina Comedia a nosotros, que tenemos el Martín Fierro.

Algunos no hablan por despecho sino por nacionalismo. Pero entre el nacionalismo argentino y el nacionalismo europeo hay la misma diferencia que entre la envidia y la soberbia. O, si se prefiere, entre la bravuconería y la autosuficiencia. El nacionalismo argentino es puro narcisismo juvenil, preñado de zozobra. El nacionalismo europeo es una

alteranería aplomada que puede revestirse de buenos modales y ceder ante los intereses económicos (que lo diga, si no, la Comunidad Económica Europea), pero cada país no duda de su superioridad respecto de los demás. Y tanto no lo duda que hasta es capaz de no tocar el tema. Todos los días un canal de televisión de Buenos Aires proclama que difunde sus transmisiones desde la República Argentina, "el mejor país del mundo». Y tras cartón suelta sobre la audiencia toneladas de malas noticias locales. Es todo un símbolo, que sería cómico si no fuese patético.

7 Galatea

Como Beatriz a Dante, como Sofía a Novalis, la adolescencia colectiva argentina nos seduce por su maleabilidad, por su plasticidad. Mientras en el adulto ya se ha cumplido una de entre varias probabilidades, en el adolescente todas las probabilidades están abiertas y su futura adultez, para él mismo y para los demás, constituye una incógnita.

Quien lo ame, difícilmente se sustraiga al deseo de ser su Pigmalión, de modelarlo según sus propios ideales de belleza. Amor posesivo y escultórico que, en cambio de secundar los intereses del amado como lo hace, sin sentirlo como un sacrificio, el amor oblativo, aspira a someterlo a sus designios en nombre de una perfección sobre la que no le pregunta si está de acuerdo.

Y qué tentación, también, el adolescente, para los corruptores, seguros de que no encontrarán

resistencia. Soy un hombre proclive a buscar, en mi propia naturaleza, la explicación y hasta la exculpación de los errores y de los pecados ajenos, quizá porque todos los vicios estén, dentro de mí, en agraz, incluidos aquellos que rechazo y que tal vez no practique por una orden de mi conciencia moral.

En la República Argentina he sentido a menudo el llamado de una vocación que Europa jamás me despertó: la vocación política. He soñado con ser el gobernante de esta sociedad probabilista, pero no al estilo de los gobernantes de mi país, que se asemejan más a la figura del gerente de una empresa

en pleno funcionamiento que a la del estadista. Mis ambiciones eran otras, menos prosaicas: habría querido ser el Miguel Angel que desbasta un bloque de mármol y lo transforma en una hermosa estatua. Pero la estatua estaba viva y se llama República Argentina.

¿Mandaba así al diablo mis convicciones democráticas, esa tolerancia que siempre he creído que forma parte de mi carácter? ¿Qué quería ser? ¿Un Pedro el Grande en versión argentina? ¿Justamente yo, que me he mantenido lejos del Poder político por una cuestión de temperamento? Algo me pareció claro: la sociedad argentina le había levantado la veda a uno de mis instintos que en Europa permanecía en estado de hibernación.

Entonces pensé, y que los argentinos me perdonen, que acaso ese mismo instinto ha alentado en tantos de sus gobernantes despóticos (¿en tantos de los gobernantes despóticos de América?), con la diferencia de que ellos no se habían limitado a soñar mis sueños pigmaliónicos, que a mí me habían pronto alarmado y que a ellos les parecerían invitaciones a la acción.

Cierto, habían terminado en corruptores de Galatea. Pero ¿su culpa no habría sido confiar en el Poder como el único instrumento para esculpir, en la carne de la sociedad, las

formas soñadas? Pues el Poder siempre enceguece a quien lo maneja y le hace ver la belleza hasta ahí donde está moldeando las peores fealdades.

Como es harto difícil amar a la República Argentina sin querer también esculpirla, ha habido muchos otros Pigmaliones, pero no se sirvieron del Poder político sino del poder de las ideas difundidas por escrito. Trataron de fundar, aquí, aquella "República de las Letras" que en Francia, en el siglo XVIII, contribuyó, y cómo, al advenimiento de la Revolución Francesa. El caso más notorio es el de Eduardo Mallea, aunque la revolución que propiciaba no fuese tanto política cuanto moral. Lo mismo cabría decir de Ezequiel Martínez Estrada.

Por desgracia, el adolescente colectivo no leyó a sus enciclopedistas y, si los leyó y los admiró, prefirió entregarse a las manos enérgicas de quienes se postulaban como un Miguei Angel capaz de transformar a la sociedad, mediante las herramientas del Poder, en una obra de arte. El resultado fue otro: una Galatea aún hermosa pero herida y machucada por tantos pulgares groseros, inexpertos o mal intencionados.

Ahora, por amor, yo querría ingresar en aquella "República de las Letras" sin que me acobarde su pasada inanidad. Pues mi pasión, que se rehúsa a usar el Poder político y que de todos modos debe resignarse a no usarlo como que no tiene manera de llegar hasta él, jamás podría resignarse a una actitud contemplativa. Esta es otra prueba en abono de mi tesis sobre el adolescente argentino. Una sociedad ya hecha y derecha nos degüella el deseo de modificarla, la aceptamos tal cual es o le decimos adios.

8 La pena y la gloria

Un compatriota mío, empresario próspero, hombre al cabo de la calle y ya un poco hastiado del mundo y de sí mismo, a quien encontré de paso por Buenos Aires, me dijo: "El último país con el que yo haría negocios es la República Argentina. El primer país en el que me gustaría vivir cuando me retire de los negocios es la República Argentina".

Le pregunté por qué. "Porque aquí uno encuentra una especie de regresión a la juventud. Quiero decir que vuelve a un mundo donde la amistad prevalece sobre el interés económico. Si se está a cubierto de la pobreza, esa es una felicidad que, créame, añoro en Europa y que vendré a buscar aquí cuando se me hayan agotado las ganas de seguir ganando dinero".

Un argentino sale de su país y comprueba, mortificado, que los argentinos gozan de mala fama internacional, si el oxímoron me está permitido. La mala fama se relaciona con los asuntos "serios", que son aquellos en los que se arriesga dinero. "Es una generalización arbitraria", protestará, de la que él debe ser excluido. Pero en la intimidad, cuando el honor patriótico no anda de por medio, reconoce que aquella dudosa reputación no nació ex nihilo.

Cuando los europeos recelan de los argentinos, los ponen en cuarentena y a veces, olvidando los buenos modales, les mandan "abstenerse", están adoptando una actitud análoga a la de un adulto respecto de un joven que se le ofrece como socio de su negocio: desconfía de la formalidad de ese joven, duda de su capacidad aunque no dude de su honradez, y lo somete a prueba.

Admitan los argentinos que han dado pábulo a esas aprensiones. A menudo se han comportado como chiquilines audaces, desenvueltos y no siempre simpáticos sino más bien engreídos. Si se les hacía caso a ellos, eran expertos in omni re, unos sabihondos que dominaban todas las cosas de este mundo ya que no del otro.

Desplegaban una labia enredadora. Cuidaban la apariencia hasta el atildamiento. Tenían un léxico puesto al día. Pero siempre llegaba un momento en que sus ocasionales socios o clientes descubrían algún engaño, alguna matufia, siquiera alguna diferencia, en menos, entre lo que habían prometido y lo que cumplían. A la hora en que enmudecen las palabras y hablan los hechos se mostraban irresponsables, volubles, olvidadizos de la buena fe empeñada y, a veces, incompetentes hasta el descaro.

Han cometido travesuras, llamémolas travesuras, que no provendrán de una moral corrupta pero que dejan traslucir una inconsciencia muy capaz, con tal de divertirse a espaldas de la víctima, de perjudicar a la larga a los propios traviesos, como si para las picardías de hoy no hubiese un mañana en el que se habrá que pagar las consecuencias.

Por supuesto que cuando los extranjeros se han arriesgado a cerrar trato con los argentinos, buen provecho sacaron de su propia astucia y de la frivolidad, en el fondo ingenua y confiada, de sus ocasionales socios. Pero no todo el mundo está dispuesto a correr el peligro de que la informalidad de la contraparte termine por frustrar los propios cálculos.

Para colmo el último régimen militar provocó el exilio de muchos argentinos, no pocos de los cuales se comportaron en Europa (y, me dicen, en el resto de América) de un modo canallesco, contribuyendo con vigor a que cualquier argentino fuese vigilado de reojo o francamente rehuido.

Conocí a algunos de esos bribones cuando se hospedaban en mi país. Parecían creer que su condición de víctimas de una dictadura oprobiosa los eximía de cualquier escrúpulo moral respecto de la humanidad entera, como si casi todos, salvo ellos, fuésemos cómplices de los militares que los habían perseguido. Ahora he vuelto a encontrarlos en Buenos Aires, luciendo la aureola del martirologio y hablando pestes del país que los alojó. Este es uno de los tantos efectos nefastos de las dictaduras: basta que un sinvergüenza sea su víctima para que se transforme en santo. Una vez desaparecidos los victimarios, exige un lugar en los altares y a menudo la sociedad acomplejada no se anima a negárselo.

Pero si el adolescente colectivo atrae la desconfianza a la hora de los negocios, a la hora de los ocios es el camarada ideal. Se comprende por qué. En los países empresarios la gente, incluida la gente común como nos llamaba Montaigne a quienes no tenemos poder, está dedicada a ganar dinero y, que yo sepa, el corazón es más hábil para perderlo que para ganarlo. De modo que hemos jubilado el corazón como guía de nuestra convivencia.

Ese respeto mutuo que tanto se nos alaba esa tolerancia recíproca que con tanta desfachatez atribuimos a nuestro amor por la democracia, en realidad son las condiciones impuestas por el gran mercado de feriantes en el que se nos transformó la sociedad. Deben reinar el orden y el aseo y respetarse el juego limpio sin los cuales el colosal shopping *center* perdería clientela. La competencia despiadada con otros supermercados nos obliga a esmerarnos, a dejar los bofes en la calidad de los productos y en el perfeccionamiento de las técnicas de comercialización, y a mostrarnos sonrientes, amables y pulcros. Y si algún peligro nos amenaza desde afuera, hacemos causa común con una solidaridad patriótica que hace cuentas y se palpa la cartera.

La automatización añade su deshumanización, la tecnología robotizada reduce a un mínimo el marco de las experiencias psíquicas compartidas vis à vis. La maquinaria dirigida por computadoras, las redes telefónicas, los *selfservices,* las autopistas, el prójimo convertido en una imagen en el cinematógrafo y en el televisor, las voces que hablan desde los grabadores y los contestadores automáticos, el creciente asedio de los aparatos: cada vez más los otros son, para uno, seres distantes y ficticios aunque todos nos codeemos en las ciudades superpobladas. Pero nos codeamos los anónimos, los desconocidos, los inabordables.

En comparación con los grandes países-empresarios, la sociedad argentina es una feria provinciana caótica y nada limpia, sin reglas de juego, sin técnicas de *marketing,* con poca y mala tecnología, donde los compradores y los vendedores entre sí, los compradores entre sí y

los vendedores entre sí se hacen todo tipo de zancadillas, engañan y son engañados y hablan a los gritos.

Pero mis oídos europeos todavía perciben, en medio de esa barahúnda, la música de la simple y buena hominidad. Por debajo del desorden hay un gozo que no puede ser sino el de los "espíritus artísticos" (como decía el Idiotés) que se resisten a la sequedad de la ciencia. Perdónenme los sociólogos esta clasificación: las sociedades industrializadas son sociedades científicas, la sociedad argentina es una sociedad artística. Que el arte que practica sea mediocre y a las veces anacrónico es otro cantar.

Algunos intelectuales dicen que aquí prolifera la irracionalidad. Y bien: ¿qué sociedad humana habrá que no abrigue impulsos irracionales? Europa los sepulta en el fondo de su subconsciente (hasta que más de una vez estallaron, salieron a la superficie y arrasaron con todo), mientras que los argentinos los sueltan todos los días, en dosis normales, y por eso los europeos no pueden comprender que un pueblo que es objeto de tantas arbitrariedades y de tantas frustraciones, no tenga crisis de locura colectiva como las que ya habríamos tenido nosotros si viviésemos en un país como la República Argentina ***y gobernantes ruines y economistas criminales*** nos sumieran en la pobreza.

Los argentinos me dicen que no, que estoy equivocado, que también ellos se han vuelto desamorados, fríos de corazón, egoístas y calculadores, y que cada cual sólo mira por su propio interés a la voz de "sálvese quien pueda. Ignoro cómo eran antes de mi llegada. Pero si los comparo con los europeos de la Europa tecnificada y "desarrollada", su afectividad sale ganando. Me refutan: no nos venga con ese sonsonete, los sentimientos no dan de comer, ya estamos hartos de ponernos la mano en el corazón mientras los demás se la ponen en el bolsillo.

Nadie valora lo que posee hasta que se lo arrebatan.

9 Democracia y adolescencia

Sospecho que si las grandes potencias occidentales abominaran de la democracia, los argentinos, para no ser menos, harían otro tanto. Pero ahora la democracia debe figurar en el currículum de un país si quiere que Occidente, ese Occidente que no es geográfico sino político, lo admita en su seno.

Los argentinos tratan de ser democráticos y de parecerlo. Es la prueba de que reúnen las condiciones de ingreso, el requisito para que Occidente no les mande "abstenerse". Ni siquiera se conforman con la democracia como sistema de gobierno. Ahora hablan de la democracia como un estilo de vida cotidiana, dentro y fuera del Poder. Y para que se vea hasta qué punto saben qué cosa es la democracia admiten que en su sociedad todavía hay residuos antidemocráticos, dosis de autoritarismo y de intolerancia que todos condenan en cabeza ajena, nunca en la propia. Dicen que acumularon esa chatarra totalitaria durante los repetidos y largos períodos de regímenes militares. Pero prometen que pronto se la quitarán de encima.

Los políticos son los más fanáticos catequistas de la democracia. Todos los día entonan panegíricos de la pluralidad ideológica, de las virtudes del diálogo, del derecho al disenso, aunque se pasan la vida armando camorra, pero cada cual dice que no es por su culpa sino por culpa de adversarios que todavía no han perdido las malas costumbres adquiridas en la prisión de las dictaduras militares.

Librodot

Para mí, lo que a los argentinos les boicotea el santo propósito de ser democráticos es el componente adolescente de su sociedad. Sé que es temerario afirmarlo, pero prefiero atraerme su enojo y no inferirles la herida de la adulación.

Los adolescentes, que aman la libertad, no son, sin embargo, democráticos. Harto estudiado ha sido el hecho de que los adolescentes (y los adultos en situaciones de extremo peligro) se reabsorben dentro de un grupo regido por la uniformidad. La uniformidad puede llegar hasta la vestimenta, al modo de los soldados; hasta la invención de una jerga, al estilo de los delincuentes, y hasta la endogamia, como en las maffias. Es difícil que excluya la estandarización de las ideas, de los valores morales, de los gustos estéticos y la firma de un pacto de sangre de los sentimientos de lealtad y de solidaridad llevados hasta los limites de la complicidad.

Cada grupo se sirve de la estandarización para dotarse de una fuerza que sus miembros no tendrían por separado, y así se hace la ilusión de su invulnerabilidad. La débil imagen individual, multiplicada en otras muchas imágenes casi idénticas, se siente a salvo de la zozobra. Y quien, dentro del grupo, se insubordina contra la uniformidad será considerado un saboteador, un disociador, y expulsado.

El grupo vitorea la libertad para sí, pero se la niega a los demás grupos, en cuya uniformidad ve una amenaza para la suya. Los grupos conviven, pues, en pie de guerra. Cada uno ha adoptado su propio modelo de estandarización, por lo general muy sumario, muy de brocha gorda, sin mayores matices, y lo identifica no sólo con la verdad sino también con la Virtud. De modo que cuanto se aparte de su código cobra a sus ojos la doble apariencia del error y del pecado. Piénsese en esos mitines de la juventud organizados para protestar contra alguna dictadura: basta que algún orador diga algo que no es del agrado de la concurrencia para que se gane la rechifla de todos, no se le permita hablar y, si insiste, se lo ponga de patitas en la calle. Esta es la democracia libertaria de los adolescentes.

Hay que estar muy seguro de la propia fortaleza para no temer que "los otros", distintos y extraños, puedan venir a cuestionarla o, peor aún, a desmentirla. Como la sociedad argentina está formada por distintos grupos que, sin embargo, deben convivir dentro de un mismo marco jurídico, la democracia, esa igualación legal de los contrarios, se ve constantemente dislocada por la incompatibilidad de las distintas estandarizaciones mentales, éticas y sentimentales. Las discusiones de las ideas, entre argentinos, respiran suspicacia moral; el que no piensa como uno no sólo está equivocado. Además, tiene intenciones malignas. Y, puesto que no pertenece a mi grupo, no puedo esperar de él ni franqueza ni lealtad. De modo que deberé tomar con pinzas cualquier proposición que me haga; es probable que sea un caballo de Troya lo que me ofrece. *Tuneo* Danaos *et* dona *ferentes.* Un

argentino teme a otro argentino que no forme parte de su grupo hasta cuando le tiende la mano.

No obstante, los distintos bandos en los que se encarna la adolescencia colectiva argentina quieren demostrarle al mundo que no son, si es que alguna vez creyó que lo eran, pandillas de muchachones afectos a las grescas. Patotas, como ellos dicen. Se han propuesto, repito, hacer de la democracia su estilo de vida. Pero el componente adolescente se las arregla para desbaratársela. Cada patota defiende sus ideales absolutos y se rehúsa a cualquier transacción, que equivaldría a abdicar frente a la impostura, a algo lo más parecido al vicio para la moral y a la herejía para la religión. El famoso estilo de vida, pues, dentro y fuera del Poder político, todavía no es democrático.

Consuélense: ningún pueblo ha alcanzado la democracia sin haber sufrido antes las ordalías de la antidemocracia. Nosotros, los europeos, que ahora pretendemos darles lecciones de democracia y ser los gurúes de la libertad política, tenemos una historia donde los argentinos podrían aprender las lecciones del despotismo más feroz, y, respecto de algunos países que hoy dictan cátedra de democracia, esas páginas vergonzosas no fueron escritas hace mucho tiempo sino ayer no más. De modo que no seré yo quien se eche ceniza en el pelo

Librodot

porque los argentinos anden forcejeando por conquistar su propia democracia. Y no es poco mérito el suyo, como que, aunque los verdugos de su libertad fueron niños de teta al lado de los nuestros, igual ellos quieren ser democráticos sin necesidad de haber digerido, como nosotros, atroces empachos de totalitarismo de derecha o de izquierda.

No me gustaría pasar por alto otro factor antidemocrático que en la sociedad argentina me parece bien notorio. Procede de la sexualidad. Aquí la política está en manos de los hombres, y los hombres son, en su mayoría, machistas***. Como se sabe, el machismo es esa duda juvenil de la que la virilidad se desprende a edades más avanzadas.***

Los antropólogos nos han revelado el secreto origen de las logias masculinas: encubren el miedo de los hombres por La Mujer, por esa alteridad biológica con la cual deben articular el más profundo de los vínculos. Para defenderse de La Mujer se juntan entre ellos y le oponen el alarde del número y los falsos misterios de la logia, estructurada también ella como una pandilla de adolescentes: uniformidad, fidelidad y complicidad hacia adentro; prepotencia, desconfianza y simulación hacia afuera.

Aún el hombre más viril se hará sospechoso para los otros hombres si infringe, más allá de ciertos límites tolerables, las normas internas de la fraternidad masculina. Por supuesto, el homosexual, aunque sea un santo y practique la castidad, es un paria que sólo puede buscar refugio, no sólo para la sexualidad sino también para los sentimientos, entre homosexuales. Pero a veces basta que dos hombres heterosexuales descubran que visten la misma ropa para que se establezca entre ellos una primera simpatía, la cual no se robustecerá a menos que se alimente de otras afinidades.

El machismo argentino añade, pues, sus propias estandarizaciones excluyentes de "lo distinto": lo distinto es La Mujer. Casi no hay mujeres en política y son contadas las que desempeñan cargos públicos, por lo general de tercera categoría y siempre relacionados con los problemas de la familia y de la niñez. En el fondo todavía no se la ve como funcionario sino como madre a la que se le da la oportunidad de ejercer el maternalismo, lo único que el macho argentino admira en las mujeres. De modo que a la guerra de los bandos juveniles el adolescente colectivo superpone la anacrónica guerra de los sexos.

Posdata: "No les haga caso", me advirtió el Idiotés, "a esos intelectuales falsarios que ahora querrán hacerle creer que Eva Perón tuvo Poder político. Lo dicen para lavar remordimientos. La verdad es otra".

"Los muchachos peronistas llamaron, a Eva Perón, su jefa espiritual. Era, también ella, una muchacha, demasiado joven para ser vista como madre. Pero le reconocieron esa abnegación, esa oblación de sí misma que los hombres siempre esperan de las mujeres".

"Sin embargo aquella muchacha estaba demasiado herida por la injusticia como para ser justa. Se sabe que lo que más solivianta a la juventud es la injusticia. Podrá olvidarla con la amnesia del tiempo pero, mientras la recuerde, no la perdonará. Y cuando puede repararla, no se conforma con indemnizar a las víctimas: también busca la manera de castigar a los culpables y borrarlos del mapa de una vez y para siempre, para que no tengan nunca más la ocasión de ser injustos".

"Eva Perón quiso establecer esa justicia absoluta. Pero la realidad se ríe de semejante ilusión, porque ningún absoluto es de este mundo y todos nos sentamos simultánea o alternadamente en la justicia y en la injusticia. También ella, que implacable como una Electra cometió muchas arbitrariedades".

"Pero lo que yo quería hacerle notar es que el machismo peronista, mientras festejaba la abnegación de su muchacha jefa espiritual, le difería aquellas tareas ancilares en las que la mujer desempeña el papel que los hombres le asignan para que los beneficie de puro abnegada que es. Si la abnegación la agota hasta matarla, la llorarán y la santificarán. Pero ellos no se han agotado.

Siguen vivos y gozan de los bienes que la santa les dejó al morir».

"Nunca fui peronista y a menudo maldije al primer Perón, al de los años cuarentas y cincuentas. Pero tengo por Eva Perón un respeto y una piedad que muchos peronistas, empezando por el propio Perón, jamás le tuvieron a pesar de las carantoñas con que la incensaban mientras vivía y de las lágrimas que derramaron a la hora de su muerte. Es que ¿sabe? detesto el machismo que practica el culto de las santas, de las vírgenes y de las mártires y persigue a las mujeres de carne y hueso que aspiran a la emancipación".

10 República de adolescentes

En el País del Recuerdo, Tyltyl le pide a su abuelo muerto que le dé un lindo bofetón como sabía propinarle de tanto en tanto cuando estaba vivo. Escena simbólica, que los psicólogos ignoraron mientras les aconsejaban a los padres ser los amigos, los camaradas de sus hijos, tratarlos de igual a igual. Ahora descubren en los adolescentes aquella nostalgia de Tyltyl.

A menudo se ha dicho que los pueblos inmaduros buscan en el gobernante a un padre. Ciertos estudiosos del peronismo ven en la figura de Juan Domingo Perón esa trasposición de papeles: el Poder político como paternalidad sustituta. No estoy de acuerdo.

En las culturas míticas, esto es, en las culturas anteriores a la invención de la escritura, basadas en la oralidad y en la memoria, los ancianos tenían el prestigio de la sabiduría: habiendo vivido más, atesoraban en su memoria más recuerdos, más conocimientos y se les pedía que los transmitiesen. La tradición no es sino eso.

Pero el ideal del gobernante no lo encarna un anciano sino un joven. Los mitos coinciden en describirlo hermoso y valiente, venido no se sabe de dónde o cuyo nacimiento está rodeado de algún misterio. La orfandad suele perfeccionar su atractivo emocional. A menudo ha sido objeto de un rapto en su niñez, ha sido llevado lejos y obligado a vivir como un paria. Hasta que una súbita anagnórisis le devuelve el reino del que había sido despojado por rivales perversos.

Sus dones naturales y el enigma que lo acompaña lo colocan en un plano superior que nadie ya se atreverá a disputarle. Pero él no se aísla en el encierro palaciego que ahora practican los gobernantes, incluidos los democráticos. El héroe mítico comparte las fiestas y los duelos de sus súbditos. No hay, entre él y el pueblo, esas vallas a menudo insalvables que hoy separan a los hombres con poder de los hombres sin poder. Nótese la paradoja: la democracia ha hecho, de los gobernantes, meros mandatarios y sin embargo ninguno de ellos, salvo raras excepciones, hace la misma vida que sus mandantes. El héroe mítico, por lo contrario, es el dueño de un poder que nadie le ha cedido, que le pertenece y por cuyo ejercicio no debe rendir cuentas, pero él no le añade la distinción de las costumbres ni el privilegio de sustraerse a los padecimientos, a los peligros de su

pueblo y a las ritualidades comunes.

En épocas ya históricas, San Luis Rey se sienta bajo un árbol, a la vera de cualquier camino, y platica mano a mano con sus vasallos, tal como lo refiere Salimbeno. La antigua mitología persiste en la leyenda de ese buen emperador José que, vestido de paisano, recorre a

Librodot

pie su imperio y se mezcla con los campesinos, atiende sus quejas y repara injusticias y abusos minúsculos.

Es difícil desarraigar los mitos. El Idiotés me ha contado un episodio revelador. En 1943, bajo uno de los tantos regímenes militares, se propagó la versión de que el Presidente de la República, cierto general Ramírez, había ido, disfrazado de obrero, a un hospital, había formado fila, aguantado plantones y el trato descomedido de médicos y de enfermeras sin que nadie, como lo pide el mito, lo reconociese, y al fin se había dado a conocer, había distribuido castigos fulminantes y se había retirado en medio de las bendiciones de los humildes.

Que esta historia, digna de un moderno Harún-al Raschid que se pasea de incógnito por Bagdad, haya podido difundirse y ser creída, prueba cuál sigue siendo el paradigma del gobernante para un pueblo joven. Pero la vejez de la que no sólo no crea nuevos mitos sino que además abjura de los que alguna vez creó, ha transformado a los gobernantes europeos en administradores a sueldo, en gerentes. Viven recluidos en sus despachos, rodeados de oficinistas, firmando expedientes. Carecen de misterio, no provocan emociones sino opiniones. Ya no necesitan exhibir ni belleza ni juventud sino conocimientos. Se los juzga por los resultados contables de su gestión.

Los políticos argentinos me dan la impresión de querer parecerse a San Luis Rey y al emperador José de la leyenda, pero sólo cuando son candidatos y deben salir a hacer una campaña electoral. Apenas son elegidos, copian el modelo de los gobernantes europeos, porque piensan que así darán una imagen puesta al día, y no se dan cuenta de que el tipo de gobernante-administrador, de gobernante-gerente no satisface los requerimientos del adolescente colectivo. Serán respetados y se los admirará si se muestran eficaces, pero no despertarán un apasionamiento dispuesto a seguirlos en las buenas y en las malas y a perdonarles los yerros, como los griegos con Alcibíades. ¿Y todavía se preguntan por qué Perón fue amado por las masas?

El primer Juan Domingo Perón, el de las décadas de los cuarentas y cincuentas, reunía las condiciones del gobernante mítico, del gobernante héroe. Joven, apuesto, de orígenes mantenidos en la nebulosa, criado en secreto por ayos militares: de allí emerge, huérfano de antecedentes familiares, limpio de antecedentes políticos, nimbado por ese don que el lenguaje religioso llama carisma y que en las cosas profanas es el don de agradar, y revestido de la valentía de carácter y del ascetismo de las costumbres que la gente humilde atribuye a los hombres de armas.

Sólo le faltaba postularse como el Robin Hood de los pobres. Perón lo hizo. Hizo más: dio pruebas contundentes de que había pasado de los juramentos verbales a la acción. Entonces la masa que en seguida iba a apodarse peronista no se puso a meditar como un viejo al que le proponen un negocio, como una asamblea de accionistas que debe nombrar al gerente de la empresa: se entregó a la dicha de haber encontrado, en la realidad, la confirmación de un mito hasta ese momento confinado en la región de las ensoñaciones. Y a ese mito por fin realizado no le iba a faltar ni siquiera el clásico episodio del rapto del héroe a manos de viejos malignos y su rescate por la intervención heroica de sus adeptos.

Da pena la forma como el antiperonismo intentó destruir la mitología: razonamientos jurídicos, melindres morales, diatribas culturales, chismes de porteras. El mito poético es inmune a esa prosa burguesa, no menos que los amantes a las amonestaciones de una solterona avinagrada.

Perón, pues, no es el padre sustituto de "los muchachos peronistas" sino uno de ellos, claro que el más grande, el que vale más, como lo proclama la marcha epónima en la que el tuteo revela el verdadero vínculo que une al jefe con sus seguidores. No se trata de la autoridad unilateral del padre, impuesta a los hijos, sino de una reciprocidad en los dones de la que nace la autoridad de un ungido.

Es un fenómeno que no admite parangón con el fascismo. El autoritarismo fascista se ofrece como antídoto del desorden y, en Hitler, además como un instrumento de venganza

nacional contra los reales o presuntos enemigos de Alemania. El autoritarismo de Perón es compatible con el desorden adolescente y se dirige contra la injusticia social al modo de un redentor de los pobres. No importa que, para afirmarse en el Poder, Perón le copie al fascismo sus procedimientos: la materia psicológica en la que prende el peronismo está hecha de mitos, de sueños, de miedos y de vagos ideales juveniles.

Un nazi se reiría a carcajadas o escupiría con desprecio si alguien comparase a Hitler con Robin Hood; para él sería como comparar un grandioso drama wagneriano con El Trovador. En cambio los muchachos peronistas no se sienten atraídos por ninguna epopeya trágica sino por la aventura que les propone su cabecilla: la guerra contra los

poderosos, los ricos, los viejos, los sabihondos y los prepotentes. Es una aventura llevada a cabo en un clima caótico de insubordinación juvenil, con sus alaridos, sus trompadas, sus celebraciones festivas y tumultuosas, sus irreverencias pueriles, sus cánticos de murga carnavalesca. Y el lenguaje en que se expresa adopta un estilo coloquial, llano, grueso y hasta sicalíptico, sin el envaramiento retórico que hasta entonces había empleado la política profesional.

Para los muchachos peronistas, pues, la justicia social del primer Perón tiene mucho menos que ver con las condiciones de trabajo y con los mecanismos de producción de la riqueza que con la fiesta de un nuevo reparto de la riqueza al que son obligados, gracias al Robin Hood en el Poder, los ricos tradicionales, los patrones, los empleadores, calificados todos como oligarcas. Perón estimula esa ambientación celebratoria de la derrota de los de arriba por los de abajo. Cuando advierte que, de seguir así, la fiesta consumirá todas las provisiones, modifica el discurso. Pero ya es demasiado tarde, la masa peronista continúa haciendo sonar la música del triunfo. Entonces él se entrega a los placeres y, en el fondo de su corazón, espera que sus enemigos, quitándole por la fuerza el Poder, lo salven.

Mientras tanto la república como sistema político ha quedado desarticulada. Para el amor adolescente por su gobernante-héroe, la república es una mezquindad. En efecto, divide el Poder entre varios poderes, los mete a todos dentro del corsé de las leyes y los acosa con una serie de controles recelosos. Esto es innoble, esto es indigno: la adolescencia no está dispuesta a que su gobernante-héroe se vea sometido a tales humillaciones, a esos estorbos leguleyos.

De manera que Juan Domingo Perón podrá subordinar todos los poderes a su Poder, podrá acomodar las leyes (empezando por la primera de todas, la Constitución) a sus designios, podrá burlarse de las vigilancias y de los controles, sin que a la masa de los muchachos peronistas se le ocurra pensar que se trata de una ilegalidad.

Lo ve, más bien, como la restitución al gobernante-héroe del libre ejercicio de las virtudes que ella le reconoció y que el tacaño sistema republicano pretende negarle. ¿Quiénes organizaron ese sistema? No, por cierto, los peronistas. De modo que no hay que ser muy suspicaz para darse cuenta de que la república ha sido hecha para atarle las manos a Robin Hood y soltárselas a sus adversarios. Ahora es la hora de que Perón tenga las manos libres y sus adversarios las tengan maniatadas, que estos chillen cuanto quieran: la masa peronista se hará la sorda y, si molestan demasiado, les dará un lindo escarmiento.

Desde entonces hasta hoy, la república no ha sido reconstituida del todo y, por lo contrario, los regímenes militares contribuyeron a arruinarla. Bien, los gobernantes legítimos tampoco hicieron mucho que digamos para restaurarla. Al llegar al gobierno se encontraron con la acumulación de poderes que Perón había almacenado en el Poder; no sé de ningún gobernante al que ese almacenamiento le disguste y le ponga remedio. Sólo cuando la realidad les apunta al pecho con el revólver del fracaso se resignan, a regañadientes, a desprenderse de algunos poderes, por lo general los que menos tienen que ver con la voluptuosidad del Poder.

Además, todo político está dominado por la pasión del Poder y a menudo el apetito se le despierta comiendo. Para su pasión, pues, el sistema republicano es un párroco Malthus que

Librodot

se introdujo en su alcoba la misma noche de bodas y que lo exhorta a la continencia. De buena gana lo haría callar. Hasta los gobernantes-gerentes, hasta los gobernantes administradores se sienten cornudos cuando otro poder que no sea el suyo les ordena qué deben hacer o qué no deben hacer.

Los argentinos no han conocido otro Poder que el encarnado por un solo hombre. Desde 1853 ese hombre es el Presidente de la República. A pesar de la Constitución, todo el sistema gira alrededor de ese sol como una monarquía en torno del Rey. El Presidente no dirá "el Estado soy yo", pero piensa "el gobierno soy yo" y los gobernados coinciden con él.

¿Qué he dicho? ¿A pesar de la Constitución? No tanto. Siguiendo el modelo de los norteamericanos descendientes de ingleses cuyo rey es el jefe de su iglesia, la Constitución argentina manda que el Presidente jure por Dios ser un buen gobernante***. Lo jura sobre los Evangelios, uno de los cuales (Mateo, 5, 33-37) prohíbe que en asuntos profanos se jure por Dios.*** Pero, en la República Argentina, gobernar no es un asunto profano sino sagrado, como lo era para los monarcas "por la gracia de Dios". Y si el Presidente falta a su juramento, Dios se lo demandará.

Un título que empezó por ser étnico y terminó por ser dinástico -verbigracia, rey de los francos, rey de los franceses- se lo aplican a sí mismos los presidentes de la República Argentina: son "presidentes de los argentinos". Como los presidentes de Francia aunque no sean de Gaulle y sean socialistas, cuyo empaque borbónico les viene junto con el cargo, los presidentes de la República Argentina, por más que contradigan la imagen del gobernante-héroe, nunca se abstendrán de adoptar un aire regio.

No dispondrán de un trono, pero "el sillón de Rivadavia" hace sus veces. Durante una pomposa ceremonia de coronación se los reviste de un manto, aunque reducido a una banda cruzada sobre el pecho, y de un cetro llamado, para disimular un poco, bastón presidencial. Tienen su guardia de corps, los granaderos a caballo, juramentados para dar la vida por ellos. Apadrinan al sexto hijo de sus súbditos. Cuando visitan cualquier ciudad de su propio país, se les entrega las llaves simbólicas de esa ciudad según un antiguo rito de rendición y sometimiento. Y antes de terminar su reinado, ay, a plazo fijo, nombran en voz alta o sotto voce a su delfín, a quien ese honor no le bastará para heredar el gobierno (las elecciones pueden quitárselo) pero sí para ser su pretendiente legítimo.

La sencillez republicana, la modestia democrática conspiran contra el prestigio del Presidente. Quizás el Presidente de la Confederación Suiza pueda viajar en los bellos tranvías de Berna sin menoscabo de su autoridad y de su respetabilidad. Un Presidente argentino se arriesgaría al ridículo y a la desobediencia. Por lo que me sopló el Idiotés, presumo que hombres viejos, sencillos y modestos como ese doctor Arturo Illia están expuestos a no ser tomados en serio, salvo después que hayan muerto, como suelen hacer los jóvenes con los ancianos bondadosos a los que, en vida, les infirieron todas las travesuras.

La Constitución dice "el presidente", así, a secas y con minúscula inicial, porque se refiere a un cargo y no a determinada persona. Pero el texto de las leyes, redactado por una mano respetuosa de la augusta persona momentáneamente entronizada, dice "el señor Presidente", reverencia que por las dudas también se les dirige a los funcionarios *a latere:* "el señor Ministro de Relaciones Exteriores", "el señor Secretario de Comercio", "el señor Director de Aduanas". Jamás he leído que una ley argentina, con igual cortesía, hable de "el señor Contribuyente de impuestos", o de "el señor Votante en las próximas elecciones".

El federalismo argentino es una ficción constitucional. Un país donde la mitad de la población se agolpa en una sola ciudad, Buenos Aires, y en una sola provincia, la provincia de Buenos Aires, vive de hecho bajo un régimen unitario, cuya cabeza es el Presidente de la República (lo nombro con mayúsculas iniciales; no quiero, tampoco yo, ser descortés). Y el gobernador de la provincia de Buenos Aires se desempeña como virrey. De modo que sí el Presidente y el gobernador no pertenecen al mismo partido político, hay entre ambos esas

Librodot

fricciones y esas sordas rivalidades como las que hubo entre los primeros reyes de Francia y los duques de Borgoña.

Ayer no más, por televisión, un diputado oficialista famoso por su fanatismo democrático y por su léxico intimidatorio, al preguntársele qué opinaba el Presidente sobre no recuerdo qué tema, respondió: "No sé, pero cualquiera que sea su opinión yo estoy de acuerdo porque el señor Presidente siempre tiene razón". Dios mío, parecía una escena de Zadig, el plagio de la frase de Tayllerand: "El rey nunca miente, aunque mintamos sus ministros.

Me he enterado de casos inverosímiles de "bovierismo" en torno del Presidente de turno, dignos de una novela de Gabriel García Márquez. Por ejemplo, imprimir periódicos apócrifos para que los leyese un Presidente decrépito al que se le debían ocultar las malas noticias. En estos días se habla de informaciones del servicio de inteligencia que no habían sido transmitidas al Presidente para no alarmarlo, a pesar de que se relacionaban con un inminente rebrote del terrorismo. Me cuesta creerlo. Pero, por lo visto, los Bovier forman una raza que siempre prospera a la sombra de los poderosos.

¿Los Bovier? En sus *Meditaciones de un paseante solita*rio., Rousseau cuenta que, deambulando por las orillas del Ysére en compañía de un amabilísimo lugareño, el señor Bovier, vio unos arbustos cargados de pequeños frutos rojos. Probó uno, le encontró sabor agradable y, cuando se disponía a darse un banquete, alguien le gritó desde la otra orilla del río: "Cuidado, esos frutos son venenosos". Entre estupefacto y colérico Rousseau le preguntó al señor Bovier por qué no le había avisado del peligro que corría. Entonces el bueno del señor Bovier, con una sonrisa meliflua y en un tono de indecible admiración contestó: "Ah, señor Rousseau, es que siento por usted tanto respeto que no me atreví a tomarme tanta libertad".

Cierto, algunos gobernantes se creen unos Mitrídates tan inmunes a los venenos que no toleran, no ya sólo a su lado sino también dentro de las fronteras de su país, más que a los señores Bovier. Hasta tal punto es así que si se pillan una indigestión por haber comido lo que no debían, los señores Bovier que se callaron la boca o que los alentaron a comer no son objeto de ningún castigo. A lo sumo se les pedirá la renuncia y, al día siguiente, serán designados para otras funciones. Ah, señor Rousseau, es que siento por usted tanto respeto, tanta admiración y tanta devoción que el señor Rousseau, halagado aunque empachado, abraza a los señores Bovier. La adolescencia mental no es rencorosa y, en cambio, es víctima de su sensible corazón. *Amicus ad templum.* Pero si se trata del templo del gobierno, los amigos entran abrazados para no separarse más.

Acabo de leer, en un periódico de Buenos Aires, las declaraciones de varios políticos, oficialistas unos, opositores otros. Todos coinciden en reconocerle al actual Presidente de la República (escribo este párrafo en diciembre de 1988) un mérito: el de haber restaurado las libertades individuales, en particular la libertad de expresión de las ideas. ¿Habría podido no hacerlo? ¿Por qué no, si otros pudieron? Parecería que el disfrute de esas libertades se lo deben al Presidente y no a la vigencia lisa y llana de la Constitución, a la que también el Presidente está sometido. No dicen: gracias, Constitución. Dicen: gracias, señor Presidente. Gracias, Majestad, por sus graciosas concesiones. Están tan acostumbrados a la ilegalidad que el imperio de la ley debe de antojárseles algo así como un milagro cuyo taumaturgo no puede ser otro que ese Presidente que, si no fuese el santo que es, en lugar de milagros cometería las diabluras que cometieron otros Presidentes menos santos pero no menos legítimos que él.

11 *Un soldat tel que moi, un soldat tel que toi*

Librodot

La uniformidad militar, la más rígida de todas, debe de seducir al adolescente colectivo si lo que he escrito hasta aquí no es una sarta de disparates o de prejuicios como los que Taine derramó sobre Italia.

Albricias: he encontrado dos pruebas concluyentes en abono de mis teorías. La primera: el extremismo de izquierda, que odia a los militares (porque son de derecha), adopta una organización castrense que exagera hasta el delirio el autoritarismo militar. Un dato complementario: en el resto de Hispanoamérica sus jefes, cuando consiguen llegar al Poder, lo primero que hacen es darse algún título militar, vestir uniforme militar y militarizar la sociedad.

La segunda prueba: la historia argentina está más poblada de protagonistas militares que de protagonistas civiles. Entendámonos: no me refiero a la historia bélica sino a la historia política. Hasta Domingo Faustino Sarmiento quiso ser general. Y cada vez que la sociedad buscó restaurar su salud, confió en los militares.

En lo que va del siglo, seis veces (sin contar las fracasadas) los militares se postularon como los únicos capaces de curar al país de los males que le habían infectado los gobernantes civiles, y ese día, recalco, *ese día* la mitad de la sociedad salió a la calle a festejarlo esperanzada y la otra mitad permaneció en su casa suspirando con resignación: eh, los políticos se merecían la paliza.

En 1925 Leopoldo Lugones, entonces el mayor poeta argentino, escribió: "Considerando mejores a los militares que a los políticos, y no siendo yo ni una otra cosa, deseo con imparcialidad el gobierno de los mejores". Sería tildado de fascista. Pero a la hora de cada golpe de Estado no fue el único en pensar así.

Reconozco que esta superstición, la de creer que las virtudes militares son aptas para provocar la

palingenesia de la política, persiste en sociedades maduras y hasta seniles como una reviviscencia del antiguo prestigio de la casta guerrera.

No digamos Hindenburg (porque en Alemania siempre hubo un culto por lo militar), pero Grant, Eisenhower y de Gaulle llegaron al Poder, cierto que elegidos por sus conciudadanos, sin otro prestigio, hasta ese momento, que el de los galones conquistados en la guerra. Muchos norteamericanos veían en MacArthur al gobernante que necesitaban los Estados Unidos. Y en medio del escándalo Dreyfus, la mitad de los franceses deseaba el purgante militar.

Por supuesto, los militares son los primeros en creer que están llamados a restaurar la eficacia y la moralidad del Poder político maleado por los civiles, y en la República Argentina no necesitaron que esa exhortación les viniese a través de los votos.

Más expeditivos que el mariscal Montgomery, que se quedó con las ganas de ser Primer Ministro de Su Majestad, usaron la fuerza. Y por cierto que ese día. como ya dije, sólo los gobernantes civiles y su corte áulica, desalojados sin ningún miramiento, pusieron cara de mártires: el resto de la sociedad aplaudió o se encogió de hombros.

En la *Mérope* de Voltaire, el general Polifonte dice: "Un soldado como yo, que sabe defender a la Patria, también sabe gobernarla". Los Polifontes argentinos, aunque no hubiesen tenido la oportunidad de probar que sabían defender a la Patria, pensaron que sabían gobernarla. Y en aquellas seis ocasiones pusieron manos a la obra: despidieron violentamente a los gobernantes legítimos porque no sabían gobernar y se instalaron ellos en el Poder porque ellos sí sabían. Los civiles les respondieron ya entonando a coro el mismo verso de Polifonte ligeramente modificado ("un soldado como tú", etcétera), ya guardando silencio, y el que calla otorga.

Esta creencia de que, cuando la clase política ha agotado las posibilidades de restablecer su moral y de renovar sus métodos, sólo los militares están en condiciones de sustituirla (y no, por ejemplo, los intelectuales), se nutre de datos mal interpretados.

Ve, en las Fuerzas Armadas, un Poder que no es político pero que, en casos extremos, puede ser trasladado a la política y funcionar allí con eficacia curativa. ¿Por qué? Porque el sedicente Poder militar es ejercido con disciplina, honor y coraje, tres virtudes que nunca le vienen mal al gobierno de un país. Que, por lo contrario, resultan imprescindibles cuando los gobernantes políticos las han perdido.

Pero en tiempos de paz el supuesto Poder militar no dispone de ninguna realidad sobre la cual operar y por lo tanto no es ningún poder. Sus tres virtudes cardinales complacen a quienes creen poseerlas pero su ámbito de aplicación es el propio mundillo militar. Si la paz, para felicidad de los civiles, se prolonga durante años y años, los militares terminan por darse cuenta de que han elegido una profesión inútil, que todos sus méritos, en el caso de que los tengan, sólo son valiosos para ellos mismos.

En Europa no les han faltado guerras y, entre guerra y guerra, hasta hoy, las tensiones entre el Este y el Oeste, entre el Pacto del Atlántico Norte y el Pacto de Varsovia, la guerra fría, las guerras periféricas en las que los gobiernos europeos intervienen desembozada o solapadamente, permiten que los militares sigan conservando la certeza de su importancia práctica y no experimenten la necesidad de buscar otros justificativos.

Dichosa República Argentina: durante un siglo y medio no había estado en guerra con ningún país ni la amenazaba ningún conflicto bélico. Y sus militares no hacían otra cosa que repetir, confinados en una fortaleza al borde del desierto de los tártaros, vanos juegos ceremoniales, el estudio de hipótesis sin confirmar, el entrenamiento de generaciones de reclutas bisoños que, una vez que habían aprendido a manejar las armas, eran mandados de vuelta a su casa. En la década del setenta los excitó la posibilidad de una guerra con Chile, pero vino el Papa y les arruinó la fiesta.

Pero seis veces entre 1930 y 1976 resolvieron, con el beneplácito o con la tolerancia de la sociedad civil, que había llegado la hora de abandonar la fortaleza donde se aburrían y enseñarles a los políticos cómo se gobierna un país. Perpetraron, pues, lo que un lenguaje impropio llama golpes de Estado y que ellos invariablemente llamaron "revoluciones", revoluciones de la disciplina contra el caos, del honor patriótico contra el encanallecimiento y la deshonestidad, del coraje contra la cobardía y la desidia. Sólo la última vez modificaron la nomenclatura: "Proceso de Reorganización Nacional".

Característica curiosa (a lo menos para mí) de todos ellos: los generales, porque siempre eran generales, metamorfoseados en presidentes *de* facto juraban por Dios cumplir y hacer cumplir esa misma Constitución que acababan de violar.

No creo equivocarme si atribuyo ese acto, que podría ser de un cinismo asombroso, a la sincera convicción de las Fuerzas Armadas, y de buena parte de la sociedad civil, de que el golpe de Estado era el procedimiento, el último y el único disponible, para que la Constitución no siguiese siendo tergiversada por gobernantes legítimos pero ilegales. El régimen militar se postulaba como una especie de ayuno impuesto a un enfermo, como una operación de limpieza de un Poder colmado de roña por los políticos. La ciudadanía creía lo mismo.

Repasando junto con el Idiotés la historia de los seis golpes de Estado *triunfantes,* he llegado a la conclusión de que los civiles *argentinos,* como buenos jóvenes, exageran la maldad de los regímenes militares para quitarse de encima sus propias culpas. "Los frecuente golpes de Estado", dicen, "no nos permitieron adquirir el hábito de vivir en democracia". Olvidan dos cosas. La primera: poner en la cuenta de sus experiencias antidemocráticas los diez años del primer Perón. Y Perón no fue un presidente de facto.

La segunda: que por lo menos cuatro de los golpes de Estado, el de 1930, el de 1943, el de 1955 y el de 1976 brotaron de raíces que no se hundían sólo en el terreno militar sino que

se extendían por vastas regiones de la sociedad civil. ¿0 es que los civiles ya no quieren leer las crónicas periodísticas y la documentación gráfica de cada uno de aquellos días? Yo sí lo he hecho.

Olvidan un tercer dato. Salvo durante el período del último régimen militar, que duró casi ocho años y que fue traumático, la vida cotidiana bajo los anteriores gobiernos surgidos de un golpe de Estado no sufrió las alteraciones profundas que por ejemplo padecieron los alemanes con el nazismo, los italianos con el fascismo y los españoles con el franquismo y que sin embargo no les impidieron, a alemanes, italianos y españoles, reconstituir en poco tiempo sus respectivas democracias.

Está bien. En mi casa en Europa, dos amigos míos, judíos ambos, dialogaban. Uno le decía al otro: "No hable de antisemitismo, usted que nunca salió de este país. Yo en cambio viví en la Alemania de Hitler y sé lo que es ese flagelo". El otro sonrió: "¿De modo que, según usted, para que los judíos empecemos a alarmarnos hay que esperar la aparición de los campos de concentración y de los hornos crematorios? Felicitaciones".

Los argentinos podrían asestarme la misma ironía. "¿Así que, según usted, si un dictador no es un Hitler ya no es un dictador?". Está bien, repito. Pero yo querría que todos, civiles y militares, reconociesen una realidad que acaso contribuya a su reconciliación. Porque no sé de ningún país que pueda vivir enemistado con aquellos mismos a los que les encomienda su defensa. Y esa realidad es que los golpes de Estado han sido una consecuencia y no una causa de los extravíos antidemocráticos de la sociedad argentina, la cual en razón de su fuerte componente adolescente, había hecho de la democracia como "estilo de vida" el estilo de vida da las bandas de West *Side* Story.

Ahora todos, civiles y militares, reniegan de todos los golpes de Estado del pasado, se arrepienten de haberlos cometido, aplaudido o tolerado en silencio. De ahora en adelante, dicen, sólo nos gobernarán aquellos hombres que la ciudadanía elija. Y si después resulta que son unos patanes o unos pillos, paciencia y esperar hasta las nuevas elecciones.

Nota bene: todos los golpes de Estado son condenables, pero hay algunos más condenables que otros. Para los peronistas, el del 4 de junio de 1943 debiera ser absuelto porque se trajo consigo a Perón. Y para un grupo de viejos conservadores, el de 1955 fue una gesta gloriosa porque defenestró a Perón.

Pero el tono de la sociedad argentina es ahora decididamente contrario a los antiguos fervores por la cirugía castrense. Y como el arrepentimiento no quiere que lo cargoseen, la abundante documentación escrita y gráfica de aquellos entusiasmos civiles se ha vuelto odiosa y está archivada.

En resumen: democracia para siempre. Los políticos, habilísimos en su autodefensa, aprovechan esa profesión de fe democrática del pueblo para una maniobra de chantaje. Dicen: cuidado con denigrarnos, con excederse en las criticas contra nosotros, porque o nos aguantan o vienen otra vez los militares. Esa campaña extorsiva ha llegado a presentar como conatos de golpes de Estado ciertas turbulencias internas producidas dentro del Ejército enviciado por sus aventuras políticas.

Al rechazo in *limine* de los golpes de Estado contribuyó con suma energía el último régimen militar, que parece haberse propuesto adrede el descrédito de las Fuerzas Armadas. Claro está, no se lo propuso sino que, más bien, creyó en una especie de aristía de las virtudes militares. En efecto, a principios de 1976 la sociedad argentina padecía dos calamidades terribles y simultáneas: un gobierno civil desquiciado y los ataques del terrorismo de izquierda y de derecha armado hasta los dientes y en plena acción belicosa. Aguardar hasta las elecciones presidenciales de 1979 parecía un suicidio. Entonces el argentino que no deseaba una solución *manu militari* la daba por inevitable.

El 24 de marzo de 1976 la sociedad argentina lanzó un suspiro de alivio o un suspiro de resignación. Los militares se sintieron los únicos fuertes en una sociedad débil, los únicos puros en una sociedad impura. Ya no confiaban más que en sí mismos. Tomaron el Poder,

Librodot

pues, para una doble santa cruzada patriótica: rescatar a la sociedad civil del desorden en el que estaba hundida hasta los ojos y emprender la guerra ¡al fin una guerra! contra el terrorismo.

Los tártaros invisibles se habían vuelto visibles y no eran soldados regulares sino una horda de locos asesinos. La guerra contra esos dementes ya no tenía por qué ajustarse a las leyes convencionales, debía convertirse en una implacable ejecución a muerte, en el exterminio de un Mal que no tiene su aposento en la carne sino en la mentalidad, en la conciencia moral y acaso hasta en el alma. La guerra contra el terrorismo cobró, pues, la sevicia inhumana de las guerras religiosas en las que de un lado están los instrumentos de Dios y del otro lado los instrumentos de Satán. Así lucharon entre sí los militares y los terroristas. Vencieron los militares.

Mientras tanto fracasaban como gobernantes políticos. Puesto que ya no se fiaban sino de sí mismos, habían proclamado que su gobierno era "el Gobierno de las Fuerzas Armadas" en cuyo seno admitieron a unos poquísimos civiles amigos suyos. Pero "el Gobierno de las Fuerzas Armadas" no pasa de ser una frase. De hecho, fue el gobierno de un grupo de altos jefes que hicieron y deshicieron cuanto se les antojó. Y como en las Fuerzas Armadas están prohibidas las deliberaciones y las votaciones, la institución militar cargó pasivamente con la responsabilidad de todos los actos de gobierno a lo largo de casi ocho años. ¿Qué creían? ¿Que los sucesivos elencos militares instalados en el Poder político eran unos sabios infalibles que sólo les transferirían a las Fuerzas Armadas los laureles de la gloria? Si lo creyeron es porque no tienen la menor noción de qué es el Poder político o porque suponen que basta la condición militar como título de idoneidad para ejercer cualquier cargo. En cualquiera de las dos hipótesis se ponen en ridículo. Un compatriota mío, que visitó la República Argentina en 1978, me contó: "Es increíble. Hay militares hasta en la Cancillería, en la Confederación del Trabajo, en el Instituto del Cine, en los canales de televisión. ¡Pobre país!". Sí, pobre país, tan digno de lástima como si mi compatriota, en lugar de haber encontrado a militares por todas partes, hubiese encontrado a ingenieros o a médicos monopolizando todas las funciones publicas. Pero los militares estaban convencidos de que, si eran ellos los monopolistas, el mundo no diría: ¡Pobre país!".

En 1982, cuando ya descansaban, satisfechos, de la guerra santa contra el terrorismo pero no sabían qué hacer para ocultar su impericia política, se les ocurrió recomponer siquiera el prestigio estrictamente profesional, ahora en otra guerra. Esta sería una guerra con todas las de la ley, contra enemigos exteriores, cara a los sentimientos argentinos: la reconquista de las Islas Malvinas, en manos de Inglaterra desde el siglo XIX gracias a un acto de piratería. En un primer momento el pueblo estuvo de acuerdo. Trabajados por el adolescente colectivo, civiles y militares creyeron que el Occidente democrático se dejaría llevar por el corazón y no por los intereses, los ayudaría, y si la vieja arpía de la Gran Bretaña intentaba repetir el despojo del que ya una vez había hecho víctima a la joven y tierna República Argentina, el mundo no se lo permitiría. Fue, como se sabe, un terrible desengaño para los civiles y el último y definitivo fiasco del moribundo "Proceso de Reorganización Nacional". En seguida los militares llamaron a elecciones como quien se desprende de una empresa en bancarrota y el 10 de diciembre de 1983 el país recuperaba la legalidad constitucional.

De regreso en los cuarteles, no sé si los militares esperaron algún agradecimiento por haber salvado a la sociedad argentina del gobierno mamarrachesco en el Poder hasta el 24 de marzo de 1973. Presumo que no esperaron congratulaciones por la forma como habían ejercido el gobierno durante casi ocho años. Pero lo que nunca se les pasó por la cabeza es que la misma sociedad civil que una década atrás vivía espantada por el terrorismo y rogaba que la defendiesen, ahora les enrostrase, a quienes la habían defendido, la forma cómo lo habían hecho y los sometiera a juicio. Les pareció que eran objeto de una insoportable ingratitud.

Librodot

Si a un extranjero se le permite meter su cuchara en un asunto tan doloroso, diré un par de cosas. La izquierda, no animándose a reprochar a los militares haber vencido a la subversión, introduce una chicana: pretende que debió ser la Justicia la encargada de juzgar y de condenar a los culpables de actos de terrorismo. Entendámonos: de actos, no de ideas. Es una chicana porque ¿quién cree de veras que los jueces, con su crónica escasez de medios y con su no menos crónica y farragosa lentitud de procedimientos, habrían podido entendérselas con un terrorismo que levantaba verdaderos ejércitos de varios miles de soldados bien entrenados, bien armados y dispuestos a desatar, en nombre de sus ideales, un Apocalipsis de sangre y fuego? El terrorismo en armas y sus aliados desarmados habrían vuelto ilusorio el poder de la Justicia, lo habrían trabado, habrían quebrado la voluntad de los jueces y los habrían forzado a la impotencia o al martirologio, tal como lo venían haciendo hasta entonces. La propia sociedad pedía soluciones rápidas y contundentes.

Esto no cancela la deuda de los militares aunque la reduzca a términos menos artificiosamente abultados como los que demanda la izquierda. Pues los militares pretenden, a su vez, que no quedaba otro camino que el de la violencia bestial que emplearon. Es en este punto donde la sociedad civil tiene el derecho de ajustarles las cuentas. ¿Cómo que no había ninguna solución intermedia que combinase los procedimientos más expeditivos y sumarios con la decencia moral, con el respeto por la condición humana? ¿Lo creen y se dicen cristianos? Las atrocidades cometidas en la guerra del Viet-Nam traumatizaron por largo tiempo a la sociedad civil norteamericana, y eso que habían sido perpetradas en un remoto país asiático y contra *meros vietnamitas.* ¿La sociedad civil

argentina ha de ser menos sensible, su conciencia moral no debiera sentir ningún trauma?

Los militares se han dado la mano con los terroristas en una misma locura de autoendiosamiento para el cual todo horror es justo. Pero la historia no terminó al día siguiente de ese supuesto Juicio Final. La historia ha proseguido y los dioses apocalípticos han dejado de ser dioses, han vuelto a ser hombres y los demás hombres no tiene por qué perdonarles la impostura de su apocalipsis. Entonces todo vuelve a ser medido y pesado según un canon moral humano. Pues bien: para ese canon, la tortura, la desaparición de niños inocentes, las vejaciones sexuales son crímenes. Y cuando se está en condiciones de castigar a los culpables, cosa que no sucede siempre, se los castiga.

Un argentino me preguntaba por qué, en mi país, los militares no producen golpes de Estado a pesar de que, a menudo, los gobiernos civiles dan un espectáculo lamentable. El lo atribuía a que son "militares democráticos". Me abstuve de sonreir y le hice notar que en las democracias las únicas instituciones que no pueden organizarse democráticamente son las Fuerzas Armadas. Si lo hicieran, atentarían contra los fines para los que han sido creadas. Esto implica una especie de disociación esquizofrénica: los militares, en una democracia, deben respetar y defender hasta con su vida los valores democráticos del mundo civil y prohibirles la entrada, a esos mismos valores, en el mundo castrense.

Supongo que se sobreponen a esa esquizofrenia axiológica gracias a dos terapias. La una consiste en el papel protagónico que los militares desempeñan en Europa, aun durante la paz, por ministerio de las tensiones entre el Este y el Oeste. La segunda es menos costosa: en mi país, la sociedad no permite que haya entre un civil y un militar otras distinciones que las que provienen de sus respectivas profesiones. Si a los militares se les ocurriese decir que ellos son "la reserva moral" o "el retén político" se harían el blanco de tal rechifla que tendrían que pedir la baja. En cambio los militares argentinos siempre han creído que su profesión establece por sí misma y al margen de los méritos personales un privilegio (una serie de privilegios) respecto de cualquier profesión civil. Entre esos privilegios incluyen, tan campantes, aquellos que a los militares de mi país los pondría en la picota.

Ahora los políticos argentinos ***gastan saliva y acaso*** materia gris pensando en cómo evitar que, dentro de una o dos generaciones, los militares olviden las experiencias pasadas y vuelvan a creerse los puros en una sociedad impura, la reserva moral y el retén político.

Buscan lo que llaman "la inserción de las Fuerzas Armadas en la democracia". No falta quien proponga el disparate mayúsculo de que se democraticen por dentro, en su organización interna. Un argentino me decía: "Lo que hay que hacer, para que se curen de su manía golpista, es encomendarles trabajos fuera de los cuarteles, que les permitan estar ocupados y sentirse útiles. Por ejemplo, que se encarguen del petróleo, de los ferrocarriles o de la construcción de caminos". Me aseguró que lo que me decía no era una broma.

Yo quiero creer que la famosa "inserción" ya ha sido resuelta por los propios militares. Porque, si no han perdido la chaveta, deben de haber comprendido que el ejercicio en sus manos del Poder Político, si no le conviene al país, tampoco les conviene a ellos. ¿El Poder corrompe, decía lord Acton? Pues bien: la sociedad puede sobreponerse a un Poder corruptor, pero las Fuerzas Armadas corrompidas en el Poder no se salvan. A corto o a largo plazo son una turba indisciplinada, díscola y tumultuosa que se devora a sí misma.

ADDENDUM: Un novelista argentino me susurró: "En Europa no hay golpes de Estado porque no valen la pena: allá el cambio de un gobernante por otro no significa gran cosa y la sociedad sigue tal cual. En cambio aquí un relevo en el gobierno puede poner al país del derecho o del revés, tantos son los poderes de que disponen.

12 Los mitos del adolescente colectivo, I

Mi viaje a la República Argentina tenía un propósito concreto: averiguar por qué el país que hasta el primer tercio del siglo XX había sido la nueva Cólquida del Vellocino de Oro hoy era una nación que pataleaba en el pantano de una crisis económica sin precedentes.

Todos los fenómenos sociales son complejos y derivan de múltiples concausas. Pero yo me limitaré a una de ellas: la adolescencia colectiva.

La inmensa mayoría de los argentinos se jacta del tamaño y de la riqueza de un territorio al que al mismo tiempo elude, pues prefiere vivir aglomerada en unas pocas ciudades.

Terratenientes orgullosos de sus posesiones rurales, esos argentinos son, empero, hombres de ciudad y desempeñan oficios urbanos.

Para alimentar el orgullo les basta el mapa. Miran el mapa y se hacen una idea oleográfica de su país, que en efecto allí es grande y está todo revestido del color verde de la fertilidad.

Me dijo el Idiotés: "Cuando yo era niño, en la escuela primaria me mostraron un mapa de la República Argentina dentro del cual aparecían, ensamblados como piezas de un rompecabezas, los mapas de España, de Italia, de Francia, de Inglaterra y de Alemania, y aún sobraba espacio".

"Advierta una cosa: los países elegidos no eran pacotilla. Eran los cinco más adelantados de Europa. En esa lección de geografia comparada había un mensaje implícito: nosotros sólo debíamos medirnos con los europeos de primera línea, a los que por empezar aventajábamos en estatura física".

"Cierto, el mapamundi mostraba que había otros países más gigantescos que el nuestro, pero nosotros no debíamos bajar el copete. Salvo los Estados Unidos, ese fastidioso rival de nuestras ínfulas, los grandullones de la cartografía se habían ido en vicio. Los que no estaban sepultos por la nieve, por la arena o por junglas monstruosas, como Rusia, Arabia, Canadá y Brasil, eran vastos hormigueros donde las hormigas se morían de hambre, como la India y China. En cambio la República Argentina era, de un extremo a otro, Canaán, la Tierra de Promisión, el Jardín de las Hespérides en escala colosal".

"Recuerdo nuestras fanfarronerías de otros tiempos: aquí basta echar el grano al voleo para que las mieses crezcan como en otros países crece la maleza. Parecía la parábola del sembrador, agigantada hasta el vértigo. Y los ganados se multiplicaban como los panes y los peces del milagro erístico, pero sin necesidad de ningún milagro porque la taumaturga era la propia naturaleza. Estos eran los alardes de quienes, como yo, jamás habíamos plantado trigo o criado una vaca porque vivíamos en alguna ciudad y éramos abogados, oficinistas o tenderos".

"Entonces decíamos, en un tonito de conmiseración, que la vieja Europa de nuestros antepasados tenía la tierra exhausta y encima superpoblada., En cambio nosotros, sus descendientes, éramos pocos y disponíamos de un territorio inmenso y feraz. Ahora resulta que la vieja Europa es rica y nosotros somos pobres. Cómo no vamos a sentirnos malhumorados".

Lo primero que creo comprender es que la República Argentina, en tanto objeto de la economía, no encaja dentro de los gustos, de las dotes y de las vocaciones del adolescente colectivo.

Cierto, es un país extenso y colmado de riquezas naturales. Pero la explotación de estas riquezas naturales, para que todo un pueblo viva bien, exige no sólo inteligencia y conocimientos sino grandes esfuerzos físicos. Permítaseme que insista: cuando digo "esfuerzos físicos" me refiero a la maldición bíblica del "ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Hasta donde le fue posible, el adolescente colectivo se ha rehusado a someterse a ese castigo. Desde siempre optó por vivir en ciudades levantadas como refugios contra la naturaleza, como lugares de asilo contra la realidad, y ahí adentro habló mucho del país enorme y rico, hizo muchos planes para explotarlo, pero lo que quería era que otros se encargasen de la explotación y beneficiarse él con los resultados.

Aun aquellos pocos argentinos que aceptaron el reto del país bíblico y salieron a vivir fuera de las ciudades, entre ser los Caínes de la agricultura y los Abeles del pastoreo eligieron el oficio de pastor, que puede ser cumplido con el espinazo derecho y a caballo como señores. Y si había algo que cosechar, eran los frutos que la naturaleza produce por sí misma. La sombría laboriosidad del agricultor, doblado sobre la tierra y esclavo de las leyes naturales, iba a quedar reservada a los inmigrantes.

A fuerza de hablar y de hablar sobre el país grande y rico, el adolescente colectivo guarecido en las ciudades terminó por crear un mito: el mito de la predestinación de la República Argentina a la grandeza. Creyó en esa predestinación como en la ley darwiniana de la evolución de las especies animales: la especie humana argentina tenía un futuro fatal de prosperidad tan ineludible como el parricidio y el incesto que el oráculo le pronosticó a Edipo en el momento de nacer.

El mito venía así a desempeñar su función reconciliadora. Puesto que el adolescente colectivo no se animaba a firmar la paz con la realidad, la firmaba con una reelaboración mental y verbal que eliminaba el conflicto: el país sería próspero sin necesidad de que sus habitantes urbanos renunciaran a los ocios, a los juegos, a los placeres gratuitos, a las travesuras, a las picardías, a las pláticas errabundas y a las fanfarronadas y pendencias de la edad del pavo. Por supuesto, el mito no daba de comer y había que ganarse la vida, pero, siempre que pudo, el adolescente colectivo se la ganó no como pretendía la realidad sino

como le gustaba a él, y cuando no podía se consideraba arbitrariamente excluido del pacto social y absuelto, en consecuencia, de cualquier deber de reciprocidad. ¡El pacto social! Esta terminología rousseauniana, pródiga en apelaciones al acuerdo nacional, a la conciliación de todos los argentinos, al compromiso de unidad, siempre ha estado de moda entre los políticos. Pero el único pacto que firman los argentinos de las ciudades es el que los asocia a un bando de adolescentes y los pone en contra de los demás bandos.

No son en modo alguno incapaces de reflexionar racionalmente, aunque sus facultades de raciocinio se quiebran ante cualquier realidad que los intimide, como la de ese país del Pentateuco necesitado de sudores adámicos, y entonces apelan a las fábulas y a los mitos. Pueden mostrarse codiciosos, ávidos de poder y de riqueza, pero como sólo suelen serlo los jóvenes. Por eso tiene más aptitudes para las ambiciones que para las realizaciones, más para desear poseer que para conservar lo que poseen. Sus dilapidaciones, esos alegres despilfarros que se les reprocha, son la consecuencia de un carácter que ignora la avaricia típica de quien renuncia a los goces de vivir.

Tanto confiaron en el mito de la predestinación a la grandeza que la fe en el risueño porvenir operó como tranquilizante social. La lucha de clases sólo se trabó, y tímidamente, cuando la inmigración extranjera masiva introdujo nutridos contingentes de trabajadores que no participaban de la creencia ciega en el mito. Y si ahora los argentinos dicen que "no tenemos el país que nos merecemos", no es la arrogancia la que les dicta esa frase sino el disgusto de que el cumplimiento de la predestinación a la grandeza se demore más de la cuenta, y no por culpa de ellos, creen.

Hacen mal los extranjeros que los visitan y que, queriendo mostrarse amables, les dicen: "No se quejen. Aquí todavía se vive bien. La verdadera pobreza ustedes no la conocen. Llámense contentos, porque todavía son un pueblo afortunado".

Ese vino de la confortación tiene, para los argentinos, el sabor del vinagre. ¿Con quiénes han de compararse para llamarse contentos? ¿Con los etíopes, con los angoleños, quizá con los haitianos? ¿Viven bien porque no sufren hambrunas africanas? Creen tener el derecho de mirar de igual a igual a los españoles, a los italianos, a los habitantes de cualquiera de los países europeos cuyo mapa cabe dentro del mapa de la República Argentina. Y como el cotejo los humilla, se sienten muy desdichados.

No repetiré las zalamerías de los visitantes extranjeros. Pero tampoco voy a disimular la impresión desconcertante que le produce la sociedad argentina a quien le niega el don de la extrema juventud, empezando por los propios argentinos que se encocoran como Uslar Pietri cuando uno les descubre el componente adolescente.

Serán datos ya muy sobados, pero hay que tomarlos en cuenta si uno pretende comprender siquiera con alguna cauta aproximación la realidad argentina. Apenas alguien deduzca que, porque la economía anda con la soga al cuello, aquí no verá señales de derroche y pruebas de un gran desahogo económico se equivoca. Todo argentino, y no son diez familias pudientes ni los cuatro happy few de las republiquetas bananeras, que de momento disponga de dinero para hoy pasarla bien aunque no sepa qué le ocurrirá mañana, lo hace. Entendámonos: "pasarla bien" significa, para el adolescente colectivo, vivir en día domingo. Los estadios deportivos abarrotados, los numerosísimos restaurantes y cafés colmados de gente, los lugares de veraneo hacia donde corren tantos argentinos en cualquier época del año que les permita una escapada, no dan una imagen de crisis.

"Se engaña", me advierten. "Es una ínfima minoría la que puede darse esos gustos. La inmensa mayoría de la población vive en un pantano". ¿Qué voy a hacerle? Para un europeo como yo, habituado desde niño a la práctica del ahorro y a la disciplina del sacrificio, aquella sedicente minoría es, en las grandes ciudades argentinas, demasiado numerosa como para ser sólo la minoría privilegiada que siempre y en todos los países se pone a salvo de la pobreza.

Sí, en la República Argentina hay una grave crisis económica. Veo sus síntomas por todas partes. Pero no veo las actitudes que se correspondan con la crisis. Los gobernantes no

Librodot

se privan de nada. Muchos gobernados dicen que viven mal, pero lo dicen porque el dinero que ganan, aunque les alcance para vivir con un decoro que los pobres de mi país les envidiarían, no les alcanza para darse ningún lujo. Y no son cuatro gatos.

Las enormes sumas que se gastan en juegos y en ocios no provienen sólo del bolsillo de los ricos. No es la desesperación de la miseria la única que ahora impulsa a los argentinos a los juegos de azar. Fue siempre su pasión, compartida por ricos y pobres. Y no es la inflación el único y novedoso motivo para desalentar el ahorro: siempre que han podido los argentinos tiraron la casa por la ventana, y todavía hay demasiada gente que lo hace.

Quiero decir que, aun en medio de la crisis económica, el mito de la predestinación a la grandeza no se ha desvanecido. Los argentinos están acostumbrados a vivir como los herederos universales de una fortuna que la muerte del presente les transferirá. Esa cita con la prosperidad les convirtió el tiempo en las perpetuas vísperas de un futuro venturoso, amenizadas por toda clase de entretenimientos juveniles y dilapidaciones a cuenta de la herencia.

Todavía ahora hay un vasto sector de la sociedad que no ve la crisis como una realidad instalada sino como una absurda y perversa negación de la realidad. De modo que no se siente obligado a enfrentarla sino a eludirla, a pasar por un costado para seguir adelante en dirección del luminoso porvenir rubricado y garantizado por el mito de la predestinación.

13. Los mitos del adolescente colectivo, II

Los argentinos no son tan necios como para ignorar lo que a veces olvidan los boxeadores, los halterófilos, los buenos mozos y los hijos de papá: que los músculos no bastan, que la linda figura no basta, que el dinero no basta para triunfar en esta vida. Además hay que tener cabeza.

Y bien, creen tener cabeza de sobra. Han hecho una operación de transferencia de dotes: si el país es grande, es rico, es Jauja, sus legítimos propietarios no pueden ser gentecita. De modo que se consideran un pueblo privilegiado por sus virtudes, ya que de lo contrario no serían los dueños de este país de excepción.

Entre las virtudes figura la inteligencia. Son tan inteligentes que, si en algo se exceden, es en vivacidad mental. Mientras otros pueblos tienen el intelecto embotado por la necesidad de sobrevivir en medio de una naturaleza dura y hostil, ellos, en el país predestinado a la grandeza, han podido pulimentar y agudizar las armas de la inteligencia.

Ya la genética les proporcionó la base: descienden en línea directa de las ramas europeas del gran tronco blanco con predominio de las latinas, alabadas desde antiguo por la finura de sus prendas intelectuales. ¡Los sajones, en comparación, parecen tan lerdos de entendederas! Mientras ellos meditan y se rascan el mentón, cualquier argentino ya cree que sabe qué hacer.

Librodot

Encima la historia ha sido aquí más breve y menos terrible que en Europa: se dice que una memoria sobresaturada de recuerdos destila jugos envejecedores. La memoria de los argentinos se mantiene fresca y su inteligencia está lustrosa. Un joven inteligente siempre será más brillante que un anciano inteligente.

En fin, la inteligencia argentina no se ha visto mellada por trabajos embrutecedores. Por lo contrario, a lo menos en las grandes ciudades pudo limarse uñas y dientes en esos oficios urbanos

que practican la esgrima mental y verbal.

Pero pongámonos de acuerdo sobre qué es la inteligencia. Según una definición de Richard Hosftadter que a mí me parece acertada, la inteligencia es la capacidad para resolver un problema teórico o práctico, para encontrarle la salida. En latín, salida se dice exitus, que los ingleses traducen por exit. La inteligencia conduce al éxito.

Pero debe ir acompañada de los conocimientos. Muchas veces decimos: lástima que Fulano no haya estudiado. Le reconocemos una inteligencia innata que se debate solitaria frente a un problema. En el otro extremo, hay personas cargadas de conocimientos y que sin embargo, por un déficit de inteligencia, no saben qué hacer con ellos. El matrimonio de la inteligencia con los conocimientos da a luz ese "saber" que es la llave del éxito.

También es cierto que la inteligencia tiene sus propias vocaciones, pues hay sabios para unas cosas y no para otras. Y, como la musculatura, la inteligencia congénita se desarrolla o se atrofia según el ejercicio a que se vea sometida.

Lo contrario de la inteligencia vendría a ser, creo, la estupidez, palabra derivada de un verbo latino, stupere, que significa permanecer quieto, inmóvil y, en sentido traslaticio, mentalmente paralizado. O por lo menos sin hacer otro movimiento que el ir y venir de un animal en la jaula, que el desesperado revoloteo de una mariposa alrededor de la luz que la encandila, como nos lo recuerda un verso de Horacio.

Desde hace medio siglo los argentinos no consiguen hallar la salida para los problemas que aquejan a la sociedad política llamada República Argentina. ¿De qué habrá que dudar? ¿De su inteligencia o de sus conocimientos? ¿O de ambos a la vez? Cuando se jactan de su exceso de vivacidad mental ¿estamos oyendo el recitado de un mito narcisista del adolescente colectivo?

Y bien, me parece que sí.

La fe en la predestinación del país a la grandeza operó como un diván donde se les apoltronó la inteligencia a la altura de los problemas de la sociedad, esto es, del gran problema de arquitecturar primero una sociedad y de mantenerla después en condiciones de habitabilidad y de funcionamiento. De ese incordio se encargaría tarde o temprano la predestinación.

De modo que la inteligencia sólo debía adiestrarse en los problemas ubicados más abajo, al ras de los grupos parciales y de los individuos sueltos. En ese plano todos los problemas venían a reducirse a uno solo: cómo acoplar el destino de cada grupo o de cada individuo, siempre sujeto a riesgos, con el destino nacional ya garantizado por la predestinación.

Sin que importase la efímera conducta de los hombres, el país marcharía indefectiblemente hacia su cita con la prosperidad, hacia su evolución darwiniana en pos de la grandeza. En el camino, lo único que había que hacer era que el viaje fuese lo más placentero posible para cada pasajero grupal o individual sentado en el mismo camarote, en el mismo vagón. Pero no había por qué hacerse mala sangre por lo que ocurría en otros camarotes, en otros vagones: era un asunto que sólo les concernía a quienes los ocupaban. El tren, mientras tanto, corría con todos a bordo en dirección de la felicidad.

Los argentinos se han sentido en las antípodas de los judíos de la Diáspora, para quienes la mera existencia como nación fue siempre un problema que había que resolver. Y

Librodot

cómo resolverlo, si no mediante una inteligencia capaz de entendérselas con ese conflicto común a todos los judíos.

O en las antípodas de los italianos, que debieron encontrar la forma de sobreponerse a las constantes invasiones extranjeras que venían a arrebatarles todo cuanto era suyo, y contra las cuales, a falta de medios físicos, había que defenderse con armas mentales afinadas hasta la más extrema sutileza.

Los rasgos itálicos de la sociedad argentina son de una italianidad que no se ve forzada a ser sutil para sobrevivir. Sólo le quedó la agilidad mental que no se duerme y que está siempre alerta, pero aquí no espía a invasores extranjeros sino a los propios argentinos.

No demos más vueltas y recaigamos en el lugar común: esa inteligencia argentina que se desentiende de los problemas sociales porque los da por solucionados por la predestinación, y que sólo se dedica a resolver los problemas grupales o individuales es una inteligencia deforme, roma para las cotas más altas de la realidad, perspicaz a medida que la cota desciende, y se llama viveza.

El Diccionario de la Real Academia Española apila, para la palabra "viveza", siete primeras acepciones relacionadas todas con la prontitud del pensamiento, de la locución o de la conducta. Nada censurable. Pero la octava frunce el ceño: "acción poco considerada".

Esta definición difusa y como reticente se hace más precisa si uno la remite a la de "vivo". El vivo es el "listo, que aprovecha las circunstancias y sabe actuar en beneficio propio". Ahora sí se comprende en qué consiste la viveza como subgénero de la inteligencia.

Pues no hay ninguna duda de que no tiene nada que ver con la estupidez: el estúpido, mentalmente

paralítico, ¿cómo atinaría a aprovechar las circunstancias, que son siempre lábiles y cambiantes? Se

necesita rapidez mental. Es el patrimonio de la viveza.

La inteligencia da a menudo, para las miradas superficiales, una impresión de lentitud porque está repasando sus conocimientos. Y hasta de estupidez, porque procede con cautela a través de ensayos, de experimentaciones, de aproximaciones laterales que pueden fracasar. Pero no abandona sus intentos y finalmente encontrará la salida.

La viveza, como no puede permitirse esas demoras, parece más dinámica que la inteligencia. Las circunstancias, de las que se propone extraer provecho, no esperan, hay que correr para que no se escapen.

Extraer provecho "en beneficio propio", dice el Diccionario de la Academia. La viveza introduce en el dominio de la inteligencia un elemento moral reprobable: el egoísmo. Claro está, un egoísmo oportunista y ventajero que mira por sí y no mira por el prójimo. Por eso el Diccionario apunta: "acción poco considerada". Es amable. Pudo ser más severo: "acción desconsiderada".

En la sociedad argentina la viveza ha usurpado el lugar de la inteligencia y acaparado sus funciones. Pero ¿no se me ha dado por pontificar que esa misma sociedad encierra un fuerte componente adolescente? Cómo ¿la adolescencia es capaz de cometer semejantes fechorías intelectuales y morales, el egoísmo ventajista, la desconsideración hacia el prójimo? Lo es.

En primer término, porque la fábula de la predestinación del país a la grandeza les quita valor a las acciones personales: de todos modos la predestinación se cumplirá. Y en segundo término porque la adolescencia entiende que sus escrúpulos morales quedan suspendidos fuera del grupo al que cada cual pertenece.

Al fin y al cabo la viveza se conecta con la cabeza y no con el corazón. Cuando el corazón se hace oír, la viveza recula. Pero es con la cabeza y no con el corazón como se resuelven los problemas estructurales de una sociedad. Y si la cabeza que se cree inteligente es sólo viva, si

le cede a un mito la solución de aquellos problemas y se dedica a sacarles provecho a las circunstancias cotidianas, allá arriba irán acumulándose las dificultades, se volverán más y más complejas y enredadas hasta que toda esa masa se derrumbe sobre la sociedad como un techo que se desploma.

Es lo que ha ocurrido en la República Argentina. Parpadeando de estupor entre el humo y los escombros, el adolescente colectivo se siente víctima de algún atentado criminal.

El responsable de la catástrofe tiene un nombre: viveza. Instalado en el Poder, propagado por toda la sociedad, ese isótopo de la inteligencia no ha podido ni acaso sabido, porque también desconfío de sus conocimientos, hacer otra cosa que declamar a los cuatro vientos la fábula de la predestinación a la grandeza y, mientras tanto, chuparles el jugo a las circunstancias de cada día.

Así no se da con la salida, con el éxito de todo un país. A lo sumo se encuentran escapatorias para tal o cual grupo, para tales o cuales individuos. Pero el conjunto de la sociedad queda atrapado en la jaula del fracaso y los menos vivos, los menos listos, que es tanto como decir no necesariamente los menos inteligentes sino los menos inescrupulosos, los menos ventajistas, los menos palabristas, escuchan el mito del Vellocino de Oro que tienen guardado en casa mientras ellos y sus hijos viven en el país del Minotauro. Pero ya han empezado a descreer de esas fantasías pueriles y risueñas con que los vivos en palacio y los vivos en la calle los han embaucado durante décadas.

Para una nota al pie de página

Según una tradición que se remonta a los griegos, "bárbaro" es el que tiene una cultura (empezando por el idioma) diferente de la nuestra. La palabra, en sus orígenes, no era peyorativa. Los griegos la aplicaron a los romanos y los romanos a quienes no eran romanos, y los así llamados aceptaban la calificación.

Sólo más tarde se cargó de connotaciones despreciativas que terminaron por convertirla en sinónimo de inculto, de tosco y hasta de salvaje, claro que desde la perspectiva de quien la pronunciaba. Si los animales pudiesen hablar, es posible que nos llamasen bárbaros.

Hoy el adjetivo se bifurca en dos acepciones opuestas. La una se mantiene fiel al viejo desdén por quien no comparte nuestra cultura, la única digna de ese nombre. La otra se ha vuelto ponderativa, y los ¡qué bárbaro! corren parejas con los ¡hijo de puta! que, según el juicioso Sancho Panza le hace notar a don Quijote, pueden ser lo mismo un insulto que un cumplido.

He observado en muchas sociedades un marcado prejuicio cultural contra quienes no saben expresarse en el idioma que hablan ellas. Y, por un prejuicio simétrico, le dan patente de culto al extranjero que domina ese idioma. Se sabe, por lo demás, que la poliglotia tiene un gran prestigio como diploma de inteligencia e incluso de cultura. Chamfort lo negaba.

Conocí a un diplomático francés, émulo de aquel ministro de Napoleón III para quien era

inconcebible la cultura universal sin la cultura francesa, que refiriéndose a otro diplomático (cuya bárbara nacionalidad no me reveló) me dijo: "Es un imbécil. Fíjese que en la sesión de una comisión de las Naciones Unidas, cuando pregunté cuáles eran los delegados presentes que hablaban francés, levantó la mano y me contestó tan orondo: *je".*

El argentino medio no está muy lejos de pensar lo mismo del extranjero que chapurrea de un modo ridículo el idioma español. La penuria idiomática es considerada un síntoma de penuria intelectual. Así lo revelan un pasaje del poema *Martín Fierro,* tantos sainetes porteños y algún episodio de la notable novela de ambiente rural El *inglés de los güesos.*

En la época de las grandes inmigraciones, los argentinos se relacionaban por todas partes con esos extranjeros que no sólo eran pobres y estaban aquí gracias a la hospitalidad de

Librodot

los dueños del país, sino que además tenían pocas bujías mentales tal como lo daba a entender su cómica manera de destrozar un idioma que en cambio los argentinos, si se me permite repetir la vieja broma de Gogol, hablan de corrido desde niños.

¡Qué tentación, los inmigrantes, para la viveza! El vivo argentino usufructuaba con ellos de una doble dispensa: la moral, porque no eran argentinos, y la legal, porque eran unos míseros huéspedes. Gracias a la inmigración masiva, como en otros países gracias al turismo masivo, la viveza criolla cobró fuego y todos sus artilugios mentales y verbales encontraron un gimnasio donde ejercitarse con entera libertad y con total impunidad.

Pero el propio Martín Fierro, los sainetes y la novela de Benito Lynch prueban que él adolescente colectivo, que puede ser inmisericorde en la viveza, la desarma apenas le tocan el corazón. Jamás, por listo que sea, un argentino exhibirá esa frialdad de sentimientos que en cambio hiela las entrañas de tantos inteligentes que vagan por el mundo.

14 Mitos del adolescente colectivo, III

¿Cómo tengo el coraje de negarles a los argentinos, digamos, más bien, a su clase dirigente, inteligencia y conocimientos para los problemas de altura?

Durante el último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX la República Argentina ocupó el séptimo (¿o fue el sexto?) lugar en el ranking que confeccionan los economistas para medir el ritmo de crecimiento de las economías nacionales.

¡El mito de la predestinación a la grandeza! Los economistas no se dejan guiar por mitos sino por datos contantes y sonantes. Fueron esos hombres nada fantasiosos los que certificaron la portentosa realidad: en el término de apenas dos generaciones, un país semibucólico, semisalvaje, hasta entonces detenido en el siglo XVIII, pasó a codearse de igual a igual con las naciones más encumbradas de Europa e hizo allí el papel de galán joven y adinerado, cortejado por todo el mundo. La predestinación a la grandeza había comenzado a cumplirse. Otra que mito.

Hoy se hablaría de "el milagro argentino". Por supuesto, dicen los argentinos, no fue ningún milagro sino la obra de nuestra capacidad para arquitecturar en pocos años, sobre los cimientos de un país rico aunque primitivo, el airoso edificio de una nación próspera, progresista y hasta culta que habría podido reivindicar para sí, con más derechos que el Brasil, el lema inspirado en Augusto Comte: orden y progreso.

Este es otro mito, un mito elaborado con otro mito. El mito de la predestinación a la grandeza ha parido a este otro mito de la República Argentina potencia mundial de hechura propia, dos fábulas narcisistas del adolescente colectivo.

A mediados de la centuria pasada, los políticos civiles y los militares políticos, escarmentados de tantas riñas de gallos entre argentinos y de la inanidad de esperar sentados, durante las treguas, el advenimiento de la grandeza, decidieron hacer lo que hizo Dios según algunos teólogos que concilian a Moisés y Darwin.

Dios, dicen esos teólogos, en cierta etapa avanzada de la evolución natural de las especies animales superiores, intervino *motu proprío* y, de golpe, una pareja de primates todavía en los preparativos de su humanización se convirtió en Adán y Eva. La Biblia no se ve desmentida y Darwin tampoco.

Librodot

Los düs *consentes* de la República Argentina decidieron meter la cuchara en el ya largo, sinuoso, doloroso y harto demorado proceso de evolución de la especie humana argentina, acelerarlo y, si hacían bien las cosas, darle tal empujón que ellos podrían verlo cumplido antes de morirse. Es lo que ya había intentado hacer treinta años atrás don Bernardino Rivadavia, pero fracasó porque, una de dos, o era un mal obstetra o los monos argentinos todavía no estaban tan evolucionados como para abandonar la selva.

Ahora la historia del mundo se aceleraba, Europa y los Estados Unidos progresaban a un ritmo tan vertiginoso que si la República Argentina no se les ponía al diapasón corría el riesgo de convertirse en un anacronismo histórico, ella, la predestinada a la grandeza.

La clase ilustrada de entonces entendió que la energía adicional que había que inyectar en el proceso de evolución la proporcionaría el capitalismo, el único sistema económico de eficacia ya probada en el resto del mundo.

Sumariamente definido, por mí que no soy economista, el capitalismo es una constelación de unidades económicas de propiedad privada que adquieren materia prima, contratan mano de obra y producen bienes y/ o servicios.

Aquí la materia prima sobraba. Faltaban capitales, empresas organizadas y, sobre todo, mano de obra. ¿De dónde traerlos? Por razones de afinidad cultural y de calidad, de Europa. Pero ¿cómo inducirlos a cruzar el mar y a venir a instalarse en un país remoto y atrasado?

La carnada de la materia prima abundante y barata no bastaría. Era necesario añadirle otras tentaciones. ¿Cuáles? Las mismas que les servían a los Estados Unidos para proveerse de capitales y de trabajadores y dar el formidable estirón económico que pasmaba al mundo entero: un capitalismo liberal.

En Europa el capitalismo era liberal a medias o no lo era en absoluto. Gobernantes monárquicos y hasta gobernantes democráticos no podían quitarse de encima la vieja noción del Poder a cuyos designios debe estar sometida toda la sociedad. Además, le chupaban la sangre a la economía privada para financiar sus políticas belicosas y sus ambiciones expansivas: era la época en que una nación europea, para ser una potencia de primer orden, debía estar al frente de un imperio colonial.

La República Argentina (como los Estados Unidos de entonces) no abrigaba devaneos imperialistas, lo único que quería era arreglar su propia casa y vivir en paz con todo el mundo y, hasta donde le fuese posible, consigo misma. Ahora se daba un Estado de derecho, adoptaba un capitalismo liberal a la par del de los Estados Unidos. ¿Que más se le podía pedir?

La lectura de la Constitución de 1853 me produjo un escalofrío casi voluptuoso: Canaán se pone a disposición de todos cuantos quieran habitarla, los colma de derechos y garantías, se compromete a dejarles las manos libres para entrar, salir, educarse, casarse, comprar, vender, practicar su religión y trabajar en cualquier actividad lícita. Pero a los gobernantes los abruma con todo género de deberes y obligaciones siempre en beneficio exclusivo de los gobernados, les manda favorecer y estimular el bienestar general, les permite adjudicar licencias, concesiones, privilegios y premios, y les prohibe, en un lenguaje de terribles anatemas, que la vida, el honor y *la fortuna* de los argentinos (por nacimiento o por adopción) queden a merced de los gobernantes o de persona alguna.

A cambio de tanta generosidad, de tanta magnánima hospitalidad sólo les pide a los extranjeros "buena voluntad" (la buena voluntad de los nativos se daba por sobreentendida). Interpreto que "buena voluntad" significa ganas de trabajar y una conducta respetuosa de las leyes. Qué menos.

Así, "una de las mayores esperanzas de Occidente" según Raymond Aron fue una de las mayores oportunidades, junto con la de los Estados Unidos, para el capitalismo de Occidente. Había que estar ciego y sordo para desperdiciarla. Como se sabe, millones de europeos no la dejaron pasar de largo, sea como proveedores de mano de obra, sea como

Librodot

capitalistas o como gerentes de empresa. En poco tiempo la economía argentina dio un salto espectacular y de ahí deducen los argentinos que han sido capaces de administrar sabiamente su patrimonio y construir una gran nación.

Pero veamos. El capitalismo es un sistema económico propuesto a los particulares, de cuyo comportamiento depende que el sistema rinda buenos o malos frutos. Y si ese capitalismo es tan liberal como lo fue en la República Argentina, su éxito o su ruina es una cuestión de educación.

Siempre me preguntaré qué habría sido del liberalismo en la República Argentina si el fuerte componente adolescente de la sociedad local no hubiese quedado contrarrestado, durante varias décadas, por la inmigración europea, largamente adiestrada en el masoquismo del trabajo, en las previsiones del ahorro, en la valoración del sacrificio por encima de los goces, en la exaltación del negocio y en la depreciación del ocio.

No estoy seguro de que sean virtudes, pero son rasgos que no hay que exigírselos a la adolescencia. El adolescente colectivo argentino, creo yo, habría dado al liberalismo económico de la Constitución la respuesta típica de su psicología imprevisora, traviesa, versátil, juguetona y, Dios lo bendiga, nada inclinada al masoquismo y al castigo bíblico.

De hecho no fue otra su reacción. En la República Argentina del séptimo lugar en el *ranking los* argentinos nativos se reservaron para sí los trabajos más deportivos (como la explotación ganadera), las profesiones liberales, los oficios de intermediación de la riqueza, la sinecura de la burocracia, las jugarretas de la especulación, el juego apasionante de la política (incluidos los alborotos de comité) y, por supuesto, toda la infinita gama de la picaresca.

Para los trabajos más tristes o más rutinarios, para las tareas que rechazan cualquier intromisión lúdica, para las actividades tenaces, pacientes, disciplinadas y aburridas ahí estaban los extranjeros, desde los graves gerentes de empresa doblados sobre sus escritorios hasta los inmigrantes dispuestos a sudar la gota gorda de sol a sol. Al fin la adolescencia colectiva contaba, si no con esclavos, al menos con "procuradores" encargados de atender los fastidios de la economía mientras ella se dedicaba a las amenidades.

Hay que tener un craso desdén por las implicaciones psicológicas de la Historia para acusar de "vendepatrias", de "entreguistas", de "cipayos" a los argentinos de entonces que alegremente les cedían a los extranjeros la administración de los negocios. Se trataba, por lo contrario, de la actitud del adolescente que se resiste a someterse a la maldición adámica y que, cuando encuentra a quien traspasársela, lo hace con gusto y entonces él corre hacia el paraíso de los ocios, de los juegos (sin excluir el de la guerra) y de las conversaciones apasionadas y gratuitas.

De la asociación entre un dueño de casa joven y espléndido, por no decir pródigo, que les dio carta blanca a sus "procuradores" económicos venidos de Europa, y estos "procuradores" que estaban acostumbrados a trabajar duro y parejo, nació la República Argentina del séptimo lugar en *el ranking.*

Pero esa República Argentina no fue una potencia de primer orden, por considerable que haya sido el envión económico que provocaron los extranjeros. El país que crece de uno a veinte crece más que otro que haya crecido de cincuenta a cincuenta y dos. Sin embargo, este último es más alto que el primero.

Cuando la asociación entre argentinos y extranjeros terminó por extinción natural, por renuncia o por desinterés de los "procuradores", la República Argentina comenzó a descender en el ranking hasta ubicarse hoy en los últimos peldaños. Los argentinos llaman decadencia a ese descenso. En rigor, no es más que la recuperación de su nivel de capacidad para administrar el patrimonio común.

15 El adolescente colectivo puesto a prueba

El campeonato de velocidad en el crecimiento de las economías nacionales, donde alguna vez la República Argentina obtuvo el séptimo lugar, toma en cuenta datos estadísticos tales como el ingreso *per capita,* el producto bruto interno, el saldo de la balanza comercial y no sé qué otros más.

Esos guarismos, aunque hagan abrir la boca de admiración a los economistas, no nos dicen nada de cómo viven los hombres de carne y hueso que forman °la gente del común", como creo que ya recordé que nos llamaba Montaigne a quienes andamos a pie por la calle.

En efecto, a menudo los esplendores de las estadísticas económicas encubren las penurias de nuestra economía doméstica, según se ve en algunos países petroleros de muy buena ubicación en el *ranking* pero cuyos respectivos pueblos permanecen pobres y atrasados. O, al revés, el déficit de las grandes cuentas macroeconómicas no impide el portentoso superávit de unas pocas cuentas personales, como es el caso, ahora, de la República Argentina.

Si en 1943, año del nacimiento político de Juan Domingo Perón, el persa de Montesquieu le hubiese preguntado a la gente del común argentina cómo vivía, la mitad habría respondido: vivimos mal.

La mitad es demasiada cantidad para la Tierra de Promisión. Los modernos liberales argentinos dicen que es porque no se le dio tiempo al sistema económico de la Constitución, que además fue bastardeado por gobernantes meteretes y demagogos. De haber sido mantenido en toda su pureza ortodoxa, el capitalismo liberal, que ya había acumulado ingentes riquezas en la clase alta y derramado otras tantas por las laderas de la clase media, la más numerosa y próspera de América del Sur, habría llegado a la llanura del proletariado para incorporarla al proceso de bienestar general.

Entre 1853, fecha de la Constitución liberal, y 1943 habían transcurrido noventa años. Los liberales, que con toda razón le reprochan al comunismo soviético su demora de setenta años en mejorar las condiciones de vida del pueblo ¿no debieran dirigirse a sí mismos una reprimenda todavía más severa?

Pero a los pobres siempre se les exige que sean pacientes: mueran contentos, que, si no ustedes, sus hijos o a más tardar sus nietos vivirán bien. Esta promesa es repetida generación tras generación. Al fin los sobrevivientes se cansan de conformarse con riquezas póstumas y quieren conocer, antes de morirse, las bondades de algún sistema económico que los beneficie también a ellos y no sólo a sus hijos, a sus nietos o, si las cosas siguen así, a sus choznos.

Nunca falta el canalla o el imbécil que pretende que los pobres hagan examen de conciencia y se pregunten si no merecerán ser pobres. ¿Cuándo un rico ha reconocido que no merece ser rico? O todos tenemos los mismos escrúpulos morales o no los tiene nadie.

Bien. Decía que, al cabo de casi un siglo de dictada la Constitución de Utopía, el país había brillado como un astro de primera magnitud en el firmamento económico mundial, pero el cincuenta por ciento de su población vegetaba en la pobreza, esto es, estaba preparado para renegar del liberalismo puro, a medias o bastardeado, y aplaudir la implantación de cualquier otro sistema económico que no le pidiese paciencia.

Mientras tanto el río de la inmigración obrera se había secado y el flujo de capitales extranjeros era un hilito débil: ah, Europa estaba, una vez más, en guerra. Había llegado el

Librodot

momento en que los argentinos no contasen sino con ellos mismos para seguir adelante en dirección de la grandeza a la que estaban predestinados según el mito.

Pero el adolescente colectivo se entrometería y haría una de las suyas. Cierto, los hijos de los inmigrantes habían heredado algunos hábitos de sus padres, pero también es verdad que, con tal de argentinizarse, asimilaron muchos rasgos "nacionales" y entre éstos los más fáciles de contraer, eran los juveniles. El Idiotés me asegura que los descendientes de la inmigración no se quedaron atrás en materia de viveza y se sumaron con entusiasmo a la fe en la predestinación.

La nueva jugarreta de la adolescencia colectiva se llama peronismo. Insisto, machacón como Mahler. Me parece que se equivocan aquellos que identifican peronismo con fascismo. En todo caso fue un fascismo paródico, un totalitarismo manejado por muchachos chapuceros que se proponían otra cosa. El fascismo en Europa persiguió, a su modo brutal, la reconstrucción de países devastados. El peronismo no brotó de ningún desquicio sino de una mala distribución de la riqueza. Su fin no era otro que hacer subir a la mitad de la población al tren del radioso destino en marcha. Todo su ideario, si se lo despoja de hojarasca retoricista, se reduce a eso: ampliar el número de comensales en el banquete común.

El factótum de la nueva fiesta, ahora para todos, es el gobernante-héroe, Perón el Joven. Los muchachos peronistas confían en él como otros confiaron en Salvatore Giuliano. No esperan que Perón modifique más que el reparto de los bienes ya almacenados en el país pero de los que ellos hasta ahora no han disfrutado porque "los otros, los que en adelante serán apodados "antiperonistas", se quedaron con todo.

Perón el Joven ¿sumió ese papel de Gran Repartidor de la Riqueza. No habló de sacrificios sino de justicia distributiva. Su discurso no apeló a la buena voluntad de los pobres sino que condenó la mala voluntad de los ricos. Pintó un porvenir en el que los esfuerzos ya hechos por los humildes recibirían por fin el premio. Y así el mito de la predestinación a la grandeza ya no tendría hijos y entenados, como hasta entonces.

Era una propuesta adolescente para adolescentes y los muchachos peronistas la aceptaron con entusiasmo. Por supuesto, de llevarla a la práctica se encargaría Perón, él sabría cómo, cuándo y dónde y ellos no debían más que dejarlo hacer, impedir que las malas voluntades antiperonistas volvieran a las andadas con la excusa de la Constitución, de tal o cual ley o de la democracia y la libertad (democracia para los de arriba, libertad para que los de abajo se mueran de hambre) y en poco tiempo los pobres dejarían de ser los convidados de piedra en la fiesta de la predestinación. Los primeros actos de gobierno de Perón confirmaron esa esperanza que durante noventa años había sido postergada para el futuro.

No seré yo quien les reproche a los muchachos peronistas su fe en Perón, y si la violencia alegre que usaron para asegurarle al gobernante-héroe el Poder con que desbaratar los ataques antiperonistas me espanta, me espanta mucho menos que otras crueldades que las superan de lejos y que habían practicado, hasta un minuto antes de Perón, países que se dicen cultos, civilizados, Alemania, Italia, España, por no hablar de la Rusia soviética que seguiría en las mismas hasta ayer no más. Puedo admitir que Perón el Joven esté en la lista de los Grandes Déspotas, pero no en la de los Grandes Asesinos, muchos de los cuales tienen estatuas erigidas por sus propias víctimas.

Es que en Europa la historia es larga y tétrica, y las sucesivas generaciones no miran hacia atrás porque no les conviene. Las muchedumbres que aclamaban a Hitler y a Mussolini ¿quiénes las integraban? Ya al día siguiente de la caída de ambos, nadie quiso saberlo. En cambio la historia argentina es breve y es más apacible de lo que los argentinos, para darse ínfulas de actores dramáticos, quieren creer. Por eso, a falta de acción, se enredan en lo que Carlyle llamaba una charla necia, la discusión sobre lo que en el pasado no se hizo o se hizo mal y exageran cualquier desgracia hasta convertirla en una tragedia nunca antes sufrida por la humanidad. Si en mi país, con los horribles crímenes que carga sobre su historia,

tuviésemos la misma propensión de los argentinos por los prontuarios, estaríamos todos entre rejas.

Que a los argentinos no los abrumen ni la culpa ni el rencor por lo que en el pasado no hicieron o hicieron mal. Traten, más bien, de examinar qué consecuencias de los hechos del pasado subsisten en el presente y los perjudican, cuáles podrían amenazar su futuro. Entre esos efectos nocivos habría uno, para mi modo de ver, que proviene del primer peronismo y que desde entonces no ha sido desactivado. Entendámonos: no me sumo a la charla necia. No sé ni me importa saber si en su momento la causa fue buena o mala. Digo que los efectos, prolongados hasta hoy, me parecen dañinos.

Se trata de funciones que a partir de Perón el Joven se arrogan los gobernantes. Como se dice en las novelas policiales, todo comenzó aquella noche o aquel día en que Perón se postuló como Gran Distribuidor de la Riqueza, pero no según las despiadadas leyes de la selección natural, caras al liberalismo, por las que el fuerte devora al débil, sino según las humanitarias leyes de la justicia social, del suüm *cuique tribuere* ajustado a la moral cristiana, para las cuales el débil debe ser socorrido y el fuerte, frenado.

Pero la justicia distributiva de la riqueza es, en el árbol de la economía, la flor. La raíz es la producción de riquezas. El adolescente colectivo encarnado en los muchachos peronistas se desentendió de la raíz y clamó por la flor. Como en los primeros tiempos del peronismo la floración fue abundante (gracias al atesoramiento de la época del liberalismo y de la inmigración), se dio por seguro que todo el árbol había llegado a la plenitud de su desarrollo y que ahora sólo restaba la siega.

Pero el joven Perón alentó esa fábula, que durante varios años deleitaría a los muchachos peronistas como una música festiva. Cuando la raíz empezó a debilitarse y la flor a marchitarse, primero responsabilizó a las plagas antiperonistas, merecedoras de cualquier plaguicida. Después ensayó algún tardío arte de la jardinería sin mayores resultados. Y por fin provocó adrede su relevo por otros jardineros a quienes transferirles el bochorno de que el árbol se cayese.

Durante casi veinte años se mantuvo invisible en el ostracismo, pero los muchachos peronistas no le retiraron su fe. Cuando volvió, ya era Perón el Viejo, ya no se ajustaba a la imagen elaborada por el mito, ya no recitaba la fábula de su juventud. El amor peronista, para no sentirse defraudado, fingió identificarlo con el Perón joven y gallardo de antes, pero todo era una simulación piadosa y dolorida que no alcanzó a evitar las desilusiones que, apenas muerto Perón, estallaron con furia. El llanto vertido sobre el cadáver de Perón se derramó también sobre los despojos de una felicidad perdida acaso para siempre. Y aquel himno triunfal en el que los muchachos peronistas tuteaban al más grande y al que más valía de todos ellos, ya no volvió a ser entonado, salvo como una de esas canciones de la guerra que los veteranos cantan a coro, con melancolía, cuando se reúnen a evocar tiempos idos, glorias pasadas, camaradas muertos.

Cuarenta años después del apogeo de Perón el Joven, aún se advierte en la sociedad argentina aquella idea de que hay una gran riqueza para distribuir y que si millones de argentinos viven mal es sólo porque fallan los mecanismos de distribución o porque quienes los manejan ahora, menos hábiles que Perón, no saben ser los Grandes Justos Repartidores. Se les cuestiona el talento, no el Poder.

Pero el otro día un joven ministro dijo algo que es un manifiesto revolucionario. Como un periodista le echase en cara ciertos fracasos del gobierno, pidiéndole el nombre y apellido de los responsables, el ministro respondió que los responsables no son los funcionarios sino el sistema de poder. Con lo cual vino a admitir que en la República Argentina no importa que los gobernantes, los funcionarios y los burócratas sean inteligentes o patanes porque, de todos modos, el sistema de Poder funcionará siempre de la misma manera: mal.

El adolescente colectivo se hizo el sordo.

Librodot

Aquel periodista debió inquirirle al ministro por qué el sistema de Poder siempre funciona mal. Ignoro cuál habría sido la respuesta, que por descontado debe dejar a salvo la justicia distributiva, materia de competencia de los gobernantes. Yo intentaré dar la mía.

16 El listo de arriba y el listo de abajo

Para desplegar su justicia y obturar cualquier resquicio por donde se infiltrasen las malas voluntades injustas, Perón el Joven convirtió al gobierno en sus manos en un Poder tocalotodo y sabelotodo. Los muchachos peronistas, que no confiaban más que en él, aplaudieron esa concentración de responsabilidades en el Gran Taumaturgo y se reservaron la tarea de despejarle cualquier estorbo de hecho o de derecho.

Pero ningún gobernante puede afirmar, como se le hace decir a Luis XIV, "el Estado soy yo", ni siquiera "el gobierno soy yo". Necesita que otros hombres cumplan y hagan cumplir las órdenes que él imparte. Y cuanto más amplíe la jurisdicción y la competencia de sus órdenes, tanto más se ampliará el número de quienes las instrumenten, las transmitan, las cumplan o vigilen que se cumplan.

Con Perón el Joven, el Estado comenzó a dilatarse como el Universo hasta límites inconcebibles

para la Constitución de 1853. Esta era espléndida en el reconocimiento de derechos y garantías individuales y en cambio agobiaba a los gobernantes con todo tipo de controles, los conminaba a favorecer la libre actividad lícita de las personas y les prohibía inmiscuirse en la vida y en la propiedad privadas.

Siempre con la justificación (hay que admitirlo) o con la excusa (admítanlo los peronistas) de impedir que las malas voluntades en libertad prevaleciesen sobre las buenas, Perón quiso someter todas las voluntades a la suya, para lo cual amplificó los poderes del Poder en sus manos y las consecuencias no tardaron en hacerse sentir: el Estado creció y desde entonces no ha dejado de crecer porque ningún gobernante, incluidos los sucesores democráticos de Perón, se resigna a despojarse de los poderes que encuentra ya instalados en el Poder.

Un lenguaje abstracto habla de "sobredimensionamiento del Estado, trabalenguas que en buen romance significa exceso de órdenes impartidas por los gobernantes y, por supuesto, exceso de funcionarios y de empleados que corren con el trámite de esas órdenes. Como a toda esa gente hay que pagarle un sueldo, suministrarle edificios, útiles de trabajo, papeles por toneladas, luz eléctrica, teléfonos, a algunos también un automóvil (con chofer, si es posible), a otros muchos también un uniforme, y como el dinero para todos estos gastos debe salir del bolsillo de los particulares, sólo una economía próspera puede aguantar tanto dispendio. Y no por mucho tiempo.

Después de noventa años de liberalismo puro o a medias, la mitad de la población argentina seguía viviendo en la pobreza. Después de cuarenta años de estatismo justiciero, quienes viven en la pobreza son algo más de la mitad. Esta proporción de pobres, que en cualquier otro país sudamericano sería normal, en Canaán cobra ribetes de escándalo.

Todos los países que hoy marchan a la cabeza del mundo han tenido rachas de *laissez-faire y* de *struggle for life* según la ley de la selección natural, y rachas de estatismo y de intervencionismo, pero al fin han dado en la tecla y sus economías florecen. En cambio se

Librodot

diría que a los argentinos no hay sistema económico que les venga bien, quiero decir, que los ponga a todos o por lo menos a la mayoría en el disfrute de las riquezas naturales de su país.

Ahora quieren también ellos dar en la tecla que oprimieron los europeos occidentales. Pero me da la impresión de que no saben cuál es. Los unos abogan por una vuelta al liberalismo de antaño (aunque sin el auxilio de ninguna inmigración masiva), porque está visto que el remedio de la

injerencia del Poder político en la economía fue peor que la enfermedad. Los otros reconocen que el estatismo ha tenido pésimos resultados, pero lo atribuyen a la impericia o a la perversidad de los sucesores de Perón y se resisten a que vuelva aquel liberalismo que los dejó afuera del reparto de riquezas. Con lo que la República Argentina se parece hoy al perro del hortelano.

A mí me parece que la cuestión está mal planteada. En mi país, por ejemplo, las intromisiones de la legislación en las actividades económicas son tanto o más considerables que en la República Argentina, y sin embargo la economía marcha sobre ruedas. Tampoco en el resto de la Europa democrática y rica reina el liberalismo ortodoxo que los liberales argentinos querrían reimplantar y que, según ellos, hará que en poco tiempo la predestinación a la grandeza alcance a todos los argentinos en vida, cosa que si no se hizo antaño fue porque las condiciones eran muy diferentes y porque el sistema se vio adulterado por gobernantes ignorantes y populistas.

El debate, repito, está mal planteado. La razón por la cual no ha habido, en efecto y aunque sea duro decirlo, sistema económico que haya funcionado con éxito en una República Argentina sin inmigrantes, es el síndrome de la adolescencia colectiva al que sucumbe, sobre todo en las ciudades y en especial en Buenos Aires, la mayoría de los argentinos. Mientras el adolescente colectivo prevalezca en el comportamiento tanto de los gobernantes cuanto de los gobernados, el liberalismo y el estatismo siempre serán la misma historia: el entremés del joven listo casado con mujer rica. Veamos.

Hace algún tiempo, en mi país, un argentino y yo caminábamos por una callecita de la ciudad fundada en el siglo IX donde tenía mi casa. Era muy temprano y no había tránsito de vehículos, que por lo demás es allí escaso a cualquier hora del día.

Un niño montado en una bicicleta venía por la calzada de pavimento medieval, pasó a nuestro lado y se nos adelantó.

Al llegar a la bocacalle extendió un brazo para advertir que doblaría hacia la izquierda, como en efecto lo hizo.

El argentino se detuvo, murmuró: "Es increíble". ¿Qué era lo que le parecía increíble? "Pero ¿no vio a ese chico? Aunque no hay ningún agente de tránsito y por la calle no circulan vehículos, igual estiró el brazo". El tono de voz y la expresión facial eran los de un hombre que acaba de presenciar un espectáculo indecoroso.

Horas después nos aprestábamos a tomar un tranvía. Cuando el argentino vio que los billetes yo

los adquiría de una máquina instalada en la acera, puso el gesto de quien cree ser víctima de alguna

broma de dudoso gusto.

Ya arriba del tranvía, el gesto fue de malestar: ningún guarda me pidió que le exhibiese los boletos. El bromista se propasaba. Pero cuando el tranvía llegó a la próxima parada y la gente corría para extraer a tiempo de la máquina los pasajes, esos pasajes que no debía mostrar a nadie, mi amigo empezó a reír con la risa muda y sarcástica y los meneos de cabeza característicos de quien así nos hace saber que no es un tonto, que descubrió la patraña y que nos compadece por haber creído que lo embaucaríamos.

Librodot

A mi pregunta de qué era lo que le causaba gracia (una gracia más bien piadosa) contestó: "Nada, nada", pero un último fleco de hilaridad lo contradecía, adrede, como para notificarme que no respondía por buena educación o porque no valía la pena.

Fue a la noche, mientras comíamos en un pequeño restaurante silencioso como el refectorio de un monasterio trapense, cuando de golpe me dijo: "¿Sabe una cosa? No se ofenda, pero ustedes están domados como animales de circo". Se rehusó a aclararme el significado de esa frase sibilina y cambió de conversación.

Ahora, al cabo de seis años de vivir en la República Argentina, creo desentrañar el sentido de su estupor, de su disgusto, de aquellas palabras ambiguas. Si, en comparación con los argentinos, mis compatriotas y yo somos viejas bestias domadas. Nos hemos convertido en banqueros suizos, en hoteleros suizos, en relojeros suizos, disciplinados y eficaces, respetuosos del orden y amantes de la comodidad, de la seguridad, del confort y de la buena digestión. Todos hemos prosperado, pero al precio de renunciar a la aventura de vivir. Por eso nuestros jóvenes, los jóvenes según la edad individual, cada tanto estallan en rebeldías irracionales o buscan en la droga la aventura que nuestra sociedad ha clausurado.

En cambio la sociedad argentina es, toda ella, joven. Todavía le cuesta pagar el precio de la doma para obtener el bienestar. Sea bajo el liberalismo, sea bajo el estatismo, el adolescente colectivo ha ambicionado vivir bien pero sin sacrificar los dones propios de la juventud. Hasta el día en que se dé cuenta de que debe optar entre la aventura y el orden. Si elige el orden, ay, es porque ha dejado de ser joven y se incorpora al mundo de los suizos. Y si elige la aventura, ay, se autocondenará a la pobreza.

Esto que digo les parecerá, a los argentinos, una burla perversa. La mitad de ellos está convencida de que el país se ha arruinado por un exceso de regimentación de la economía. Y la otra mitad cree que el país anda a la deriva porque sobreviven demasiados aventureros, a los que hay que meter dentro del cepo de la regimentación. Los unos piden, para prosperar, mayor margen de aventura. Los otros piden, para prosperar, menor margen de aventura. Mi mirada présbite cree percibir una realidad más alejada de los ojos.

Durante cuarenta años el estatismo les sirvió a los gobernantes para dictar leyes a diestra y siniestra. Por falta de inteligencia, por falta de conocimientos o por falta de interés, las leyes que dictaron hoy forman una madeja inextricable, plagada de contradicciones, cuyo peso muerto paraliza los movimientos de la sociedad como grillos colosales.

Jamás se han preocupado por averiguar cuáles eran los efectos prácticos con que esa enredada legislación repercutía sobre la gente del común. Fomentaban la burocracia, pero no tenían alma de covachuelista como Felipe II ni les gustaba asfixiarse bajo el papelerío como Inocencio III., Jóvenes, preferían las fiestas de la oratoria y el juego de la política electoralista. Se arrogaban todas las iniciativas, pero de llevarlas a cabo debían encargarse otros.

¿Quiénes? En primer término, la napa superior de la burocracia: los ministros, los secretarios, los subsecretarios, los grandes directores, los grandes ejecutivos, los grandes jefes administrativos. Multiplicando su número multiplicaron las oportunidades para que la viveza manejase los negocios públicos cada vez más vastos y complejos. El listo dentro del Estado, fiel a su idiosincracia, de lo que más se preocupó fue de sacarles provecho a las circunstancias. Las circunstancias, para él, se resumían en la posesión de ese cargo expectable. El incordio del trabajo lo transfería a las capas inferiores de la burocracia estatal.

Ah, los pobres burócratas sin Poder político pero a sueldo del Poder político. Pequeños jefes de oficina, modestos empleados, humildes escribientes, inspectores callejeros, dactilógrafos copistas. Quizás alguien sueñe con ser el Administrador de la Aduana o el Director del Correo. Pero dudo de que haya una sola persona cuya vocación consista en ser burócrata.

La burocracia, en todo el mundo, está formada por personas que trabajan en algo que no les gusta. ¿Qué se puede esperar de ellas, sino una violencia interior que de un modo o

de otro descargarán sobre los demás? Los demás son quienes acuden a una oficina para hacer un trámite.

Como los gobernantes argentinos no han sabido hacer otra cosa que promulgar leyes, decretos y ordenanzas, y como su mayor alarde de inteligencia ha consistido en crear organismos burocráticos, la burocracia es una especie de ejército de ocupación del país, integrado por algo más de dos millones de personas (en una nación con poco más de treinta millones de habitantes). La proporción es escalofriante: de cada quince argentinos, uno es empleado del Estado nacional, de algún Estado provincial o de algún municipio.

Este ejército de ocupación, sobre el cual se vierte un mar de tramitaciones diarias, ignora la alegría de quien cumple con su vocación. Es un ejército malhumorado y desganado que se venga de sus frustraciones mediante el sadismo. Salvo la soviética, no conozco burocracia más cruel que la argentina. Sospecho que por espíritu de desquite. Y como no hay un patrón a la vista que la vigile, cierto grado de impunidad la envalentona.

Por cierto que son muchos los argentinos que codician un cargo burocrático. Las condiciones de ingreso suelen eludir el examen de idoneidad, suplantado por la afiliación política o por la carta de recomendación. Pero nadie busca en la burocracia un destino feliz sino la forma de ponerse a cubierto de la competencia y de los riesgos que acechan a cualquier oficio privado.

Los listos están en todas partes, también fuera del gobierno y de la administración pública, y no se quedan de brazos cruzados. Hay que ver cómo se las ingenian, según las técnicas propias de la viveza, para aprovechar las circunstancias en su beneficio personal aun dentro de la enorme malla tejida por el estatismo.

El soborno ofrecido (y aceptado) con total desparpajo es una de esas técnicas. La evasión de impuestos es otra. La subfacturación o la sobrefacturación es una tercera. En fin, la economía que ahora se llama negra, informal o clandestina acapara el mayor número de adeptos. El Idiotés me jura que no se trata de una novedad surgida del exceso de reglamentarismo. Desde los tiempos de la Colonia, pasando por la etapa del liberalismo, la economía furtiva ha sido una tradición cuyo máximo exponente se llama contrabando, verdadera institución inamovible, que ha desafiado las leyes, seguramente porque no hay argentino en el Poder o fuera del Poder que no la mire con ojos benévolos. En cuanto a lo que el lenguaje popular denomina coima y el diccionario pudoroso denomina cohecho, es otra tradición argentina.

Un agente francés le informa a su empleador en París que en Buenos Aires no se puede dar un paso sin untarle la mano a algún funcionario del gobierno. Fecha del informe: 18 de octubre de 1710. Se lo puede leer en las *Mémoíres sécrets du Marquis de Louuille,* París, 1818, t. 11, p. 249.

Esta mentalidad traviesa, pícara, lista, que se insubordina frente al orden no porque sea malo sino porque es un orden, si está librada a sí misma desarticulará cualquier sistema económico y sólo sabrá extraer de él beneficios individuales o parciales (facciosos, diría yo) pero nunca el bien común, lo que modernamente se llama el Estado de bienestar, resultado institucional de la adopción por parte de una sociedad de la responsabilidad legal, formal y explícita del bienestar básico de *todos sus* miembros.

17 En busca de la Nación Argentina

Librodot

Nunca he sabido en que términos hay que definir la nación. Relacionarla con datos culturales me parece falso. La nación a la que pertenezco agolpa varios idiomas, un popurrí de dialectos, diversidad de religiones y de costumbres y hasta un mosaico de autonomías políticas regionales. Sin embargo, no dudamos de que somos una sola nación, aunque nos resulte imposible (y nos sea indiferente) resumir sus rasgos en un "ser nacional" que en cambio es la obsesión de los argentinos.

Según Ortega, los grupos nacionales conviven no por estar juntos sino para hacer algo juntos. Como experiencia, el hacer algo juntos me parece una mera frase. Creo, más bien, que la nación es una suerte de parentesco al margen de la consanguinidad, que infiltra en la conciencia la certidumbre de que los intereses individuales y grupales están entrelazados en un interés común a todos.

La nación, pues, impone un ¡alto! a los egoísmos allí donde aparece el interés de todos. Lo que la familia hace en pequeño, la nación lo hace en grande. No por nada el vocablo "nación" se emparienta con el concepto de *nati,* de hijos, de prole.

A mí se me ocurre que el progenitor de la prole nacional es el Poder. Cuando el Poder consigue organizar una empresa a la que los hombres sin Poder se sienten asociados, a la larga nace la nación. Puesto que digo que se sienten asociados, la nación irrumpe en el plano del espíritu. Entonces poco importan todas las demás distinciones.

Si la nación judía ha podido sobreponerse a la falta, durante casi dos mil años, de un Poder político propio, es porque el Poder que la ha engendrado proviene, a su juicio, de un Dios inmortal que le asignó el cumplimiento de una empresa. En cambio la nación universal cristiana no ha podido fundarse, desbaratada por las naciones políticas. Pero en Europa cierto número de naciones políticas comienzan a resumirse en una sola nación económica, que en 1992 será política.

Un territorio se llamó Inglaterra a partir del momento en que lo habitó la nación de los ingleses, que le era preexistente. Varios grupos humanos que después se apodarían "los franceses" estaban juntos, pero la nación francesa nació cuando una monarquía los incorporó a una obra común a todos.

La República Argentina no lleva este nombre porque la habiten los argentinos sino que, al revés, los argentinos se llaman así porque nacen en la República Argentina. No se trata de un juego de palabras. Quiero decir que la nacionalidad argentina se prueba por un hecho: el lugar de nacimiento. ¿Dispone de otras pruebas, proporcionadas por el espíritu? Los propios argentinos lo dudan, y de ahí esa obsesión maniática por hacer visibles los rasgos de un "ser nacional" que les quite la incertidumbre.

Cuando llegué a este país y lo recorrí de un extremo a otro, habituado como estaba a un paisaje sin espacios baldíos, tuve la impresión de que la República Argentina era una red de ciudades chicas y grandes aposentadas sobre el vacío de la tierra. Después esa primera visión se me corrigió, pero de todos modos me parece difícil que los argentinos tengan la simple experiencia de convivir más allá del perímetro urbano que cada grupo habita. La definición orteguiana de nación aquí se hace pedazos.

No obstante ¿ha habido un Poder capaz de ensamblar todos esos pedazos de la experiencia en una sola unidad de conciencia? Pienso en los Estados Unidos, de extensión más vasta y de composición más heterogénea que la República Argentina. Sin embargo, la nación norteamericana es tan vigorosa como en Francia o en Inglaterra. Creo que es la obra del Poder político.

Pienso en la Unión Soviética, conglomerado de muchos pueblos que el Poder político, a pesar de su brutalidad, no ha conseguido unificar en una sola nación, al punto de que debe admitir que la ciudadanía y la nacionalidad no coincidan, de modo que las diversas naciones subsisten apenas amontonadas por una ficción política y por la coerción de la fuerza.

En la República Argentina, donde no hay varias naciones como en la U.R.S.S., tampoco hay una nación sólida como en los Estados Unidos. ¿Me equivoco si lo culpo al Poder político? Pero ¿no dicen los argentinos que, por lo contrario, el federalismo apenas sí existe, devorado por el Poder central?

Recurro al Idiotés. El Idiotés me advierte que si la nación argentina, aún enclenque y difusa, no se ha desleído del todo es gracias a Buenos Aires. La ciudad capital, siempre acusada de monopolizar los poderes políticos y económicos, ha servido sin embargo para propagar por todo el país una noción de unidad.

Pero, ay, lo consiguió de mala manera: mediante la subordinación de los intereses de las provincias a los intereses de la capital. La empresa que propuso podía ser de todos los argentinos, pero no era para todos los argentinos. Se los forzaba a constituir una nación, pero la obra en común no los tenía a todos por beneficiarios. El Poder sometía pero no asociaba. La Constitución, que había previsto lo contrario, que defendía un federalismo de pares entre pares, fue dejada de lado o usada como alcahueta de un sistema poderoso en el núcleo y débil a medida que se alejaba hacia la periferia.

Monomaníaco, lo atribuyo al adolescente colectivo. Los bandos de adolescentes conviven para reñir clan contra clan. Y el que más poder tiene, Buenos Aires, lo impone a los otros. La gran empresa nacional, en la República Argentina, ha estado dominada por ese concepto de subordinación que hace del país una especie de Imperio austro~ húngaro, en el que la conciencia de una sola nación no termina de cuajar y sólo se manifiesta a través del ejercicio del Poder político, de la vigencia de una legislación y del sometimiento de las voluntades.

Que el parentesco nacional es, entre los argentinos, débil, se delata en dos fenómenos sociales perceptibles a simple vista. El primero consiste en la falta de respeto recíproco cuando el único vínculo que podría guardarlo es la nacionalidad. Un ciudadano del imperio de Augusto decía cines romanus sum con un orgullo que aún sobrevivía en tiempos de San Agustín y de Gregorio de Tours. En efecto, el "soy ciudadano romano" era garantía de respeto y de seguridad. Si se olvida por un momento de fanfarronear ¿con igual orgullo, a propósito del respeto y de la seguridad, dirá un argentino "soy ciudadano argentino"?

Las faltas de respeto descienden de los gobernantes hacia los gobernados, suben desde los gobernados hasta los gobernantes y se entrecruzan entre los gobernados. Los hombres con Poder tratan a los hombres sin Poder con una total desconsideración que en vano quieren mitigar mediante una retórica edulcorada. Los agobian con gabelas y ni siquiera se preocupan para que las paguen con alguna mínima comodidad. Yo no podía creer que esas largas filas de personas a la intemperie eran para abonar impuestos: supuse que mendigaban algún favor.

Si el Estado no salda sus deudas, paciencia y benevolencia. Si el ciudadano se atrasa un día en el cumplimiento de sus obligaciones, castigos sin más trámite. He comprobado que a veces resulta preferible ser extranjero o no figurar en la nómina de los argentinos vivos: los gobernantes y los burócratas, que sólo se atienen a lo que está escrito, lo dejarán en paz.

No sé si en la sociedad argentina hay mucho odio, mucha envidia o mucho rencor. Sé que hay mucho desprecio, causa quizás del odio, de la envidia y del rencor. Desprecio de los ricos de dinero y/o de Poder, por los pobres de dinero y de poder, corroe los cimientos de la democracia. Los gobernantes autócratas, como no dependen del voto de los pobres, se permiten la insolencia de mostrarles su desdén: sin ningún tapujo les mandan obedecer y callar. Pero los que para ser ricos de Poder necesitan de los sufragios de los pobres de poder están forzados a halagarlos.

Hay que ser pobre para saber que debajo de todas las cenizas siempre arde la brasa de alguna esperanza. Avivar ese rescoldo es una de las leyes de la política en todo el mundo. Pero a los políticos argentinos se les trasluce la falta de respeto por los pobres de poder y de dinero cuando les hacen creer que las ilusiones más quiméricas, que los sueños más irrealizables son anticipaciones de una realidad inminente, proyectos de la razón, preparativos de un paraíso a punto de abrir sus puertas. Entonces la cándida brasa toma fuego. ¿Cómo es

Librodot

posible, si no fuesen irrespetuosos, que esos mismos políticos, ya ricos de Poder, exhorten a los pobres a ser realistas, a no confiar en los sueños y a seguir siendo pobres?

Veo otras formas del desprecio o siquiera de la desconsideración y de la indiferencia que ya no caben dentro del juego de la política. Los pobres dejan de ser considerados respetables cuando los hospitales públicos donde atienden su salud están desmantelados. Cuando las escuelas a las que deben enviar obligatoriamente a sus hijos son míseras. Cuando los medios de transporte público son una calamidad. Cuando las viviendas que les adjudican los planes oficiales son estrechas y feas. Cuando las diversiones gratuitas que se les ofrece no tienen ninguna calidad. Cuando la información que se les proporciona es tergiversada o escamoteada. Cuando los lugares que los ricos no frecuentan no son inspeccionados a lo menos para que se mantengan limpios. Y cuando sólo las cartas de recomendación allanan las dificultades de los trámites y aceleran el tiempo que demandan.

Todo esto implica una falta de respeto hacia el ciudadano pobre de dinero o pobre de poder. Los gobernantes no pueden alegar la escasez de fondos. Disponen de un presupuesto de cifras siderales, pero son el desprecio y la irrespetuosidad los que manejan esas sumas. ¿De qué democracia hablan, si la característica esencial de la democracia es el respeto por el ciudadano común y corriente?

Que yo sepa, nunca los dirigentes toman ejemplo de los dirigidos, pero siempre los dirigidos terminan contagiándose de los dirigentes. Al desprecio de la clase política el pueblo responde con la misma moneda. Se ha llegado a un punto en que dos argentinos, si no están ligados por algún lazo distinto del de la nacionalidad común, sienten que ningún vínculo los aproxima. ¿Dónde está el parentesco de la nación? Pero todos siguen buscando el emblemático "ser nacional", así, como quien busca un espejo donde ver reflejado su rostro perdido u olvidado tras infinitas máscaras.

El otro síntoma del estado coloidal en que permanece la nación es la idea, generalizada entre los

argentinos, de que si una cosa no es de propiedad privada no tiene propietario. Ellos, que tanto se preocupan por las apariencias, por la imagen que producen en los demás, sin ninguna contradicción del carácter descuidan todo aquello que es público: edificios, calles, paseos, monumentos, estaciones de ferrocarril, balnearios, caminos, plazas, jardines.

El abandono, la dejadez, la desidia, hasta la suciedad en que yacen todos esos sitios no les tocan el amor propio: son bienes sin dueño, bienes mostrencos por los que debiera velar ese propietario que se llama nación. Pero la nación argentina ¿dónde está que no aparece?

La Patria, para los argentinos, es otra cosa. Es el reino de recuerdos de un pasado mítico, de vagas ensoñaciones íntimas, una sublimación de la realidad, el lugar de encuentro de emociones que la realidad desaira. Allí todos se abrazarán. Como en una boda o en un funeral, deponen los

enconos, fraternizan para enternecerse juntos. Son momentos efímeros. En seguida hay que volver a la vida cotidiana y entonces se acabaron los enternecimientos, cada bando adolescente retoma sus posiciones al modo de esos parientes que, unidos el día del entierro de un muerto querido, un día después se sacan los ojos por la herencia.

18 La esfinge argentina es una mujer razonable

A esta altura de mis desordenadas (y repetitivas) reflexiones sobre los argentinos, el supuesto "enigma histórico" para Raymond Aron y el presunto "misterio político" para el

profesor Crasswaller me parecen, si me atrevo a decirlo, hechos ajustados a una lógica implacable.

Dividiré la historia Argentina en tres grandes períodos: el anterior a las inmigraciones europeas de mano de obra y de capitales, el que coincide con las inmigraciones, y el posterior, que se prolonga hasta nuestros días.

Durante el primero, una población que equivale a la centésima parte de la de Europa habita un territorio que equivale a un tercio del de Europa. Es un minúsculo núcleo humano desperdigado en ciudades y aldeas muy distantes entre sí. Varios miles de kilómetros y un océano lo separan de los centras de la civilización a la que pertenece.

Sería absurdo esperar que imprimiera a la economía del país un dinamismo, digamos una movilización tal que la pusiese a la altura de Europa. Sin necesidad de datos que lo corroboren, se piensa más bien en un bosquejo económico fragmentario, incompleto, parcializado y elemental.

Por lo demás, se trata de un pueblo trabajado por un vigoroso componente adolescente. Tiene una concepción hedonística o deportiva de la vida. Y si ama la libertad, la ama por la libertad misma, identificándola a menudo con la indisciplina, sin inducirle sub rosa (al revés de los Estados Unidos) ningún cálculo utilitario.

No sería joven si renunciara a las teorizaciones optimistas, a los ambiciosos planes de cumplimiento futuro, a la fe ciega en su porvenir. Y no es que estemos en presencia de un delirio colectivo. He leído los testimonios de viajeros ingleses y franceses que visitaron el Río de la Plata en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. Todos se pasman de la extensión, de la feracidad y del buen clima (no anduvieron por la Patagonia) de este país hiperbólico, y uno de ellos, inglés, sin ser profeta, predice que si viniesen aquí obreros y capitales europeos se produciría una eclosión que asombraría al mundo.

Pues bien: cuando esos trabajadores y esos capitales vienen, la eclosión se produce. En el término de un cuarto de centuria, los extranjeros duplicaron el número de los nativos. Lo cual sería catastrófico para los huéspedes o para el anfitrión si no concurrieran dos circunstancias simultáneas: el país se pone prácticamente a disposición de quienes quieran habitarle, en paridad de trato con los nativos, y el noventa por ciento de los extranjeros responde con trabajo, sacrificio, ahorro y docilidad social.

Desordenada y hasta un poco caótica, regida de un modo despiadado por la ley de la selección natural, esta expansión económica no tiene nada de enigmática ni de misteriosa. Lo inaudito hubiese sido que los seis millones de europeos radicados en un país tan bien provisto, donde la infrapoblación dejaba vacantes tantos puestos sociales, no hubieran provocado en la economía el portentoso envión que registra el *ranking* econométrico.

El enigma, el misterio vendría supuestamente después, cuando, cortado el flujo de la inmigración, la economía argentina va declinando en forma gradual hasta debatirse, hoy, en una crisis al borde de la bancarrota. No ya los extranjeros que no han vivido el proceso en carne propia y que pretenden estudiarlo y juzgarlo desde lejos, sino los mismos argentinos se preguntan, atónitos, "¿qué nos pasó?", tan estupefactos que no encuentran mejor respuesta que transferirle el fardo a algún demonio de

afuera.

Sin embargo la explicación del fenómeno es, me parece a mí, razonable, y no porque yo presuma de ser el único sensato sino porque observo la realidad de cerca pero con ojos más fríos, menos enturbiados por el amor o, en estos momentos de prueba, por el dolor.

Y bien: había dos posibilidades históricas. La una, que el componente adolescente colectivo prevaleciera, para el manejo de la economía, en la República Argentina posterior a la inmigración. La otra, que prevaleciera el componente adulto, aportado sobre todo por los inmigrantes. Prevaleció el primero.

Librodot

De nuevo un inglés, aquel diplomático con quien me topé en una fiesta mundana, había dado en el clavo: “La Republica Argentina es como esos castillos ingleses que conservan el mobiliario pero cuyos dueños comen una vez al día". El castillo había sido construido y el mobiliario había sido adquirido en el tiempo de los padres inmigrantes. Desde entonces hasta ahora, la propiedad ha estado en manos de los hijos adolescentes.

Y estos hijos adolescentes no tuvieron dotes de buenos administradores de la fortuna amasada por sus progenitores. El espectáculo que hoy brindan no es otro que el de una generación inmadura que llora y patalea sobre la obra de su propia incompetencia, de su falta de fibra, de conocimientos y de voluntad, por no agregar de humildad heroica, para seguir los pasos de los inmigrantes.

Ya es inútil adjudicar cuotas de responsabilidad, esta a la clase con poder político, esta otra a la clase con poder económico, aquella a la clase sin poder. Sólo cuentan los resultados, que las dañan a todas.

Creo que la única esperanza que les resta a los argentinos es un relevo generacional que opere un cambio gradual en la forma de relacionarse con la realidad del país y con la del mundo. De no ser así, la República Argentina tendrá la entrada prohibida en el siglo XXI, ya tan próximo, y permanecerá sentada en el umbral como una figura de cera.

Pero si traspone el pórtico del nuevo siglo, le auguro un papel que no sea la imitación servil de los modelos europeos que ahora envidia. Pronto volveré sobre este tema. Aquí me limito a exhortar a los argentinos a la mayor de las originalidades: la que busca en su propia naturaleza el material de su metamorfosis. Para eso poseen talento de sobra, salud física y mental, recursos espirituales y bienes materiales. De lo contrario deberán reconocer al fin, con el rostro ruborizado, que tienen el país que se merecen.

19 Meditaciones del paseante en el país de los feacios

Un Robin Hood adusto

No faltan teorías que expliquen por qué la clase obrera argentina es sorda al comunismo. Gracias a Perón, dicen algunos (y de ahí un agradecimiento de la Iglesia Católica que le suaviza cualquier reprensión contra el peronismo).

Lo mismo se decía en Italia de Mussolini. Murió Mussolini, se perdió la guerra, vinieron años terribles, y hoy el comunismo italiano es el más robusto de toda Europa occidental, aunque no lo suficiente como para llegar al Poder por el voto de sus simpatizantes.

Hace quince años que Perón murió, desde entonces hasta ahora el proletariado argentino sufre grandes penurias, pero la izquierda marxista o trotzkista no consigue seducirlo. Las masas se mantienen fieles al peronismo aún sin ningún nuevo dirigente de la talla de Perón.

Lo atribuyo a que el comunismo es un sistema demasiado seco, demasiado rígido, demasiado inflexible para la adolescencia colectiva. Tiene, hasta a los ojos de la clase social a la que el comu-nismo le cede en teoría la dictadura, una especie de odiosidad: hace imposibles

los juegos, los ocios, los caprichos, las irresponsabilidades juveniles que en cambio Perón, avezado psicólogo, se cuidó muy bien de contrariar.

El discurso de la izquierda marxista o trotzkista es malhumorado, agrio, severo, como la de un Savonarola de la sociedad, y por más que hable de reivindicaciones obreras le quita todo atractivo al instrumento del que promete valerse para satisfacerlas. Pues no sólo de pan quiere vivir el adolescente. A lo menos, no le gusta el pan amargo que fabrica la izquierda.

El Invahoe sospechoso

En las antípodas del marxismo, el liberalismo no obtiene, entre las masas, mucho más éxito que su tradicional enemigo.

En vano busca beneficiarse con los fracasos, a la vista, del estatismo. En vano refriega por las narices del obrero los esplendores económicos que el sistema liberal alumbra en los países de avanzada. En vano evoca a la República Argentina del séptimo lugar en el *ranking,* que fue rica porque fue liberal.

Sólo una ínfima parte del electorado le da sus votos. El resto se los niega. Me imagino que los políticos liberales se preguntarán por qué, como me lo pregunto yo. ¿Permitirán que un extranjero, viejo aborrecedor del Podery, en el fondo, anarquista pacífico, les diga qué es lo que piensa? ¿O mantendrán conmigo esa sonrisa de superioridad y de mal reprimido desdén que les distiende los labios cada vez que alguien les dirige una crítica, como si ellos fuesen los profesores de una sociedad de ignorantes que no asimila las lecciones y contesta una cosa por otra, hace mal los deberes y no pasa de grado? Me arriesgaré.

Creo que la razón fundamental, al margen de otras menos decisivas, por la que el liberalismo argentino cosecha sufragios que apenas si le alcanzan para unas pocas bancas en el Parlamento, consiste en que sus capitostes sólo saben hablar de las napas superiores de la economía. El grueso de la población, que ocupa las inferiores, no es afecto a esa música.

Por lo contrario, ve en el liberalismo sólo el plan de sustituir la omnipotencia de los gobernantes, sobre los cuales el proletariado ahora conserva la espada de Damocles de los votos, por la omnipotencia de los empresarios, sobre cuyas cabezas no podrá blandir arma alguna salvo las huelgas problemáticas con todos los dolores, inquietudes y angustias que arrastran consigo. Es un panorama poco atractivo para los pobres, quienes prefieren seguir confiando en la justicia, en la sabiduría y hasta en la decencia de los hombres que ellos mismos eligen. Y que a menudo los han engañado pero que alguna vez no los engañarán más.

Los redentores burgueses

Ubicada entre la izquierda marxista y la derecha liberal, la clase política peronista y no peronista que se alza con el ochenta por ciento de los votos todavía incluye a viejos fósiles que se conforman con ser invitados a los banquetes y pronunciar discursos dignos de las Cortes de Cádiz.

La batuta la llevan jóvenes dirigentes que manejan un vocabulario al día, visten como ejecutivos y tienen un aire de intelectuales suscriptos a revistas extranjeras. Su modelo son los

"cabeza de huevo" que rodeaban al Presidente Kennedy. Los obreros representan, para ellos, lo que los negros para Kennedy.

Como la masa proletaria desconfía del liberalismo y se muestra renitente al marxismo, estos jóvenes políticos, velando por los votos, buscan mostrarse equidistantes de ambos extremos. En buen romance, no saben qué sistema económico adoptar y toman un atajo intermedio que no conduce a ninguna parte y que los obliga, cuando ya no pueden dar un paso más, a volver al punto de partida.

Este ir y venir de asnos de Buridán va acompañado por una retórica redentorista de los pobres, enjuiciadora de los imperialismos, recitante de la ética, de la fe democrática y de la emancipación de los pueblos oprimidos, campeona del Tercer Mundo y abogada de los derechos humanos. Mientras tanto la economía argentina está por el suelo y ellos viven como *yuppies* de la política.

Monsieur Jourdain en el Poder

Antes de viajar a la República Argentina hojeé (no merece más) un libro de cierto periodista norteamericano, un tal John Gunther, publicado hace cincuenta años. Ahí leí que la cultura del canciller argentino de entonces era "increíble". Poco después ese canciller recibía un Premio Nobel.

Ahora me entero de que hubo Presidentes de la República que escribieron notables tratados de sociología y de historia, jueces de nombradía internacional, diplomáticos que a la vez eran intelectuales de marca mayor. Un ministro fue recibido, con todos los honores y gracias a sus méritos científicos, por la venerable Academia dei Lincei. Los debates parlamentarios eran memorables. Y un intendente de la ciudad de Buenos Aires traducía a Shakespeare y podía pronunciar una sesuda conferencia sobre Wagner sin que ningún turco se la escribiese.

"Sí", me dice el Idiotés, "en otros tiempos la dirigencia política no sería siempre democrática pero era siempre culta. Incluyo a los líderes socialistas, que eran ambas cosas. Hubo una especie de aristocracia que descendía de matarifes o de almaceneros, pero que se refinó hasta el punto de pasmar no sólo a ese John Gunther que usted cita".

"Dictada la Constitución de 1853, se debió permitir que el pueblo votase. Sin embargo la dirigencia política decidía quiénes gobernarían el país. No la distrajo el arte de seducir a las grandes masas, reemplazado por conciliábulos de *clubmen.* Así dispuso de tiempo para culturizarse, e hizo de la cultura una cuestión de amor propio que la resarciera de un pasado de carniceros y de comerciantes al por menor".

"A partir de 1916, con el voto obligatorio, secreto (hasta por ahí no más) y universal, y con la consiguiente necesidad de granjearse el favor de las masas, la dirigencia política fue descuidando sus pruritos culturales y se dedicó al arte de conquistar el Poder y de conservarlo".

"Perón fue más lejos. Al revés de San Pablo, creía que el talento de un solo hombre, si ese hombre era él, bastaba y sobraba, y que los demás debían limitar su talento a ser los transportadores y los transmisores del suyo. No exigió cultura sino fe peronista. La fe peronista obraba como un fuego de Pentecostés y hacía de cualquier patán un hombre apto para recibir, por delegación de Perón, alguna cuota de Poder".

"Los antiperonistas, rabiosos, combatieron contra Perón con sus mismas armas y también ellos se afilaron las uñas en el arte de captar votos. Hoy los dirigentes políticos

peronistas y no peronistas (ya nadie quiere ser tildado de antiperonista) están en condiciones, gracias a la muerte de Perón, de alternarse en el Poder, pero ni el señor Gunther encontraría a uno solo cuya cultura le pareciese increíble".

"Quiero decir que si uno los saca de su campo específico, la política, se da de bruces con una clase de hombres entre los cuales usted se sentiría como Ovidio desterrado en el Ponto Euxino".

La ciudad cuyo príncipe es un niño

Imaginemos que los jóvenes dirigen los establecimientos donde estudian. Eliminarán los requisitos de ingreso, eliminarán las asignaturas más arduas y las más aburridas, facilitarán la alegre aprobación de los exámenes y repartirán diplomas como pan fresco.

Así es manejada la educación pública en la República Argentina. No parece objetable que todo el mundo estudie aunque sea poco y mal: es mejor que nada. Pero si el título que se obtiene en esas condiciones habilita automáticamente para ejercer una profesión, el daño que se le infiere a la sociedad es inmenso.

La Diáspora interior

A despecho de la Santa Inquisición de Roma, Galileo Galilei pudo perfeccionar el telescopio y nadie le impidió realizar los experimentos con que revolucionó la física de su época.

En la República Argentina no hay ninguna Santa Inquisición, hay plena libertad. Pero aquí Galileo estaría peregrinando de oficina en oficina para que la burocracia le diese permiso para construir el telescopio y llevar a cabo los experimentos.

Una clase política que permite ese estado de cosas sufre de oscurantismo cultural aunque discursee sobre modernización y progreso. Es evidente que no aprecia el valor de la cultura. No hablo de la cultura según los antropólogos (toda obra que el hombre añade a la obra de la naturaleza) sino a la cultura según T. S. Eliot (todo aquello que crece; los automóviles no crecen, los automóviles no forman parte de la cultura sino de la civilización).

Si los políticos suponen que la sociedad argentina crecerá con la civilización y no con la cultura se equivocan. El adolescente colectivo llegará a la adultez en medio de una acumulación de objetos, pero su inmovilismo espiritual no habrá dado un paso para vencer la inercia.

Los judíos de la Diáspora, huéspedes de países que los recibían con prejuicios y solapado hostigamiento, necesitaban disponer de dinero constante y sonante para comprar la mano que quisiera atacarlos o, en caso contrario, para escapar a otro país.

Los argentinos huyen mediante el mismo procedimiento. Sólo confían en la posesión de dinero en efectivo y de cosas que se adquieren con el dinero, y todo otro bien les parece superfluo, casi un lastre.

¿De qué huyen, pregunto, aquellos que no se mueven de su país? Huyen de sí mismos. Patética fuga de adolescentes acosados por los perros que les lanza un Poder orquestador de la pobreza material y de la pobreza cultural.

Leviatán

Un argentino me aconsejó echar una ojeada, en la guía telefónica, a las cuarenta y seis páginas, de cinco columnas cada una, que sirven como nomenclator de los organismos oficiales con domicilio en la ciudad de Buenos Aires.

Lo hice y me quedé boquiabierto. Nunca habría imaginado que la burocracia pudiese llegar a tales extremos de tautología, carioquinesis, metástasis, parasitarismo y capilaridad.

Ya parece imposible que esa enorme trabazón de oficinas pueda ser capaz de algún movimiento coordinado, y eso que ahí no figura sino una mínima parte de las reparticiones estatales, como que faltan las nacionales radicadas en el interior del país, las provinciales y las municipales.

Pero además ¿cómo podría una sociedad hacerse cargo, sin empobrecerse, de los gastos que demanda semejante maquinaria?

Sólo la Secretaría de la Presidencia de la Nación es un monstruo erizado de Subsecretarías, de Direcciones Generales, de Departamentos, de Divisiones, de Asesorías, de Despachos, de Intendencias y de cuanta oficina se le pueda ocurrir a un burócrata con la imaginación de un Kafka doblado de Orwell.

En vano uno busca, en la Constitución, que las funciones asignadas al Presidente de la República justifiquen, nada más que para su Secretaría, tal dilatación burocrática. Para qué hablar de los ocho ministerios, de las reparticiones autárquicas, autónomas, autótrofas y descentralizadas. Sin salirnos del Poder Ejecutivo, el laberinto es tan fantástico que hasta una voluntad titánica moriría de hambre y de sed antes de recorrerlo de punta a punta.

¡Y se les pide, a los gobernantes, que desmantelen, siquiera en parte, esos infinitos dédalos enhebrados los unos con los otros! Creo que ya es imposible. Nadie podrá matar al Minotauro que, oculto en el laberinto, devora los recursos de la economía argentina.

El mismo argentino que me sugirió la lectura de la guía telefónica se ríe. "Usted está equivocado", me dice. "La nómina de las oficinas será interminable. Pero en la mayoría de ellas hay dos jefes y un empleado. Cuestan dinero, pero por lo menos no hacen nada. Si todos trabajasen el país se paralizaría. A nosotros, los particulares, nos queda la *chance* de abonarles un sueldo, por lo general bajo, y permitirles que hagan sebo todo el día. Siquiera así podemos seguir viviendo.

¿Será por eso que los empleados públicos, cuando no ven satisfechas sus demandas y no quieren recurrir a la huelga, amenazan con cumplir al pie de la letra los reglamentos? Entonces sí que el país se paralizará .

(No puedo pasar por alto un detalle. La guía telefónica, respetuosa del regio protocolo, nos convida a una reverencia cortesana. Dice: "Secretaría Privada del *señor* Presidente de la Nación").

Presencias indeseables

En la clase dirigente política abundan los abogados y, desde hace algún tiempo, se incorporaron los sindicalistas. Lo deploro.

Los abogados tienen una concepción litigiosa de la sociedad: dos partes en pugna y un juez, el gobernante, que dicta su fallo bajo la forma de una ley o de un decreto. Si una parte tiene razón es porque la otra no la tiene. La mentalidad curialesca -abogadesca, diría Unamuno- ve la realidad social siempre escindida en dos mitades que pleitean y se pronuncia en favor de una y en contra de la otra. El Poder en manos de abogados fabrica sentencias, para colmo inapelables.

Los sindicalistas están hechos para la confrontación de los intereses económicos. La clase obrera siempre será, para ellos, la víctima de las demás. Lo es a menudo, pero los sindicalistas en el Poder no gobiernan para el conjunto de la sociedad sino que se constituyen en defensores de un sector. Se solidarizan con ese sector y les resulta casi una vileza velar simultáneamente por los intereses del resto de la sociedad.

Un estadista se complace en la conciliación de los opuestos.

La regla de oro de la burocracia argentina

Multiplicar las prohibiciones para multiplicar las oportunidades de vender los permisos.

Perfidias del doctor Marañón.

Una vez le leí a un político argentino la lista de "virtudes" que, según dice Gregorio Marañón en algún prólogo, debe reunir un buen gobernante: falta de escrúpulos, exaltación, frialdad, dureza y malicia.

Mi interlocutor se ofendió muchísimo. Después de un rato, más calmo, me preguntó con un dejo de

angustia: "Oiga. ¿No será por eso que aquí no hay gobierno que dure?".

Yo seguí rumiando, en silencio, mi teoría sobre el adolescente colectivo, que dificilmente reúna las condiciones enumeradas por el viejo, sabio y cínico Marañón.

Mala conciencia

La mala conciencia de los políticos argentinos los traiciona a pesar de su capacidad para el histrionismo: en un país que ha adoptado la democracia representativa hacen la apología de la democracia participativa. Señal de que saben que la primera, gracias a ellos, está falseada y recurren a la otra para que sirva de tapadera.

Pero ¿en qué consiste esa democracia participativa? ¿En ir el pueblo a la plaza para que los políticos lo rocíen desde un balcón o desde un palco con una lluvia de lindas palabras?

Los argentinos sin Poder participan de la democracia el día en que eligen a los gobernantes. Después se vuelven a su mundo privado y allí se dedican a sus oficios privados.

Por lo general, lo mismo que en el resto del mundo, no tienen la menor idea de cómo se resuelven los problemas que afectan al conjunto de la sociedad. Creen, y no yerran, que para solucionarlos están los gobernantes, quienes, qué casualidad, se postularon como los únicos aptos, a cambio de gozar de toda una serie de prebendas, de privilegios y de comodidades. ¡Y ahora resulta que hay que ir a la plaza!

La única participación de la ciudadanía, antes y después del día de las elecciones, es producir una opinión pública que se haga oír y que sea escuchada.

Pero la opinión pública en la sociedad argentina brilla por su ausencia. Sólo las grandes corporaciones de intereses económicos disponen de altavoces. No hay instrumentos para curar la mudez del hombre de la calle, salvo los desórdenes multitudinarios, producto de la desesperación, sobre los que caerán los bastones de la policía.

¿Y el periodismo? ¿No se lo apoda, Dios me perdone, el cuarto Poder?

Respondo con un episodio acaso trivial (bah, anécdotas, dirá alguien), que sin embargo prueba hasta qué punto el periodismo vive pendiente del mundillo (¿del gueto?) de la política.

Un periodista anunció, por televisión, que transmitirían escenas del almuerzo que un legislador había tenido con los obreros de una fábrica. "Ahora verán todo lo que pasó allí", nos prometió. Yo no lo podía creer: lo único que vimos fue el rostro en primer plano del legislador que, sometido a un reportaje por otro periodista del mismo canal de televisión, peroraba en el peor estilo de barricada. De los obreros, ni un fugaz pantallazo.

Episodios como éste he visto demasiados como para que no les dé el valor que tienen. El bendito cuarto Poder sólo posee ojos y oídos para el Poder político y de la sociedad privada únicamente le interesan los escándalos y las algarabías.

Los muchachos de la intelectualidad

Si la inteligencia es el don que nos permite resolver un problema, el intelecto se dedica a otra tarea: al análisis crítico de la realidad. No les pidamos a los intelectuales, en tanto intelectuales, que tengan soluciones. No es su negocio. Su función consiste en analizar y criticar.

Roger Peyrefitte pone en boca de Víctor Hugo una frase: "Hay que estar loco para cuestionar a una sociedad donde uno la pasa bien". La pasen bien o mal, los intelectuales no silenciarán sus críticas, no porque estén locos sino porque no saben hacer otra cosa. Por eso los gobernantes los miran con cierta tirria y los déspotas los mandan a la cárcel, al manicomio o al paredón de fusilamiento.

Como no hay ninguna sociedad perfecta, a los intelectuales nunca les faltan estímulos para la crítica. Cuando se les enrostra ser tan criticones se defienden diciendo que ellos son los atizadores de un ideal de perfeccionamiento que, de lo contrario, sería olvidado y abandonado y entonces la sociedad se apoltronaría en el conformismo. Les doy la razón.

En la República Argentina no son más escuchados por los hombres con Poder que el resto de la sociedad privada. Encima la democracia doméstica no es el reino de la justicia social. Los intelectuales tienen, pues, mucha tela que cortar, pero los abate la sensación de que hablan para la

pared.

Muchos de ellos son marxistas confesos o encubiertos. El marxismo los tienta con dos manzanas pintonas: ofrece una ideología dogmática que disipa todas las dudas y monopoliza todos los remedios, y reconoce en los intelectuales a los evangelistas del Paráclito social.

Los intelectuales marxistas se sienten espiritualmente reconfortados y profesionalmente exaltados. No se atreverán a condenar la democracia como sistema político, pero, mediante un juego dialéctico que le tuerce el cogote a la semántica, la democracia de la que hacen el panegírico es un feroz totalitarismo de izquierda.

La tenaz indiferencia de la clase obrera argentina por el marxismo los hincha de desprecio, no hacia esas inocentes víctimas del concubinato entre el capitalismo y una fraudulenta democracia, sino hacia una sociedad que apaña semejante vergüenza. Y el desprecio los induce a menudo a sentirse desobligados de cualquier deber de honestidad respecto del prójimo.

Así como los militares se consideraban la reserva moral, ellos creen ser la reserva intelectual. Unos y otros comparten el mismo aire de superioridad. Y no hay evidencia en este mundo que le enfríe al intelectual marxista su fe religiosa en el advenimiento de la Nueva Jerusalén del comunismo, de la cual él es el Bautista.

Inútil señalarle los métodos brutales, el fracaso económico, hasta el exterminio de la crítica en los países donde el comunismo llegó al Poder, casi siempre por la fuerza. No le importa: las brutalidades son el precio de la cruzada contra el demonio del capitalismo, las penurias económicas son el ahorro para la fortuna que sobrevendrá y, en cuanto a la crítica, función de los intelectuales, deja de ser necesaria en el paraíso.

Otros extremos

Para los jóvenes, en arte o se está muerto y en los museos o se está vivo y en la vanguardia.

El adolescente colectivo argentino, cuando es artista, obedece con entusiasmo la última moda: tiene un miedo pánico de que si no lo hace, el mundo lo mire como a un fósil arqueológico.

Todo el campo que se extiende entre los museos necrológicos y las ruidosas vanguardias es, para él, el reino del academicismo.

Sospechas de viejo

Me parece que a los argentinos, como buenos jóvenes que son, les gusta dramatizar. La convivencia, cuando no es dramática, cuando es tranquila y rutinaria, se carga para ellos de una especie de mortal vacuidad.

Librodot

Siempre están hablando de oportunidades históricas, de apuestas supremas, de encrucijadas, de hitos, de dilemas, de agonías y resurrecciones. Pero, como las aceitunas, todos los días una. Una distinta.

Me hacen acordar a esos muchachos que hoy convierten en una tragedia la ruptura con la novia de turno, que era el gran amor de su vida, y mañana se engríen como Casanovas porque encontraron a una nueva novia que es el gran amor de su vida.

Rezongan de todo y por todo, pero me dan la impresión de que disfrutan con los rezongos. Quizá, en las entretelas de su subconsciente, estén deseando que no desaparezcan los motivos para lamentarse, para sentirse patéticos.

El permanente clima electoral en que viven, fomentado por los políticos, sirve de tónico a esa excitación teatralera que dejaría exhausta a cualquier otra sociedad menos joven.

Mortuo gloria et fortuna vidua

El elemento femenino constitutivo de cualquier sociedad se manifiesta, en la República Argentina, por una propensión hacia la viudez.

Los argentinos remedan a esas mujeres que, mientras están casadas, no disfrutan del matrimonio porque piensan que si se hubiesen casado con otro hombre habrían sido más felices.

Al marido, de quien gracias a la legalidad de la unión se sienten seguras, no le ven sino los defectos. A menudo sueñan con un amante idealizado. Y no encuentran en las relaciones matrimoniales más que el sabor insípido de la costumbre.

Hasta que un día el marido muere. Entonces la mujer halla en la viudez una repentina, una inesperada felicidad. Transforma al difunto en un ser espléndido y al matrimonio en un pasado maravilloso. Y recupera el amor, aunque sea un amor que sólo puede darse el gusto de llevar flores al cementerio en los aniversarios.

No es una viuda alegre, es una viuda luctuosa. Haciendo el panegírico del finado, al que le borra los vicios y le repinta las virtudes, y colgando de la tumba placas de bronce con inscripciones laudatorias, siente que se eleva ante sus propios *ojos* y ante los *ojos* de los demás: ella no ha enviudado de un cualquiera.

De ahí que la muerte de un argentino ilustre siembre viudeces por todas partes. Y las viudeces más desgarradoras suelen ser las de aquellos que, en vida del egregio difunto, le ponían los cuernos.

Jugarretas juveniles entre la democracia y la cultura

En todo el mundo, los fabricantes de baratijas culturales tachan de antipopular y de elitista cualquier obra que le exija, al destinatario, el dolor de la iniciación.

Esa diablura es esgrimida a menudo por el adolescente colectivo argentino para sustraerse al esfuerzo del aprendizaje. Invoca la "democratización de la cultura". Soslaya la "culturización de la democracia».

No es un juego de palabras. La "democratización de la cultura" enfatiza el término "democratización aplicado a la cultura, esto es, parece perseguir las dimensiones de la difusión cultural antes que nada. Mide en términos cuantitativos y da la idea de que, de acuerdo con esos términos, hay una cultura democrática y una cultura que no lo es. En consecuencia, por ejemplo la poesía de Mallarmé sería antidemocrática y la poesía de Campoamor, democrática. Igual distinción habría que reconocer entre la música de Richard Strauss y la música de Johann Strauss, o entre la pintura de Paul Klee y la de Quinquela Martín. Lo cual no sólo es falso sino también demagógico.

En cambio la expresión "culturización de la democracia, me parece a mí, privilegia la calidad de la cultura con prescindencia de la difusión que alcance, pero se propone el aumento gradual e intensivo de su irradiación sin pedirle, antes, que abdique de ninguno de los valores que ella misma se imponga. En resumen, la "culturización de la democracia" se ajusta al antiguo precepto áureo: primero el aprendizaje, después el ejercicio.

La adolescencia colectiva argentina, siempre que puede, elude el aprendizaje y pretende ir derecho al ejercicio. Entonces habla de la necesidad de una "democratización de la cultura". Alimentarse de papilla, comer sin digerir.

Un paso más, y toda cultura que se resista a la "democratización" automática será como una metafísica, de la que Nietzsche decía que le resulta al hombre del común tan inútil como el estudio de la salinidad de las aguas para el piloto de un barco en la tormenta.

Se trataría, en este caso, de "la tormenta de la vida", una metáfora cara a los gustos de los argentinos por el drama patético.

Children's corner

El desorden edilicio y la anarquía urbanística que, a despecho de códigos minuciosos, reinan en las ciudades argentinas me hacen recordar el cuarto de un adolescente, batiburrillo donde una reproducción de la Primavera de Boticelli está flanqueada por banderines de algún club de fútbol y mamarrachescos *afiches* de un festival de estudiantes.

Leyes de la física argentina

El bueno de François Jean Stanislas Andrieux no pasó a la historia por las abominables tragedias que escribió con melindres académicos, sino por una frase genial.

Habiendo pronunciado, en presencia del cónsul Napoleón Bonaparte, un discurso crítico contra

el gobierno, el futuro emperador de los franceses le manifestó su disgusto.

Entonces Andrieux dijo aquella frase que lo inmortalizaría: "Ciudadano Cónsul, recuerde que sólo podemos apoyarnos en lo que nos ofrece resistencia".

Los adolescentes, inseguros de sí mismos y temerosos de toda realidad que les resulte ajena, hacen lo contrario: buscan apoyo en lo que no se les resiste.

Librodot

Es así como los gobiernos argentinos se desmoronan a corto plazo. Reconozcamos que en eso no son nada originales: la mayoría de los gobernantes fingen ser sordos a las palabras de Andrieux. Peor para ellos.

Dime de qué te ríes

Según Latour San Ybars, biógrafo de Nerón, "uno de los medios más seguros de apreciar a una nación en cualquier época de su historia es estudiarla en sus diversiones y en sus juegos. La política, los negocios y las leyes están plagados de ficciones y de mentiras, mientras que el pueblo es siempre sincero en sus placeres".

Pero quizás en lo que más se delate un pueblo sea en su risa. El humorismo, para causarles gracia a los argentinos, debe hacerles cosquillas en la sexualidad y halagar el machismo. La mujer desempeña papeles de bestia lujuriosa y estúpida.

La sátira, si sólo apela a la ironía y a la inteligencia y no está condimentada con mucha salsa sicalíptica, deja serios a los argentinos que, en cambio, muestran un respeto reverencial por la literatura tremendista y torturada aunque no la lean porque los aburre. Para ellos, un folletín pretencioso siempre tendrá más prestigio que las sutilezas y que los sobreentendidos.

La otra República Argentina: Borges

Ahora comprendo por qué Jorge Luis Borges suscitó, en vida, entre los argentinos, un fastidio que se hizo admiración sólo cuando el mundo le expresó la suya. Borges provenía de una República Argentina emancipada de la adolescencia colectiva.

Primero con falso engreimiento, después con falso candor, contradijo uno por uno todos los atributos del país adolescente y les presentó el desafío de una madurez de carácter, de una adultez mental y espiritual tan segura de sí misma que hasta podía ejercitar, sin miedo, la duda metódica y, sin ninguna zozobra, la modestia.

A menudo los adolescentes creen que piensan de su propia cabeza y lo que hacen es ajustarse un pensamiento ajeno que los seduce y los tranquiliza. Alguien sella un conjunto de palabras y en seguida los jóvenes se apropian de esa acuñación verbal sin tomarse el trabajo de someterla a previo examen. Borges hizo siempre lo contrario y propagó así una especie de desasosiego que perturbaba a los jóvenes, incapaces de imitarlo.

Nunca dejó de practicar, a veces en forma gratuita, la refutación de los dogmas, el cuestionamiento de las verdades reveladas, el destrozo de los mitos canónicos, aventuras audaces que si fuesen una frívola iconoclastia atraerían a los adolescentes, pero en él eran una obra de reconstrucción que operaba con la inteligencia y con los conocimientos, y entonces los jóvenes reculaban en la frontera entre la negación y la afirmación y corrían a abrazarse a sus viejos mitos.

Los adolescentes se jactan de su amor por la libertad, pero sólo la piden para el grupo dentro del cual se mimetizan. El junco pensante de Pascal, si es joven, se agavilla en haces de pensamiento unánime. Borges era un junco solitario y orgulloso y se rehusaba al

enfardamiento: el adolescente colectivo, pues, lo miraba como a una planta exótica y acaso dañina, como a un intruso en la ecología cultural del país.

Borges hizo más: cometió el pecado de no ser fanfarrón, que para la fanfarronería del adolescente

colectivo es sinónimo de debilidad, de cobardía y de sabotaje a la defensa común contra los extraños, la vergonzosa confesión de que los argentinos no son fuertes, no son los mejores, no le dan punto y raya al mundo entero.

Hasta que el mundo entero reconoció, en Borges, a un escritor genial. Entonces el adolescente colectivo dio media vuelta, se apropió de Borges y lo exhibió como una de las riquezas naturales del país a la par de las cataratas del Iguazú, de la cordillera de los Andes o de la avenida 9 de Julio de Buenos Aires, la más ancha del mundo.

No lo leería, pero se lucía con él como con un mérito propio. Lo hacía hablar en todas partes y sobre cualquier tema. Lo paseaba y lo manoseaba al modo de un trofeo que probase las virtudes argentinas.

Cierto, una obra procede tanto de un hombre cuanto de una sociedad. La obra de Borges lleva impresa esa doble marca. Sin embargo, el valor que finalmente se le reconocerá y que la distingue de las demás depende del hombre que la crea. No se puede separar la obra de Borges de Borges hombre.

Quiero decir que la sociedad argentina no ganará mucho si se conforma con la exaltación de la obra de Borges y no averigua por qué esa obra ha podido brotar, así, en medio de los males, de las penurias y de las pamplinas de esa misma sociedad.

Entonces es posible que aprecie la importancia del rigor que la cultura debe imponerse a sí misma. Un rigor obstinado, decía Leonardo. Pero este rigor es siempre una empresa individual. ¡Otra que democratización de la cultura al gusto de la adolescencia colectiva!

El griego en la República Argentina

Un argentino cuyo nombre (cuyo seudónimo, sospecho) es Rumi Nawi ha publicado en un periódico una pequeña historia tan ejemplificadora que no resisto la tentación de transcribirla. Sucedió a principios de siglo.

En cierta ciudad de provincias los notables quieren elevar el nivel cultural de la población, y lo primero que se les ocurre es implantar la enseñanza del griego. Hay, sin embargo, un inconveniente: no se dispone de ningún profesor de griego.

Providencialmente llega a la ciudad un forastero muy leído y escribido al que se le ofrece la cátedra de griego, más un buen sueldo que se le pagará con fondos reunidos por suscripción pública. El forastero acepta de mil amores y durante un tiempo enseña el idioma de Sócrates a un nutrido grupo de jóvenes.

Hasta que un día aparece en la ciudad el ministro de Instrucción Pública (como se lo llamaba entonces) del gobierno central, hombre culto a quien los lugareños llevan, para que compruebe que ellos también son cultos, a presenciar las clases de griego.

El ministro va, oye y se queda atónito. En un aparte, para no abochornarlo, le pregunta al sedicente profesor qué diablos es ese idioma que enseña. Entonces el otro le confiesa: "La verdad, soy catalán. Cuando me vinieron a proponer este curso de griego, pues me puse a enseñar catalán".

Librodot

Entre los argentinos y en todos los órdenes abundan los farsantes que hacen pasar el catalán por griego, sin que nadie les descubra la superchería. Y hay que ver los sueldos que cobran, los privilegios que acumulan, financiados por toda la sociedad.

Apocalipsis

El terrorismo es un fenómeno universal, pero en la República Argentina tiene alguna característica propia. Así como en 1853 se buscó, mediante la Constitución liberal, darle cuerda al proceso de predestinación a la grandeza, un grupo de jóvenes de clase alta y media alta ha querido ser el dios que al cabo de la Historia destruye a los pecadores y rescata a los inocentes.

Todo Apocalipisis es implacable, lo atraviesan las hecatombes, lo alumbra el fuego, está tinto en la sangre de los réprobos. No hay conmiseración: sólo justicia.

El terrorismo es una diosidad encarnada: no le pidamos que se someta a nuestra pobre lógica de seres humanos. *Credo quia absurdum.* O como decía Luciano de Samosata: "Nunca sabremos las razones que tienen los dioses para obrar de esta o de aquella manera".

Si somos los malvados, será inútil suplicar perdón. Y si somos los salvados, deberemos bajar los ojos y callar, sin una protesta por la crueldad de los castigos infligidos a los condenados porque correríamos el riesgo de engrosar sus filas.

Terminados los horrores del Apocalipsis, no sobrevendrá la nada del terrorismo nihilista sino el tercer reino con el que soñó Joaquín de Flora: un mundo de libertad, de contemplación y de amor, la era de los amigos y de los niños, la edad del trigo, del aceite y del verano, el tiempo de la Pascua.

Mientras tanto los terroristas contemplan a sus víctimas masacradas como Dios miraría a Judas Iscariote colgado de la higuera.

Continuidad de los calabozos

Los hombres en general y los adolescentes en particular imaginan que son libres cuando arremeten contra las convenciones ya establecidas, pero a menudo se hacen esclavos de las nuevas convenciones que ellos mismos adoptan.

Para escapar de la cárcel de la tonalidad algunos músicos se encierran en la cárcel de la atonalidad. Para soltarse del yugo de la figuración algunos pintores se someten al yugo de la no figuración. Conozco mucha gente que no soporta los convencionalismos del teatro cantado y acepta alegremente los convencionalismos del teatro hablado.

Los adolescentes reivindican la libertad de que cada uno se vista como más le guste, pero todos se visten de la misma manera y, si alguien se mantiene fiel a otra moda, lo hacen objeto de burla.

El adolescente colectivo argentino no se evade de ese falso anticonvencionalismo típico de la extrema juventud: por cada presidio que demuele, construye uno nuevo. En cambio de ir sumando libertades, pasa de prisión en prisión. Se jacta de haber abandonado una y no se da cuenta de que ha entrado en otra.

El refugio de la Historia bombardeado por las pasiones

Para el probabilismo de la adolescencia, para ese haber dejado de ser lo que se fue y no ser todavía lo que se será, la Historia podría oficiar de asilo: a lo menos en ella alguna probabilidad ya se dio.

Pero la mayoría de los historiadores argentinos, con las consabidas excepciones de siempre, no desbrozan la historia sino que se sirven del pasado como de un cómplice para sus odios y sus amores presentes.

Fruto de ese manejo apasionado, la Historia de los historiadores no está poblada por hombres sino por santos y por demonios, que intercambian sus papeles según quién sea el historiador que hurga en los archivos.

La República Argentina del séptimo lugar en el *ranking* no se salva del linchamiento póstumo. He leído dos estudios sobre esa época. Sus perspectivas antagónicas ven, la una, sólo los palacetes: la otra, sólo los conventillos. El egocentrismo de la adolescencia no sabe mirar lejos.

En el mundo de entonces, por ejemplo la Inglaterra victoriana y eduardiana conservaba intactos, por debajo de sus oropeles imperiales, los sórdidos submundos que describe Dickens, combinaba los salones por donde se paseaba el dandy Oscar Wilde y la cárcel de Reading en la que encerraba a niños de ocho y nueve años. La Francia de la Exposición Universal y del barón Haussmann mantenía, como revés del tapiz, a la Francia de *Los Miserables* y de *La Taberna. Y* los Estados Unidos, jóvenes adalides de la ley, de la libertad y de la igualdad democrática, usaban la pistola como arma económica, eran el ergástulo de los negros y, después de escrita *La cabaña del Tío Tom,* se aprestaban a escribir *Viñas de ira.*

Esa realidad dual es inaceptable para la adolescencia, que siempre quiere ver confirmados sus ideales absolutos e intransigentes, de modo que una de dos: o se niega a mirar las realidades que se los contradicen, o le basta que una sola hoja de la cebolla de la realidad se los contradiga para que toda la cebolla le parezca podrida.

Demasiadas revoluciones, falsas revoluciones

Ignoro si lo que voy a escribir es aplicable al resto de la América hispana, pero, en cuanto a la República Argentina, no conozco otro país donde haya habido tantas revoluciones, o donde tanto se hable de la necesidad de una rápida revolución en la economía, en la cultura y hasta en la mentalidad y en el carácter nacionales.

La adolescencia colectiva sueña con un súbito cambio de la realidad, con un vuelo alto y corto que la haga saltar por encima de los dolores y de los esfuerzos de su evolución hacia, por supuesto, la grandeza. Los militares, no menos imbuidos de ese sueño juvenil, han llamado "revoluciones" a sus cuartelazos.

Las verdaderas revoluciones, desde la del cristianismo hasta la de la cibernética, son graduales e insidiosas y no las desatan los pueblos sino una minoría y a veces un solo hombre, un Euclides, un Pasteur o un Eistein, digamos. Pero las impulsan lejos del Poder y a menudo a

Librodot

pesar del Poder, aunque después los dueños del Poder las aprovechen en su propio beneficio y las conviertan en nuevos instrumentos de dominio sobre los hombres sin poder.

En cuanto los revolucionarios en el llano alcanzan el Poder se vuelven conservadores. Conservadores del *statu quo ante* que les permite retener el Poder en sus manos. La revolución cristiana comenzó a esterilizarse el día en que alguien, interpretando torcidamente las palabras del Cristo a Simón Pedro, fundó una Iglesia y la dotó del Poder. La piedra sobre la que debía levantarse el cristianismo era cada hombre, simbolizado por Pedro.

Sólo conozco, o recuerdo, una excepción: la de aquel Federico Hohenstaufen que fue el Anticristo para los güelfos, pero que desde Italia, desde Sicilia, abrió las puertas por las que Europa pronto ingresaría en la edad que después sería llamada moderna. Quizá Mirabeau habría podido ser el gran revolucionario del siglo XVIII si la miopía de Luis XVI no se lo hubiese impedido. Pero las revoluciones orquestadas a través del Poder político son, por lo general, ruidosas comedias gatopardistas, incluida la de Lenin. Al lado de Gutenberg, Lenin es un farsante.

Nada se puede esperar, pues, de la voluntad revolucionaria de los gobernantes. En la República Argentina, donde la voluntad de los políticos en ejercicio del Poder subroga a la voluntad del resto de la sociedad, toda revolución es imposible o pura retórica. Al pueblo sólo le queda el impulso revulsivo de los desórdenes.

Fechado el 1° de junio de 1989

Francia tuvo su "mayo del 68". La República Argentina, su "mayo del 89".

Escribo estas líneas en medio de los desórdenes a los que me referí hace un momento: las turbas saquean y destruyen los comercios de comestibles.

Los gobernantes y un periodismo lacayuno sólo ven, en esos desmanes, la acción de agitadores subversivos, que la hay, y de delincuentes comunes, que también la hay. Pero quien no sufra de estrabismo descubre, detrás de los provocadores y de los ladrones profesionales, la presencia de una multitud que excede el número de los primeros y de los segundos. Son varias decenas de miles de argentinos, a los que los agitadores y los delincuentes les contagiaron la audacia.

Los actos de pillaje se dirigen no sólo contra los grandes supermercados, también contra humildes almacenes barriales. Este dato me impresiona. Ya no se trata de una revuelta de los pobres contra los ricos sino de una disolución del tejido social. ¿Por qué se ha llegado a estos extremos?

Debieran ser los gobernantes quienes respondiesen con algo más que con la policía. En una época en que las fronteras entre nación y nación tienden a borrarse, ellos han levantado fronteras dentro de la nación argentina, invisibles pero reales murallas chinas, muros de Berlín, vivieron en el lado bueno y mandaron a millones de argentinos a vivir en el lado malo.

Ningún país presenta elementos constitutivos homogéneos, todos incluyen a pobres y a ricos, a cultos y a ignorantes, pero si las conexiones entre unos y otros no están cortadas, el conjunto forma un solo cuerpo, un solo organismo aunque con distintos órganos.

En cambio la sociedad argentina tiene sus órganos desconectados entre sí. Cómo no va a padecer las graves alteraciones de salud que sufriría un hombre cuyo hígado estuviese separado del resto del aparato digestivo o cuyos dos riñones flotasen.

Librodot

Hay vastos sectores de la población argentina que han sido marginados no sólo de la riqueza material y del enriquecimiento cultural sino también del pacto social cuyo garante es el Poder.

Pagar impuestos, para ellos, es como enviar dinero *de regalo* a alguien que vive en el extranjero. ¡Y son pobres! Son pobres en una realidad donde ven que hay que ser rico para atender la salud, educar a los hijos, contar con la Justicia, disponer de seguridad personal y hasta para viajar de la casa al lugar de trabajo en condiciones humanas, nada más que humanas.

Pues bien, parte de esa gente se ha sentido desligada de cualquier compromiso respecto de una sociedad que para ella no existe. Ha cruzado la invisible frontera y ha arrasado con todo lo que encontró a su paso. Ningún sentimiento de propiedad la inhibía, pero un sentimiento de ajenidad le desarmaba los escrúpulos.

Para colmo, todo el pueblo está envenenado por rumores, indicios y presunciones, cuando no por pruebas tajantes, de corrupción en las capas más altas de la economía y en las esferas del Poder político. En comparación con esos saqueos colosales, el de los comercios de comestibles es un rasguño.

No conozco ningún caso, en la Historia, en que las clases dirigentes emulen las virtudes del pueblo, pero siempre ha ocurrido que el pueblo les copia a las clases dirigentes sus vicios.

No lo disimulo: me indigna que los gobernantes, los financistas y no pocos empresarios pretendan que los pobres sean educaditos, caballeros de la ley, respetuosos del orden y dechados de honestidad, mientras ellos se abandonan a todos los excesos de una avidez deshonesta e impune.

20 Recapitulación y recado final

Oigo a cada rato una frase: "los argentinos debemos ponernos de acuerdo en el modelo de país que queremos". A veces la palabra "modelo" cede su lugar a la palabra "proyecto", de filiación ortegueana. Sólo falta el adjetivo: "proyecto sugestivo".

También en Europa se habla de "modelos de país". ¿,Quiénes rechazarán un modelo y adoptarán otro? Sería absurdo esperar que varios millones de personas coincidan en la elección de un modelo ya armado y listo para ser usado como una ropa de confección. Deberá ser la dirigencia política la que lo diseñe.

Pero un país es algo demasiado vasto, complejo y dinámico como para consentirnos ese lenguaje de sastres. Lo que se llama "modelo" no va más allá de la enunciación de unos cuantos propósitos, de unos cuantos fines generales que, en rigor, son comunes a todo tipo de sociedad política (los resumo: como en los cuentos de hadas, vivir felices y comer perdices), y de un repertorio de leyes que digan qué se debe hacer para alcanzar aquellos fines. Qué *se debe* hacer. Luego los hombres harán lo que puedan y lo que quieran.

Entendido así, no conozco "modelo de país" más "sugestivo" que el que describe la Constitución

argentina de 1853, la cual, con ligeras enmiendas, ha seguido vigente hasta hoy. Sin embargo el país real difiere del modelo como el día de la noche, al punto de que algunos de los propósitos

primordiales de cualquier sociedad política están en veremos: por ejemplo, el afianzamiento de la justicia, la promoción del bienestar general, la consolidación de la paz interior. Y la mitad del pueblo ni es feliz ni come perdices.

Hubo una época en que la República Argentina pareció aproximarse al modelo dibujado en la Constitución. Fue cuando dispuso de "procuradores" extranjeros: inmigrantes

Librodot

en masa y capitalistas y gerentes de empresas. Entonces la economía nacional dio un colosal estirón y arrastró detrás de sí al cincuenta por ciento de las economías domésticas. El otro cincuenta por ciento permaneció al margen de los beneficios del "proyecto".

Después, agotado el contingente de "procuradores" venidos de afuera, los argentinos entendieron que ya habían rendido y aprobado el examen como maestros de bienestar. Con el diploma de país rico colgado de la pared, se dedicaron a disputar por los honorarios a los que el diploma les daba derecho.

El título de doctores del éxito no necesitaba reválida. Dejaron de actualizar los conocimientos y de renovar el instrumental. No tenían necesidad de perseverar ni en el estudio ni en la rendición de exámenes. En forma paulatina fue descendiendo el nivel de sus exigencias consigo mismos. Y no fueron los continuadores de la República Argentina de la inmigración sino sus herederos, prontos a dividir la herencia en hijuelas. Durante estos últimos cuarenta años se querellaron unos contra otros por la adjudicación de los lotes provenientes de la partición.

Ahora ya no les queda más que el diploma colgado de un clavo en la pared. Lo exhiben, cuarteado y amarillento, a las visitas, para hacerles ver que si lo obtuvieron alguna vez no han dejado de ser desde entonces profesores de éxito. Si de momento el éxito brilla por su ausencia es porque han sido víctimas de asaltos a mano armada, de robos subrepticios y de insidiosas estafas. Pero el diploma, ah, el diploma está ahí, y no los deja mentir.

Mientras tanto el mundo evolucionaba. En cambio ellos se mantuvieron fieles a conocimientos envejecidos, repetían fórmulas inutilizadas por el progreso de la ciencia, aplicaban métodos caducos. Era como si después de Lavoisier confiasen en el flogisto y, después de Pasteur, en la generación espontánea.

Algunos, para alardear de modernos, se reían de esos anacronismos tildándolos de magia barata, de prestidigitación circense. Tras cartón demostraban que todavía creían en las virtudes curativas del sapo o que dejarse crecer la barba es bueno para la preservación de la dentadura. Contra Cagliostro, Besançon. Contra la falsa magia, la falsa ciencia.

La adolescencia colectiva, tan vivaracha para sacarles jugo a los "procuradores", ha sido indolente en la renovación de su pequeña biblioteca mental (¿para qué estudiar, si había pasado el tiempo de ir a las aulas?) y sólo cazó en el aire los vocabularios flamantes.

Otros se resisten a admitir las penurias culturales y hablan de una crisis moral: los argentinos son virtuosos, pero se han contagiado. ¡También, con el espectáculo de depravaciones que les ofrece a diario el mundo de los países adultos! ¿Cómo conservarse incontaminados?

Sin embargo su moral media, tanto pública como privada, en comparación con la de aquellos países sale ganando. La excusa no vale. No se pueden escudar en una crisis moral que sólo a ellos les impediría el avance. Si por algún colosal malabarismo dispusieran de todos los adelantos técnicos de la civilización, no sería la inmoralidad sino la ignorancia la que cometiese los peores frangollos. Imitarían a aquellas buenas e inocentes mujeres de una tribu africana a las que un misionero -inglés, sin duda les regaló corpiños: no sabiendo qué diablos hacer con los corpiños, los usaron como sombreros.

Ahora los argentinos están desconcertados e irritados. No se deciden por qué camino tomar, hablan mucho, polemizan por cualquier cosa, piensan poco, imaginan menos, forman una sociedad pendenciera y a la vez inmóvil, la burocracia les ha castrado los impulsos creativos, sin moverse de su sitio basculan entre la cólera y el desánimo. Conmovedor adolescente que, empobrecido y humillado, mira a su alrededor y ve un mundo donde sus mitos fanfarrones no le sirven de nada y los atributos de su juventud ya no le granjean la admiración de nadie, ni siquiera la codicia de nadie. Por ahí recibe distraídas palabras de consuelo, alguna palmada en el hombro, pero que no le mitigan el hambre visceral ni la zozobra del espíritu. Es antipático dar consejos a quien no los pide. No me importa. Mi simpatía por la República Argentina me pone cargoso, mi interés por su destino le quita la

Librodot

mordaza a mi prudencia. Huésped que no fue invitado, forastero a quien nadie llamó, me permitiré, no obstante, dirigirles a los argentinos aquella exhortación que años atrás Alfred Weber nos administró a los europeos: dar un "adiós a la historia".

Quiero decir, romper con el pasado. A primera vista parece una bravuconada, al estilo de esos blandos de corazón que se proponen, a partir de las ocho de la mañana del próximo lunes, ser duros y egoístas, o de esos recién divorciados que juran no enamorarse nunca más. Cierto, *what is done cannot be undone,* recitan en *Macbeth.* Lo que está hecho no puede ser deshecho y condiciona a lo que está por hacerse.

Aún así, de cara al futuro es posible tomar la determinación de no dejarse chantajear por el pasado, proceder como el artista cuando opta por escribir una nueva novela, pintar un nuevo cuadro, componer una nueva sinfonía: en ese momento para él no existe ninguna otra obra que no sea la que ahora va a crear, no existen ni siquiera sus propias obras anteriores, pues lo que se propone es hallar, bajo la arena desértica de la página en blanco, de la tela en blanco, de los pentagramas vacíos, un tesoro virgen.

El componente adolescente de la sociedad argentina ya se disipa. En el individuo es la edad en la que elige una profesión, emprende una carrera, toma conciencia de sus posibilidades y de sus imposibilidades, reconoce la voz que lo llama y la voz que le ordena alejarse. La personalidad se hace nítida, se desprende del molde donde estuvo amasándose, y las formas anatómicas interrumpen para siempre el probabilismo.

Creo que ese momento ha llegado para la sociedad argentina.

Le pasó la edad en que esperaba bogar en una corriente que la llevaría hacia un porvenir ya fijado por la Historia. Ha comprendido que deberá cavar día a día y palmo a palmo el cauce de su destino. Se da cuenta de que el libro de su historia no será escrito sino por su propia mano. La mano de ninguna supuesta predestinación añadirá o tachará una sola coma.

Entonces busca un "modelo de país". ¿Dónde cree que lo encontrará? ¿En la ropavejería de Europa? ¿En la gran tienda de los Estados Unidos? Déjenme que les diga un par de cosas.

Por empezar, no renuncien a Utopía, a ese país que no está en ninguna parte salvo en el corazón de los hombres. Pero que Utopía sea la perfección de la realidad y no su refutación. Nadie llega a Utopía, pero Utopía señala la dirección del camino. Cierren el libro de la historia ya escrita y abran un libro intonso. Delante de esa blancura, opónganle al ominoso *what is done cannot be undone* la divisa del poeta: *en verdad, sólo existe aquello que amamos.*

Ustedes ¿no aman a la República Argentina? Pero no la amen en la engañosa imagen emblemática, iconográfica, del mapa. No miren el mapa. Miren el país real: es extenso, es hermoso y es rico. Y ahora mírense a ustedes mismos. Tentado me siento de decirles que se miren como si fueran inmigrantes recién llegados. No proceden de un espacio que abandonaron sino de un tiempo que dejaron a sus espaldas. Son pobres, son viajeros sin equipaje, peregrinos sin fortuna. Pero así, como dice la frase vulgar, "con una mano atrás y otra adelante", han arribado al país extenso, hermoso y rico donde podrán iniciar una nueva vida.

No copien el texto del pasado, cuyo autor fue un mal novelista. No espíen de reojo, para plagiarlo, el texto que estamos: escribiendo nosotros, los europeos, o los norteamericanos. A ustedes los emboba porque sólo lo conocen a través de una versión ad usum Delphini de traducciones embellecidas por la distancia. Leído en el original, es deplorable.

¡Nuestra portentosa prosperidad económica! ¡Oh, los fulgores de la Europa tecnificada y cibernetizada! Omitiré recordarles que se levanta sobre los inmensos cementerios donde se pudre una juventud segada por las guerras más atroces. Pero está bien, digámosle, también

Librodot

nosotros, "adiós a la historia" cuyo recuerdo nos avergüenza. Sólo que, para mi gusto, también nos hemos despedido de la historia que nos enorgullecía.

Lamentable civilización, la nuestra, dominada por el lucro y la competitividad más despiadada. Es una civilización acromegálica que ya no tiene la noción de la medida del hombre. Todo es gigantesco: las ciudades, los edificios, las fábricas, los caminos, los medios de transporte. El armamento está hecho para provocar carnicerías multitudinarias. La industria produce bienes en series casi infinitas y, junto con los bienes, produce igual o mayor cantidad de residuos para los cuales necesita colosales basureros y, si los desechos son peligrosos, colosales crematorios. Nuestros mares costeros se están convirtiendo en vastas sentinas y nuestros ríos en tuberías cloacales.

La obsesión por el puro rendimiento económico y las tensiones impuestas por la competitividad nos enloquecen. Plantas y animales son sometidos a manipulaciones genéticas, los vacunos atiborrados de hormonas exhalan gas metano en la respiración y sus excrementos envenenan la tierra. Los industriales han empezado a eliminar el descanso dominical para que turnos rotativos de obreros trabajen los fines de semana y así la producción no se interrumpa ni un solo día. La naturaleza va agostándose o degenerando bajo la expansión de los artificios creados por el hombre.

Cada uno de nosotros quiere "tenerlo todo", pero este "todo" no incluye más que los objetos del confort material. Cuando hablamos de "calidad de vida" hablamos de cosas que se compran y se venden. La automatización nos ha inoculado un bacilo que ataca a nuestra libertad. En el siglo XIX, las máximas reivindicaciones de los obreros ingleses eran *los eight schillings a day y* las *eight horas toplay.* Ahora todos ganamos mucho más que ocho chelines diarios y pretendemos gozar de algo más que de ocho horas de descanso por día. Pero ¿para qué? Para invertir el dinero en una fiebre consumiste y para pasarnos cuatro horas frente al televisor y cuatro horas manipulando juegos mecánicos. Ya no somos ni el *homofabery* ni el *homo sapiens,* somos el *homo cibemeticus* que delega en las máquinas las operaciones que hasta ahora habían sido los atributos de la hominidad.

Estamos a punto de desmentir a Pascal: el hombre es un mimbre, el más débil de todos, que fabrica máquinas poderosas para que piensen por él. Lo sé, los fanáticos de la tecnotrónica, si me leyesen, soltarían una sonrisa compasiva. Pero me gustaría que vinieran a mi país y vieran qué está haciendo, con nuestros niños, la cibernética: una raza de alucinados.

Diderot, en su Elogio *de d'Alembert,* cuenta una anécdota, apócrifa como la mayoría de las anécdotas. En los jardines del palacio del rey de Francia había una jaula y, dentro de la j aula, un mono de grandes proporciones. Un día el cardenal de Polignac se aproximó a la jaula y contempló durante un largo rato al mono. Este tenía una expresión tan humana que el cardenal le gritó: "habla, y te bautizo". Pero la bestia no habló y así demostró que no era un hombre. Día llegará en que algún cardenal de Polignac, frente a una máquina de la que se dice que piensa, frente a una computadora que traduce y que compone poemas mejores que los de André Breton, le pedirá que también hable. Es posible que la máquina entable un animado diálogo con el cardenal, quien finalmente la bautizará.

Nuestra cultura no está menos dominada por el consumismo y por la feroz competitividad que nuestra civilización. Cultura industrializada, habría que denominarla. Y, como industria que es, cada vez depende más de la tecnología computarizada. Eh, también los artistas quieren "tenerlo todo" y por eso producen obras fungibles que estimulen la constante compraventa en los mercados. Las vitaminas culturales ya no son buscadas en los frutos que antes se digerían lentamente: ahora vienen en píldoras, dentro de envases vistosos, pero así corno se las devora por la boca, son eliminadas por el recto. La cuestión es aumentar el consumo, para que los fabricantes de cultura no pierdan plata y puedan "tenerlo todo". Claro que, a mayor consumo, mayor producción, y ahí dejan los bofes. Han encontrado una manera de salir del paso: revolver los materiales con una cuchara. El escritor revuelve palabras; el músico, sonidos, el artista plástico, colores o masas. A cada uno de esos revoltijos llaman

Librodot

obra de arte. Y una clientela boba los aplaude y hasta les paga por esa cosa muerta aunque, claro está, muy voluminosa. ¡Pero si los mismos críticos, antaño discretos intermediarios entre la obra creada y sus inocentes destinatarios, ahora levantan sus propias moles reprocesadas con los detritus artísticos!

Sólo la ciencia se rehúsa a matar la imaginación y a renunciar a los descubrimientos. Pero me recuerda a esos automovilistas que no se proponen llegar a determinado sitio, porque sólo los atraen el placer de conducir y el vértigo de la velocidad. La ciencia ha perdido o ha olvidado el interés por alcanzar una meta hacia la que ajustar la dirección de la marcha: lo único que la seduce es correr, correr, correr por un camino sin que le importe hacia dónde lleva la magnífica ruta.

El hombre cibernético ¿se pregunta para qué le ha sido concedido, una sola vez durante toda la eternidad, el don precioso de vivir? No tiene tiempo de preguntárselo, ocupado como está en trabajar para ganar dinero y en ganar dinero para comprarse una casa (un nicho en un enorme palomar), un automóvil (para huir de sí mismo), una heladera (para congelar alimentos), un televisor (para no vivir la vida sino para espiarla), un teléfono (para dialogar en el vacío) y un computador (para no pensar).

¿A ese genero de "prosperidad" aspiran los argentinos? Alguien les dirá: o es a ése o no es a ningún otro. O se enganchan en el convoy de la civilización del homo *cibeme*ticus o serán arrojados a un costado de las vías para ver pasar un tren al que nunca podrán treparse.

¿De veras? La Historia no es esclava de un rígido determinismo, admite la irrupción de la voluntad, de la libertad y aun de los caprichos y del puro azar. La Ucronia de Renouvier no pasa de ser un juego, pero pensemos qué habría sido de la Historia sin el error en los servicios de información de Napoleón en Waterloo, sin el dolor de pies del Presidente Wilson, sin la atroz neurosis de José Stalin, sin la amante del Daladier que firmó el pacto de Munich. O para decirlo con una frase vulgar: sin la nariz de Cleopatra.

Cuando toda Europa aún vivía en plena Edad Media, Italia dio aquel giro que pronto produciría el fenómeno llamado Renacimiento, del cual ella iba a ser el centro de una irradiación universal. Fue la obra de un gran gobernante, Federico II Barbarroja, y de su corte de sabios, de intelectuales, de políticos y de artistas. No voy a describir aquí en qué consistió ese estallido de audacia, de libertad y de imaginación. Cito el caso para demostrar que no son imposibles, por gracia de un grupo de hombres decididos, los golpes de timón que modifican un curso histórico que parecía ya trazado.

Después de seis años de vivir en la República Argentina, convertido yo también a mi manera en un argentino, compruebo que la tentación pigmaliónica no me ha abandonado, aunque ahora se conforme con proponerles a los argentinos un "modelo de país". ¡Y yo que me burlaba de los modelos de país que no fuesen el que describe, al modo de una horma teórica, la Constitución! Pero he terminado por comprender que ese proyecto genérico puede adoptar, sin violentarse a sí mismo,

diversas formas reales.

Las formas que imagino no contradicen ninguno de los propósitos de la Constitución y más bien los secundan con eficacia práctica. La justicia, la paz interior, la seguridad, el bienestar general y los beneficios de la libertad los argentinos han tratado de procurárselos a través de instrumentos fallidos: una legislación castradora de los esfuerzos individuales y una burocracia parásita de las economías domésticas. Es hora de arrojarlos a la basura, porque ellos sí que son anticonstitucionales.

¿Y después qué? ¿El retorno a la ley de la selección natural, para que un carácter colectivo educado en las trapisondas de la viveza desate el canibalismo? Dios nos libre. Hay que restaurar la función del Poder como estimulante de las energías de la sociedad y, al mismo tiempo, como corrector de las conductas individuales. Todo el secreto de la política está en permitir que el egoísmo de cada hombre en particular lo beneficie a él y no perjudique

Librodot

a los demás. El resultado es un país próspero que no tiene la mala conciencia de su prosperidad.

Pero ¿qué tipo de prosperidad? No se trata de renegar de la tecnología ni de abogar por una regresión de la civilización. Tampoco pienso en abandonar una cultura por otra (como esos entusiastas de la cultura indígena que la presentan como un *desideratum)* sino en imprimirle una nueva medida. En concreto, imagino un país donde todo recobra las dimensiones humanas. El pecado capital de la era postindustrial es que las ha perdido. El hombre-individuo no pesa sino como partícula de una estructura que lo excede. Y todo lo que se hace tiene en vista la estructura colectiva y no al hombre-individuo.

Ah, volver a las pequeñas ciudades, a los pequeños municipios, a las pequeñas casas, a las pequeñas universidades (como en Australia), a las pequeñas fábricas, a los pequeños talleres, a las pequeñas usinas energéticas, a los pequeños teatros, a los pequeños templos, de modo que cada ser humano no se vea despojado de su condición de unidad del sistema. Así el sistema se volverá más gobernable y menos costoso, y si alguno de sus artefactos deja de funcionar o provoca una catástrofe, el número de los damnificados será ínfimo, no el gigantesco apagón de Nueva York o el caótico embotellamiento del tránsito en la autopista del sur. Que las condiciones de vida, que la vida misma de cientos de miles de hombres dependa de que se apriete o no se apriete un botón o de que se mueva una palanca me parece abominable. Cada vez que oigo hablar a los políticos de planes faraónicos, tiemblo.

Me gustaría que los argentinos no interviniesen en ese campeonato de gigantismo al que los induce su propio país. Que reinvindicasen el valor de las artesanías, el valor de la creatividad personal y de la imaginación, que es siempre individual. Los grandes países comienzan a experimentar la nostalgia del antiguo médico de cabecera, de la vivienda independiente, del barrio donde todos se conocen por su nombre y apellido. La nostalgia de la familia, microsociedad de los sentimientos hoy diluida en la macrosociedad de los intereses. En fin, la nostalgia de que el dolor o la dicha sean tasados según la medida de cada ser humano y no según la medida de la multitud.

La porción de territorio argentino que es pura naturaleza sigue siendo, en la República Argentina, muy vasta: que la polución de la acromegalia industrial no la contamine. Habría que desarmar las grandes concentraciones urbanas, donde la hominidad queda diluida en la masificación, en el anonimato. Hacer prevalecer "la vida vivida" por sobre "la vida programada". Única competitividad admitida: la de las aventuras personales lícitas, legítimas. Preservar la imaginación contra la automatización, las iniciativas individuales contra las planificaciones en gran escala, la originalidad de los talentos contra la estandarización de los trabajos. Que el breve paso por el mundo no sea una jornada con el cuerpo doblado sobre las consolas de la computación o sobre el pupitre de la banca suiza. Y que las ocho horas del ocio no estén consagradas al culto idolátrico de las cosas sino a la fiesta de los espíritus.

Reconocí en los argentinos a un pueblo artista. ¿Cómo resignarme a que, como Rimbaud, terminen en comerciantes, en traficantes? Quizá mi sueño sea, también él, quimérico. Debe de ser este país todavía plástico el que me induce a soñar. Los europeos y los norteamericanos llaman a un realismo que, si hablo por mí, no se hace ilusiones: creo que ya nunca podrán rasparse de la piel la gruesa doradura que les ha obturado los poros del alma. Pero los argentinos tienen la epidermis aún fresca. Aún el alma les respira.

Alguien bautizó República de Trapalanda a la República Argentina de los mitos y de las fábulas adolescentes. Que la adultez de los argentinos no deje de conservar su propia República de Trapalanda, esa nueva Utopía hacia la cual emprenda la larga marcha. Que sea un reino sin los colosales rascacielos visibles e invisibles, sin los automatizados columbarios gigantescos en que se ha encerrado, como en un presidio, la civilización tecnológica. No, no querría ver a este bello país transformado en el febril hormiguero donde los reyes de la creación repasan las cuentas de una fría contabilidad.

Librodot

Y ahora me callo. Dejo de ser el huésped y me confundo con los millones de argentinos que caminan por la calle y se preguntan por su destino y por el destino de la Cólquida del Vellocino de Oro. Rezo para que aparezca algún Barbarroja que, con su corte gibelina, le dé un puntapié a la Historia y prepare la llegada de un nuevo Renacimiento. ¿Por qué no? Al fin y al cabo he de morirme antes de ver cumplida o desmentida mi profecía. Quiero decir que no moriré desesperado sino esperanzado. El resto será, para mí, silencio.

Noviembre de 1988 -junio de 1989

Librodot